



ANTOLOGÍA
LITERARIA

RELATOS DE LOS ANDES



Material en validación

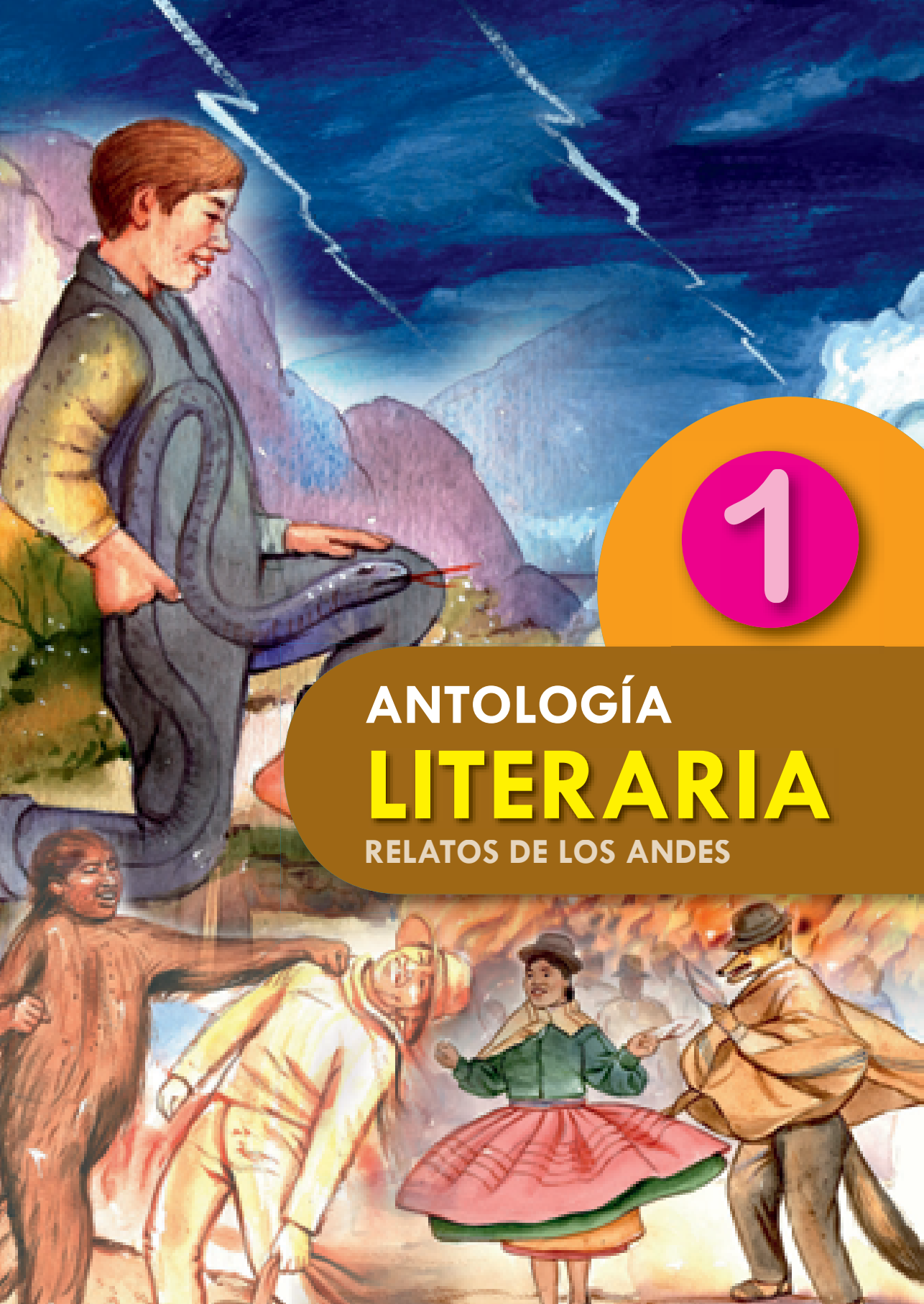


PERÚ

Ministerio de Educación

PROYECTO EDUCATIVO NACIONAL AL 2021





1

ANTOLOGÍA

LITERARIA

RELATOS DE LOS ANDES



Ministerio de Educación

Dirección General de Educación Básica Alternativa, Interculturalidad Bilingüe
y de Servicios Educativos en el Ámbito Rural

Dirección de Educación Intercultural Bilingüe

ANTOLOGÍA LITERARIA 1

RELATOS DE LOS ANDES

©Ministerio de Educación
Av. De la Arqueología cuadra 2, San Borja
Lima, Perú
Teléfono: 615-5800
www.minedu.gob.pe

Primera edición, noviembre 2018
Tiraje: 114,399 ejemplares

Elaboración de contenido

Edgar Vargas Cayo

Revisión de contenido

David Ccallo Cachuana

Asesoría y revisión técnica (Digeibira-DEIB)

Leoncio Seje Mamani
Genaro Rodrigo Quintero Bendezú

Diseño y diagramación

Juan Anibar Mamanchura Sardon

Ilustraciones

Archivo DEIB-Digeibira

Cuidado de edición

Daniel Soria Pereyra

Impreso en Quad/Graphics Perú S.A.
Av. Los Frutales 344, Ate, Lima 03, Perú
RUC 20371828851

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2018-16533

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú/*Printed in Peru*



Presentación

Querido(as) niñas/niños:

Este texto de lectura es para ustedes, y les va a ayudar a ampliar sus conocimientos sobre diversos temas de manera entretenida. Lo hemos elaborado un grupo de maestros y maestras con mucho cariño y entrega para que ustedes puedan tener mayor información, con el apoyo de su profesor o profesora, pero también de sus padres, abuelos y otros familiares.

Las lecturas que encontrarán en este texto les ayudarán a conocer mejor su cultura y la historia de su pueblo, a mejorar sus capacidades de expresión oral y escrita en la lengua castellana, a valorar a su familia, a respetar a la naturaleza y a cuidar el medio ambiente en el que viven. Les ayudará también a convivir en armonía con las demás personas con las que se relacionan en su casa, en la escuela y en la comunidad.

La información que encuentren les permitirá reforzar sus diversos aprendizajes. Estamos seguros que de les gustará y que aprenderán muchas cosas interesantes.

¡Buena suerte y a leer con cariño!

Ministerio de Educación

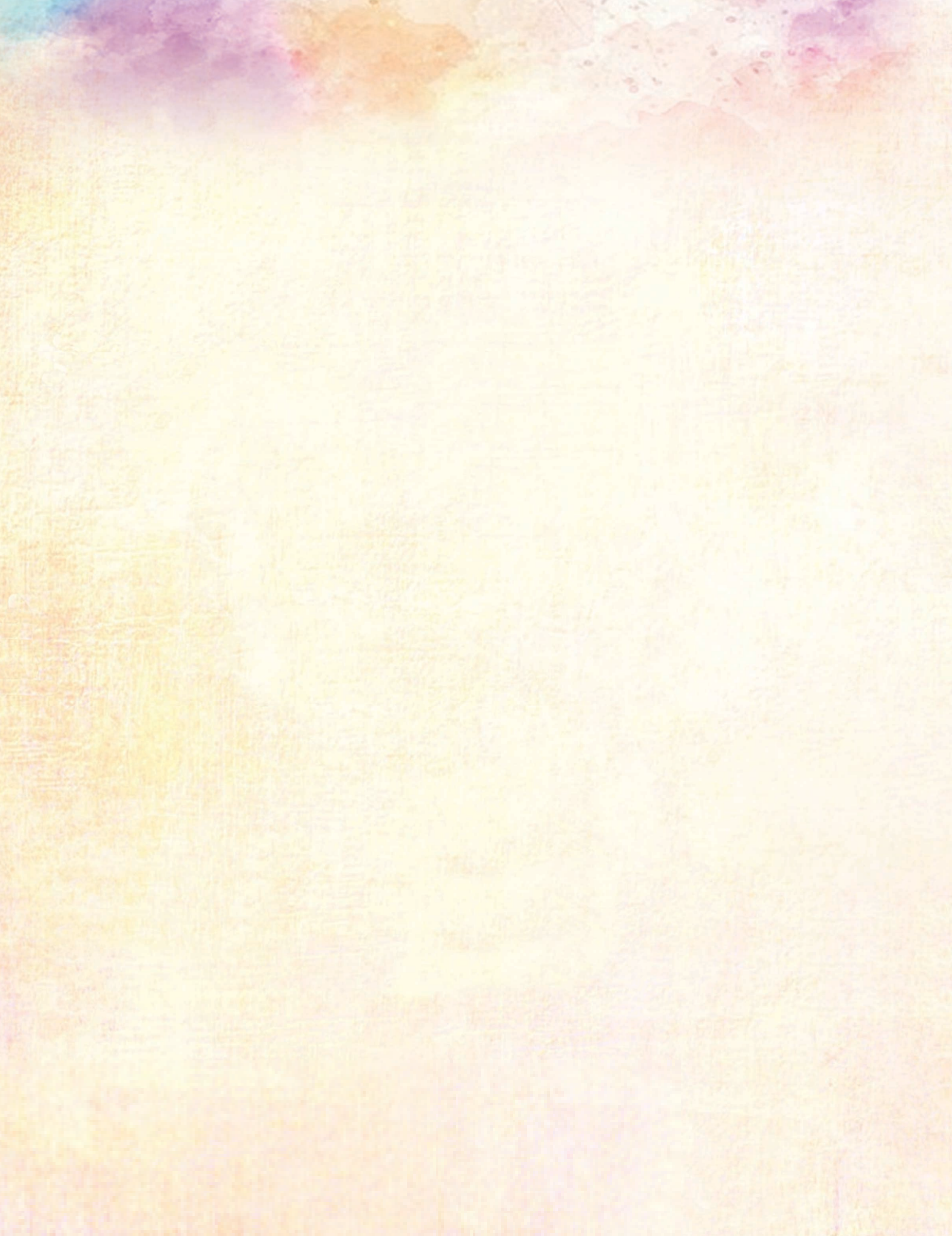
Índice

El sabio lequecho.....	7
El zorro y el conejo.....	9
Antarki.....	15
El origen del lago Titicaca.....	16
El cerro de Qaullapa.....	19
Los gentiles de Conaica.....	21
El sueño del pongo.....	23
El lagarto.....	30
El patio de mi casa.....	37
El Iqiqu.....	40
Así nació la sociedad humana.....	42
El campesino y sus sacos.....	43
El hombre de corazón duro.....	45
La mujer andina.....	46
El trabajo en común.....	48
Tierra y aguas.....	50
El río.....	52
Los apus.....	54
El sabio de todos los tiempos.....	55
Los caminos del Inca.....	57
El último jabón de la tina.....	59
El relámpago cautivo.....	64
La papa.....	66
El origen del maíz.....	67



El nacer del trigo	69
Llegarás a tu destino	71
Montes de pastores	74
Al nacer del Sol, la aurora	76
Un combate singular	79
La cosecha y la trilla	81
Nuestras herramientas	83
El paisaje de la sierra	84
El viejito corazón de manzana	86
Las cabritas porfiadas	88
Mama Cule	90
Oshta y el duende	92
Los ayllus	101
Hubo una vez un rey	103
La Luna y el Sol	105
El mundo de Santiago	107
Tras las huellas de Lucero	111
Celedonio Puquio	116
El Amaru	119
Los hermanos perezosos	122
Perico vicuña	124
Las ranas del estanque	128
Wiñay Marka	130
Aya ruphay	132
Warmá kuyay	141
El tatú y su capa de fiesta	150
Los duendes del Cuzco	153





El sabio lequecho

Se dice que en nuestra comunidad había un sabio muy inteligente, de cabeza plana y pies rosados. Este sabio vestía un poncho de color plomo y volaba alegre de arriba hacia abajo. El sabio anunciaba lo que iba a suceder en la comunidad mediante su canto. Este personaje cantaba “liw, liw, liw”. Unas personas atendían sus anuncios y otras no los tomaban en cuenta.

En la comunidad vivían dos personas: uno de ellos era un anciano y el otro un joven. Hacían sus chacras siguiendo su buen criterio y sembraban papas y otros productos. Llegada la cosecha, el anciano obtenía una gran producción de papas, mientras que el joven, al escarbar, encontraba pocos productos y de mala calidad. Entonces, el joven agricultor fue a la casa del anciano a preguntarle: “¿Por qué mi chacra no produce bien cada año?”. El anciano le respondió: “Escúchame, yo trabajo la chacra obedeciendo al sabio que vive en esta comunidad. Ese sabio se llama el lequecho.

Cuando hace su nido en las partes altas, dentro del nido hay bastante pasto, sus huevos son de color verde oscuro brillante y tienen grandes puntos negros: quiere decir que va a ser buen año y lluvioso. En las ocasiones en que hace su nido en las partes bajas donde se estanca el agua quiere decir que será un año seco. Si dentro de su nido pone pequeñas piedrecillas, quiere decir que va a ser año de granizada. Cuando dentro de su nido pone el pasto llamado ch’ihi va a ser un año de helada. Además, sus huevos son de color plomo gris y con pequeños puntos



negros. Todo esto hay que observar con mucha atención, y de acuerdo a eso debemos trabajar nuestra chacra”.

Al escuchar el consejo, el joven se puso muy contento y dijo: “Ahora ya no voy a ser pobre”. Desde ese día, él y toda la gente escuchan el canto del lequecho, y lo interpretan para hacer todas sus cosas y solucionar sus problemas. Para cultivar la chacra miran la forma como el lequecho ha puesto sus huevos. De este modo obedecen al sabio de la comunidad.

Narración popular



El zorro y el conejo

Una vieja tenía una huerta en la que diariamente hacía perjuicios un conejo. La tal vieja, desde luego, no sabía quién era el dañino. Y fue así como dijo: “Pondré una trampa”. Puso la trampa y el conejo cayó, pues llegó de noche y en la oscuridad no pudo verla. Mientras amanecía, el conejo se lamentaba: “Ahora vendrá la vieja. Tiene muy mal genio y quién sabe si me matará”. En eso pasó por allí un zorro y le dijo: “La vieja busca marido para su hija, y ha puesto trampa. Ya ves: he caído. Lo malo es que no quiero casarme. ¿Por qué no ocupas mi lugar? La hija es buenamoza”. El zorro pensó un rato y después dijo: “Tiene bastantes gallinas”. Soltó al conejo y se puso en la trampa. El conejo se fue, y poco después salió la vieja de su casa y acudió a ver a la trampa. “¡Ah! ¿con qué tú eras?” dijo, y se volvió a la casa. El zorro pensaba: “Seguramente vendrá con la hija”. Al cabo de un largo rato, retornó la vieja, pero sin la hija y con un fierro caliente en la mano. El zorro creyó que era para amenazarle a fin de que aceptara casarse, y se puso a gritar: “¡Sí, me caso con su hija! ¡Sí, me caso con su hija!”. La vieja se le acercó enfurecida y comenzó a chamuscarle al mismo tiempo que le decía: “Con que eso quieres”. Te comiste mi gallina ceñiza, destrozas la huerta y todavía deseas casarte con mi hija... toma, toma”. Y le quemaba el hocico, el lomo, la cola, las patas, la panza. La hija apareció al oír el alboroto y se puso a reír viendo lo que pasaba. Cuando el fierro se enfrió, la vieja soltó al zorro. “Ni más vuelvas”, le advirtió. El zorro dijo: “Quien no va volver más es el conejo”. Y se fue todo rengo y maltrecho.



Días van, días vienen... en una hermosa noche de luna, el zorro encontró al conejo a la orilla de un pozo. El conejo estaba tomando agua. “Ah —le dijo el zorro— ahora caíste. Ya no volverás a engañarme. Te voy a comer”... El conejo le respondió: “Está bien, pero primero ayúdame a sacar ese queso que hay en el fondo del pozo. Hace rato que estoy bebiendo, y no consigo terminar el agua”. El zorro miró y, sin notar que era el reflejo de La luna, dijo: “¡Qué buen queso!”, Y se puso a beber. El conejo fingía beber en tanto que el zorro tomaba agua con todo empeño. Tomó hasta que se le hinchó la panza, que rozaba al suelo. El conejo le preguntó: “Puedes moverte”. El zorro hizo la prueba y, sintiendo que le era imposible, respondió: “No”. Entonces el conejo fugó. Al amanecer se fue la Luna, y el zorro se dio cuenta de que el queso no existía, lo que aumentó su cólera contra el conejo.

Días van, días vienen... el zorro encontró al conejo mientras este se hallaba mirando volar a un cóndor. “Ahora Sí que te como”, le dijo. El conejo le contestó: “Bueno, pero espera a que el cóndor me enseñe a volar. Me está dando lecciones”... El zorro se quedó viendo el gallardo vuelo del cóndor y exclamó: “¡Es hermoso! ¡Me gustaría volar!”, El conejo gritó: “Compadre cóndor, compadre cóndor”... El cóndor bajó y el conejo le explicó que el zorro quería volar. El conejo guiñó un ojo. Entonces el cóndor dijo: “Traigan dos lapas” Llevaron dos lapas, o sea dos grandes calabazas partidas, y el cóndor y el conejo las cosieron en los lomos del zorro.

Después el cóndor le ordenó: “Sube a mi espalda”, El zorro lo hizo, y el cóndor levantó el vuelo. A medida que ascendían el zorro iba amedrentándose y preguntaba: “¿Me aviento ya?”, y el cóndor le respondía: “Espera un momento. Para volar bien se necesita tomar altura”. Así fueron subiendo hasta que estuvieron más arriba que el cerro más alto. Entonces el cóndor dijo: “Aviéntate”. El zorro se tiró, pero no consiguió volar, sino que descendía verticalmente dando volteretas. El conejo que lo estaba viendo gritaba: “¡Mueve las lapas! ¡Mueve las lapas!”.





El zorro movía las lapas que se entrechocaban sonando: trac, tarac, trac, tarac, trac; pero sin lograr sostenerlo. “¡Mueve las lapas!”, seguía gritando el conejo hasta que el zorro cayó de narices en un árbol que impidió que se matara, aunque quedó bastante rasmillado. Vio en el árbol un nido de pajaritos y dijo: “Ahora me los comeré”. Un zorzal llegó piando y le suplicó: “¡No los mates! ¡Son mis hijos! Pídeme lo que quieras pero no me mates”... Entonces el zorro pidió que le sacara las lapas y le enseñara a silbar. El zorzal le sacó las lapas y le dijo: “Tienes que ir donde el zapatero para que te cosa la boca y te deje solo un agujerito. Llévale algo en pago del trabajo. Después te enseñaré...”. El zorro bajó del árbol y en el pajonal encontró una perdiz con sus crías. Atrapó dos y siguió hacia el pueblo. La pobre perdiz se quedó llorando. El zapatero que vivía a la entrada del pueblo recibió el obsequio y realizó el trabajo. Luego, según lo convenido, el zorzal dio las lecciones necesarias. Y desde entonces, el zorro, muy ufano, se pasaba la vida silbando, y olvidó que tenía que comerse al conejo porque la venganza se olvida con la felicidad. Se alentaba con la miel de los panales. El conejo, por su parte, lo veía pasar y decía: “Se ha dedicado al silbo. Y con la boca cocida no podrá comerme”. Pero no hay bien que dure siempre. La perdiz odiaba al zorro, y un día se vengó del robo de sus tiernas crías. Iba el zorro por caminos silbando como de costumbre: flui, flui, flui... La perdiz de pronto salió volando por sus orejas a la vez que piaba del modo más estridente: pi, pi, pi, pi...El zorro se asustó abriendo tamaña boca: iguac!, y al romperse la costura quedose sin poder silbar. Entonces recordó que tenía que comerse al conejo.

Días van, días vienen... Encontró al conejo al pie de una peña. Apenas este distinguió a su enemigo, se puso a hacer como que sujetaba la peña para que no lo aplastara. “Ahora no te escapes” —dijo el zorro acercándose—. “Y tú tampoco” —respondió el conejo—. “Esta peña se va caer y nos aplastará a ambos”. Entonces el zorro, asustado, saltó hacia la peña y con todas sus fuerzas la sujetó también. “Pesa mucho” —dijo pujando—. “Sí” — afirmó el conejo— Dentro de un momento



quizás se nos acaben las fuerzas y nos aplaste. Cerca hay unos troncos. Aguanta tú mientras voy a traer uno”. “Bueno”—dijo el zorro.

El conejo se fue, y no tenía cuándo volver. El zorro jadeaba resistiendo la peña. Al fin resolvió apartarse de ella dando un ágil y largo salto, y así lo hizo, pero la peña se quedó en su sitio. Entonces el zorro comprendió que había sido engañado una vez más y dijo: “La próxima vez no haré caso de nada”. Días van días vienen... el zorro no conseguía atrapar al conejo, que se mantenía siempre alerta y echaba a correr apenas lo divisaba. Entonces resolvió ir a cogerlo en su propia casa. Preguntando, preguntando a un animal y a otro llegó hasta la morada del conejo. Era una choza de achupallas.

El dueño se hallaba moliendo ají en un batán de piedra. “Ah —dijo el zorro— ese ají me servirá para comerte bien guisado”. El conejo le contestó. “Estoy moliendo porque dentro de un momento llegarán unas bandas de pallas. Tendré que agasajarlas. Vienen ‘diablos’ y cantantes. Si tú me matas, se pondrán tristes, ya no querrán bailar ni cantar. Ayúdame más bien a moler el ají”. El zorro aceptó diciendo: “Voy a ayudarte por ver las pallas, pero después te comeré”. Y se puso a moler. El conejo, en un descuido del zorro, cogió un leño que ardía en el fogón cercano y prendió fuego a la choza. Se sabe que las achupallas son unas pencas que arden produciendo detonaciones y chasquidos. El zorro preguntó por los ruidos y el conejo respondió: “Son las pallas. Suenan los látigos de los diablos y los cohetes”.

El zorro siguió moliendo, y el conejo dijo: “Echaré sal al ají”... Simulando hacerlo, cogió un poco de ají y lo arrojó a los ojos del zorro.

Este quedó enceguecido y el conejo huyó. El fuego se propagó a toda la choza y el zorro, que buscaba a tientas la puerta, se chamuscó entero mientras lograba salir. Estuvo muchos días con el cuerpo y los ojos ardientes por las quemaduras y el ají, pero una vez que se repuso, dijo:



“Lo encontraré y comeré ahí mismo”. Se dedicó a buscar al conejo día y noche. Después de mucho tiempo pudo dar con él. El conejo estaba en un prado, tendido largo a largo tomando el sol. Cuando se dio cuenta de la presencia del zorro ya era tarde para escapar. Entonces continuó en esa posición y el zorro supuso que dormía. “Ah, conejito —exclamó satisfecho—, el que tiene enemigo no duerme. Ahora sí que te voy a comer”. En eso, el conejo soltó un cuesco. El zorro olió y muy decepcionado dijo: “¡Huele mal! ¡Cuántos días hará que ha muerto!”, y se marchó. Desde entonces el conejo vivió una existencia placentera y tranquila, hizo una nueva choza y se paseaba confiadamente por el bosque y los campos.

Días van, días vienen... Días van, días vienen, el zorro lo distinguía por allí comiendo su hierba. Entonces se decía: “Es otro”, y seguía su camino.

Ciro Alegría



Antarki

Dicen de Antarki que salió del lago Titicaca como Manco Cápac y Mama Ocllo y que era robusto y ágil. Se hizo amigo del viento, de la luna y del cóndor.

Tenía una llamita para ir y venir por los peligrosos caminos del ande y gustaba vivir entre totorales. Tentado por el agua del inmenso lago, que no tenía límite, quiso conocer su fin. Y ayudado por la luz de la luna, hizo un caballito de totora con el que cruzaba el lago de orilla a orilla tocando alegremente su quena, tanto de día como de noche.

Sin embargo, Antarki no era feliz. Quería algo más. Así, de tanto mirar el cielo, de tanto observar el vuelo del cóndor que se elevaba a las más altas cumbres, quiso volar como él.

Se tejió un lindo poncho de lana de vicuña y un chullo que tenía los colores del arco iris. Se sujetó bien los llanques de cuero de llama, y así, abrigado, comfortable se trepó a la más alta montaña andina y empezó a volar. Sus ojos negros imitaron los ojos del cóndor; sus brazos, las alas del cóndor; y su alma, el alma del cóndor, y se fue de altura en altura volando como el cóndor hasta las estrellas.

Dicen que como prueba de que había estado en el cielo se trajo de regreso una estrella tan pequeñita, tan pequeñita como la cabecita de un alfiler, y se sujetó con ella el cuello del poncho para que no se le volara con el aire durante el vuelo.



Tan pronto como cogió la estrella se sintió feliz y regresó a la Tierra. Y para que no se le apagara nunca, porque era demasiado pequeñita, se puso a soplar y soplar como se sopla la candela, y la hizo crecer. Después la colocó en el cerro más alto de la región donde arde todavía, y solo los hombres y los niños que son verdaderamente buenos puedan verla.

Dicen también que Antarki vive todavía. El tiempo no ha podido derrotarlo. Así camina por la tierra largas distancias, sin cansarse, con sus llanques de cuero de llama; corre como el viento y cruza las aguas del lago y del mar en su veloz caballito de totora; y apostando con el cóndor, día a día sale a volar recorriendo nuestros cielos peruanos.

Rosa Serna Guardia



El origen del lago Titicaca

Se dice que antiguamente había un inmenso valle llamado Tierra Eterna. En la parte donde ahora está el lago se desarrolló un pueblo muy grande llamado Pueblo Eterno.

En aquellos tiempos todos eran felices. Nadie sabía qué era el sufrimiento. La tierra era buena: daba abundantes frutas y plantas, todo lo que uno quería ahí se encontraba. Había también plantas en las que salía la lana, y con esta podían confeccionar sus ropas. El clima era muy bueno en esa época, no había mucha lluvia, tampoco había sequía; los hombres y los animales vivían en armonía porque los animales eran mansos. Los hombres eran poderosos porque ellos convertían las montañas en llanuras con solo disparar sus hondas. Todos tenían oro y plata. En las calles del pueblo había grandes palacios, templos y santuarios que estaban cubiertos de oro y plata.

Pero con el tiempo estas personas cambiaron y desobedecieron el mandato divino cometiendo una falta grave, y el Dios Padre, muy enojado, se dirigió a ellos diciendo: “Ustedes ya no viven bajo mi mandato, por lo tanto les prohíbo subir a la cumbre sagrada; nadie tendrá derecho a subir al santuario, y si alguien sube entonces moriráC.

Y lo que dijo Dios lo había escuchado el diablo que desde ese momento se dedicó a tentar a los hombres del pueblo. Él les decía: “Si escalan el santuario entonces ustedes tendrán el mismo poder que el Dios”. Entonces los hombres intentaron subir el santuario, cuando Dios supremo con su cólera les envió miles de pumas para que se comieran a todo el



pueblo; estos, de miedo, le pidieron ayuda al diablo, y este se los llevó abajo del lago, en las profundidades, en donde siguen viviendo y penan convertidos en espíritus malos.

Esto le produjo mucho dolor al Dios supremo, porque los hombres del pueblo le habían pedido ayuda al diablo. Entonces todos los seres celestiales empezaron a llorar amargamente, y con esto provocaron inmensas lluvias y tormentas que duraban toda la noche y todo el día, y así poco a poco el pueblo fue desapareciéndose, con las lluvias, e inundándose y quedando en lo más profundo del lago. No quedó nada vivo; solo una pareja que por obra divina se salvó. Esta pareja de humanos logró cogerse de un tronco que se mantuvo flotando, entonces el Dios supremo sintió compasión por esta pareja e hizo que parara la lluvia. Pasada la tormenta la pareja vio cómo millares de pumas estaban muertos y flotaban en el agua con sus vientres de color gris hacia arriba.

Narrada por: Bacilia Ticona Quispe

Recopilador: Jorge Apaza Ticona



El cerro de Qaullapa

Qaullapa es el cerro más alto del pueblo de Conaica, significa “de donde se ve todo”. De este cerro elevado se observa toda la costa del Perú, también se observa Castrovirreyna y Huaytapallana.

Qaullapa es un cerro peligroso y poderoso. Cierta vez una señora muy pobre que no tenía familia vivía en Conaica y poseía diez ovejas, y como cada vez iban en aumento, ya no habían campo en su casa para que duerman sus animales, entonces decidió irse con ellos al cerro de Qaullapa.

La señora hizo su estancia al pie del cerro donde vivía con sus ovejas, y así seguían aumentando, hasta que de un momento a otro empezaron a morir, y la señora se puso muy triste. Ella iba a distintos pueblos llevando carne, y hacía trueque con comida y decidió algo mejor, ir a pedir ayuda. A así llegó a un pueblo, donde se encontró con un anciano, quien le preguntó de dónde venía, y le contestó que iba de una estancia a pedir ayuda porque sus ovejas estaban muriendo, y no tenía a nadie que la ayudara.

El anciano era muy bueno: “No llores, yo te voy a ayudar. Vamos a tu estancia, llevemos frutas, cigarros y vino”, le dijo..

El anciano fue en la noche al cerro a anqosar, o pagar, y al día siguiente las ovejas que estaban enfermas se sanaron. La señora se puso alegre, y el anciano le dijo que debía hacer el pago constantemente, pero en luna llena, y el anciano se volvió a su pueblo.



La señora, desde aquel entonces, siempre llevaba el anqoso al cerro, cada vez en luna llena, y empezaron a aumentar sus ovejas más y más, pero una tarde ocurrió lo siguiente: después de llegar al cerro, la señora se sentó al pie, se puso a masticar la coca y de pronto el cielo empezó a nublarse, y apareció un hombre en caballo blanco, el cual estaba bañado de oro al igual que su caballo. Preguntó a la señora cómo se llamaba y no pudo contestar. “No te asustes, yo me llamo taita Huamani”, dijo el hombre.

Entonces la señora le da su nombre, y el hombre le propone matrimonio diciéndole que se casará con él, y que si así lo hiciera ya no sufriría y le daría oro y plata. Tal propuesta fue rechazada por la señora. Entonces el hombre se bajó de su caballo y abrió una puerta tras la cual vio que todo era bañado de oro. El hombre le prometió que todo ello le daría. Ella se negó otra vez. Entonces el hombre se encolerizó y le pegó hasta dejarla enferma. La señora sabía que iba a morir botando sangre por la boca, y así pasó de verdad.

Recopilador: Rafael Cárdenas Paymundo



Los gentiles de Conaica

Cuentan nuestros antepasados que los gentiles eran seres humanos que se caracterizaban por ser salvajes, egoístas y peleaban entre ellos constantemente. El más fuerte se apoderaba de las mejores tierras de cultivo, pastos y demás riquezas que ofrecía la naturaleza. Así que llegaron a tal punto que cuando un gentil robaba aunque sea una pequeña porción de tierra de propiedad de otro, el otro reconocido por su olor y sabor lo hacía regresar. Vivían en las cuevas, no sabían construir sus viviendas, pero eran dotados de sabiduría y eran adivinos, por eso sabían cuándo y cómo iban a morir.

Pachamama, Dios supremo, dueño de los reinos, de la tierra, al ver que estos hijos suyos eran tan malos y que no podían vivir en paz y tranquilidad, decide la llegada del fin del mundo.

Como primer castigo aparece el Supay Wayra, arrasando con todo lo que encontraba a su paso. Ante este hecho los gentiles se refugiaron en las cuevas cargando piedras para no ser arrastrados. Como estos no desaparecieron, la Pachamama ordena otro castigo. Esta vez fue el Supay Papra (lluvia), y la tierra se cubrió sin embargo, muchos de ellos se salvaron al subir a la cima de las altas montañas. Como quiera que en este segundo castigo tampoco desaparecieron los gentiles en su totalidad, envía el Iskay Inti, castigo de mayor grado, del cual estos gentiles ya sabían de su llegada, y al no encontrar forma alguna de defenderse, renegaron con que después de muertos se pagarían con la nueva generación.



Con este castigo, casi la totalidad de los gentiles murieron quemados por las dos estrellas que aparecieron, y solo uno que otro pudo salvarse por haberse refugiado en las cuevas más profundas, sobre todo por tener la moral más superior. Estos ya sembraban algunos tubérculos como el kurao (tubérculo que crece sin sembrarlo, parecido a la papa), y lo hacían en los cerros más elevados, donde no era factible para la agricultura, lo que hoy la gente ya no puede hacer.

Al haber sido achicharrados, se cree que estos no han muerto del todo, sino simplemente perdieron su estructura física. Por eso sus huesos, que hasta hoy se encuentran en las cuevas, son dañinos, pues si una persona se aproxima hacia ellos, se introduce al organismo el mal aire, que afecta a la persona sin que se dé cuenta.

De ahí que la gente dice en quechua “gentil tullu usturusunki”, lo que significa que el hueso del gentil se te introduce, y la persona que es afectada con este mal primeramente se inmoviliza y se deforma o produce una herida de donde salen huesos pequeños con dolor, y para recuperar la salud se tiene que hacer una serie de sahumeros y otras veces es ya incurable.

En la actualidad, en las cuevas hay huesos de los gentiles, en los alrededores de Conaica.

Recopilador: Rosana Huamancaja



El sueño del pongo

Un hombrecito se encaminó a la casa-hacienda de su patrón. Como era siervo iba a cumplir el turno de pongo, de sirviente en la gran residencia. Era pequeño, de cuerpo miserable, de ánimo débil, todo lamentable; sus ropas viejas.

El gran señor, patrón de la hacienda, no pudo contener la risa cuando el hombrecito lo saludo en el corredor de la residencia.

—¿Eres gente u otra cosa? —le preguntó delante de todos los hombres y mujeres que estaban de servicio.

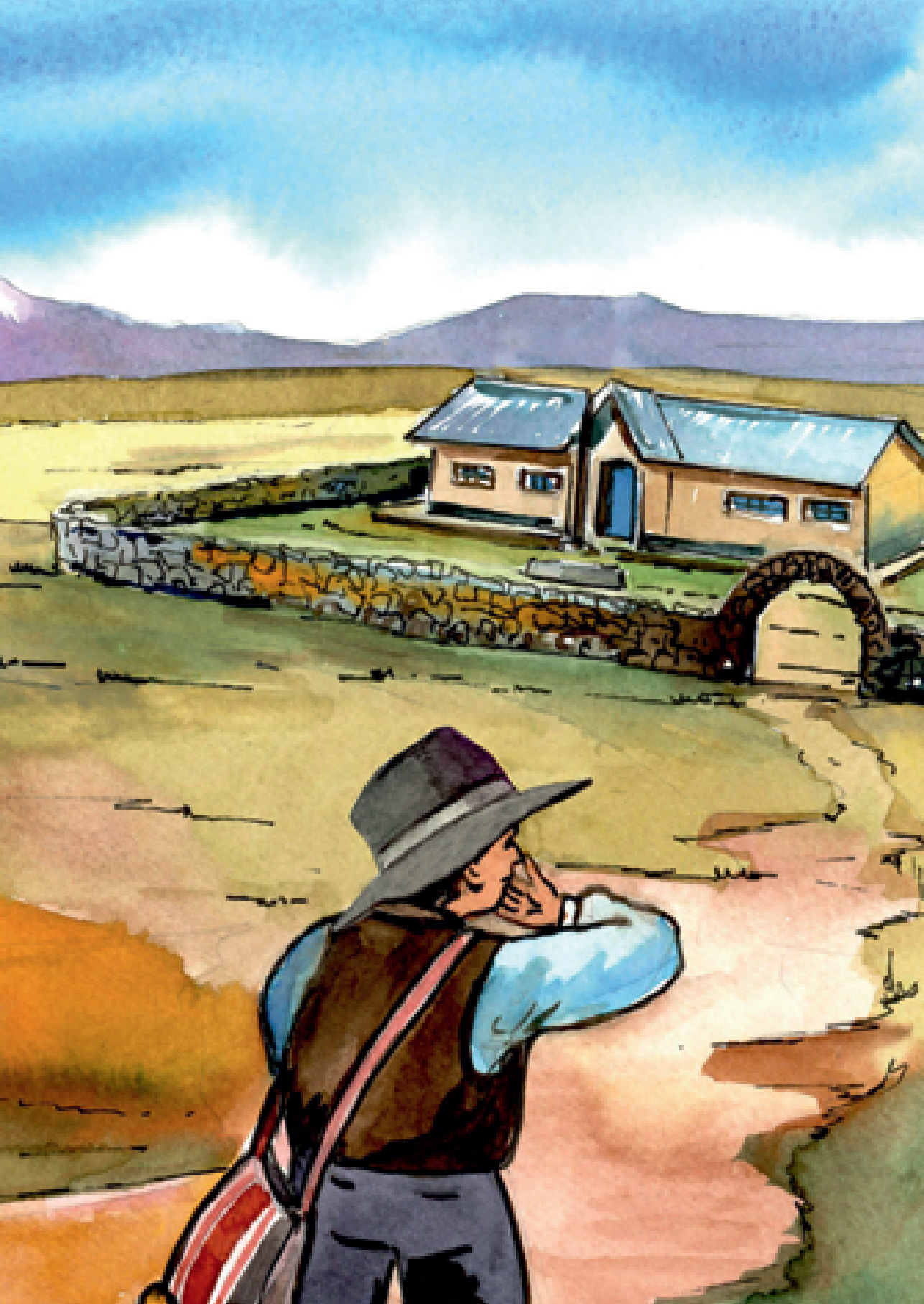
Humillándose, el pongo contestó. Atemorizado, con los ojos helados, se quedó de pie.

—¡A ver! —dijo el patrón—, por lo menos sabrá lavar ollas, siquiera podrá manejar la escoba, con esas sus manos que parece que no son nada. ¡Llévate esta inmundicia! —ordenó al mandón de la hacienda.

Arrodillándose, el pongo le besó las manos al patrón y, todo agachado, siguió al mandón hasta la cocina.

El hombrecito tenía el cuerpo pequeño, sus fuerzas eran sin embargo como las de un hombre común. Todo cuanto le ordenaban hacer lo hacía bien. Pero había un poco como de espanto en su rostro; algunos siervos se reían de verlo así, otros lo compadecían. “Huérfano de huérfanos; hijo del viento de la luna debe ser el frío de sus ojos, el corazón pura tristeza”, había dicho la mestiza cocinera viéndolo.





El hombrecito no hablaba con nadie; trabajaba callado; comía en silencio. Todo cuanto le ordenaban, cumplía. “Sí, papacito; sí, mamácita”, era cuanto solía decir.

Quizá a causa de tener una cierta expresión de espanto, y por su ropa tan haraposa, y acaso también porque quería hablar, el patrón sintió un especial desprecio por el hombrecito. Al anochecer, cuando los siervos se reunían para rezar el Ave María, en el corredor de la casa-hacienda, a esa hora, el patrón martirizaba siempre al pongo delante de toda la servidumbre; lo sacudía como a un trozo de pellejo.

Lo empujaba de la cabeza y lo obligaba a que se arrodillara, y así, cuando ya estaba hincado, le daba golpes suaves en la cara.

—Creo que eres perro. ¡Ladra! —le decía.

El hombrecito no podía ladrar.

—Ponte en cuatro patas —le ordenaba entonces.

El pongo obedecía, y daba unos pasos en cuatro pies.

—Trota de costado, como perro —seguía ordenándole el hacendado.

El hombrecito sabía correr imitando a los perros pequeños de la puna.

El patrón reía de muy buena gana; la risa le sacudía todo el cuerpo. —¡Regresa! —le gritaba cuando el sirviente alcanzaba trotando el extremo del gran corredor.

El pongo volvía, corriendo de costadito. Llegaba fatigado.

Algunos de sus semejantes, siervos, rezaban mientras tanto el Ave María, despacio, como viento interior en el corazón.

—¡Alza las orejas ahora, vizcacha! ¡Vizcacha eres! —mandaba el señor al cansado hombrecito—. Siéntate en dos patas; empalma las manos.



Como si en el vientre de su madre hubiera sufrido la influencia modelante de alguna vizcacha, el pongo imitaba exactamente la figura de uno de estos animalitos, cuando permanecen quietos, como orando sobre las rocas. Pero no podía alzar las orejas.

Golpeándolo con la bota, sin patearlo fuerte, el patrón derribaba al hombrecito sobre el piso de ladrillo del corredor.

—Recemos el Padrenuestro —decía luego el patrón a sus indios, que esperaban en fila.

El pongo se levantaba a pocos, y no podía rezar porque no estaba en el lugar que le correspondía, ni ese lugar correspondía a nadie.

En el oscurecer, los siervos bajaban del corredor al patio y se dirigían al caserío de la hacienda.

—¡Vete, pancita! —solía ordenar después el patrón al pongo.

Y así, todos los días, el patrón hacía revolcarse a su nuevo pongo, delante de la servidumbre. Lo obligaba a reírse, a fingir llanto. Lo entregó a la moja de sus iguales, los colonos*.

Pero... una tarde, a la hora del Ave María, cuando el corredor estaba colmado de toda la gente de la hacienda, cuando el patrón empezó a mirar al pongo con sus densos ojos, ese, ese hombrecito, habló muy claramente. Su rostro seguía un poco espantado.

Gran señor, dame tu licencia; padrecito mío, quiero hablarte —dijo.

El patrón no oyó lo que oía.

—¿Qué? ¿Tú eres quien ha hablado u otro? —preguntó.

—Tú licencia, padrecito, para hablarte. Es a ti a quien quiero hablarte —repitió el pongo.



—Habla... si puedes —contestó el hacendado.

Padre mío, señor mío, corazón mío —empezó a hablar el hombrecito—. Soñé anoche que habíamos muerto los dos juntos; juntos habíamos muerto.

—¿Conmigo? ¿Tú? Cuenta todo, indio —le dijo el gran patrón.

—Como éramos hombres muertos, señor mío, aparecimos desnudos. Los dos juntos; desnudos ante nuestro gran Padre San Francisco.

—¿Y después? ¡Habla! —ordenó el patrón, entre enojado e inquieto por la curiosidad.

—Viéndonos muertos, desnudos, juntos, nuestro gran Padre San Francisco nos examinó con sus ojos que alcanzan y miden no sabemos hasta qué distancia. A ti y a mí nos examinaba, pensando, creo, el corazón de cada uno y lo que éramos y lo que somos. Como hombre rico y grande, tú enfrentabas esos ojos, padre mío.

—¿Y tú?

—No puedo saber cómo estuve, gran señor. Yo no puedo saber lo que valgo.

—Bueno, sigue contando.

Entonces, después, nuestro Padre dijo con su boca: “De todos los ángeles, el más hermoso, que venga. A ese incomparable que lo acompañe otro ángel pequeño, que sea también el más hermoso. Que el ángel pequeño traiga una copa de oro, y la copa de oro llena de la miel de chancaca más transparente”.

—¿Y entonces? —preguntó el patrón.

Los indios siervos oían, oían al pongo, con atención sin cuenta pero temerosos.



—Dueño mío: apenas nuestro gran Padre San Francisco dio la orden, apareció un ángel, brillando, alto como el sol; vino hasta llegar delante de nuestro Padre, caminando despacio. Detrás del ángel mayor marchaba otro pequeño, bello, de luz suave como el resplandor de las flores. Traía en las manos una copa de oro.

—¿Y entonces? —repitió el patrón.

—“Ángel mayor: cubre a este caballero con la miel que está en la copa de oro; que tus manos sean como plumas cuando pasen sobre el cuerpo del hombre”, diciendo, ordenó nuestro gran Padre. Y así, el ángel excelso, levantando la miel con sus manos, enlució tu cuerpecito, todo, desde la cabeza hasta las uñas de los pies. Y te erguiste, solo; en el resplandor del cielo la luz de tu cuerpo sobresalía, como si estuviera hecho de oro, transparente.

—Así tenía que ser —dijo el patrón, y luego preguntó— ¿Y a ti?

—Cuando tú brillabas en el cielo, nuestro gran Padre San Francisco volvió a ordenar: “Que de todos los ángeles del cielo venga el de menos valer, el más ordinario. Que ese ángel traiga en un tarro de gasolina excremento humano”.

—¿Y entonces?

Un ángel que ya no valía, viejo, de patas escamosas, al que no le alcanzaban las fuerzas para mantener las alas en su sitio, llegó ante nuestro gran Padre; llegó bien cansado, con las alas chorreadas, trayendo en las manos un tarro grande. “Oye, viejo —ordenó nuestro gran Padre a ese pobre ángel—, embadurna el cuerpo de este hombrecito con el excremento que hay en esa lata que has traído; todo el cuerpo, de cualquier manera; cúbrelo como puedas. ¡Rápido!”. Entonces, con sus manos nudosas, el ángel viejo, sacando el excremento de la lata, me cubrió, desigual, el cuerpo, así como se echa barro en la pared de una



casa ordinaria, sin cuidado. Y aparecí avergonzado, en la luz del cielo, apestando...

—Así mismo tenía que ser —afirmó el patrón—. ¡Continúa! ¿O todo concluye allí?

—No, padrecito mío, señor mío. Cuando nuevamente, aunque ya de otro modo, nos vimos juntos, los dos, ante nuestro Gran padre San Francisco, él volvió a mirarnos, también nuevamente, ya a ti ya a mí, largo rato. Con sus ojos que colmaban el cielo. No sé hasta qué honduras nos alcanzó, juntando la noche con el día, el olvido con la memoria. Y luego dijo: “Todo cuanto los ángeles debían hacer con ustedes ya está hecho. Ahora ilámanse el uno al otro! Despacio, por mucho tiempo”. El viejo ángel rejuveneció a esa misma hora; sus alas recuperaron su color negro, su gran fuerza. Nuestro Padre le encomendó vigilar que su voluntad se cumpliera.

José María Arguedas

(*) Indio que pertenece a la hacienda.



El lagarto

Había un hombre sumamente rico. Tenía incontables ovejas, vacas, tierras. Se casó con una mujer hermosísima. Pero no tuvo hijos. Se había casado pensando en que necesitaba herederos para sus riquezas. “Todo lo que tengo lo dejaré a mis hijos”, había dicho.

Pero se casó y no tuvo hijos. No tuvo descendencia. Su mujer era bellísima, y todos los hombres la contemplaban, pero resultó siendo estéril. Y el hombre tampoco tuvo hijos en otras mujeres.

La esposa no pudo concebir por ningún medio.

Entonces fue a la iglesia a rogar a Dios. Fueron los dos. Prendieron velas. “¡Tantísimo ganado, tantísimas tierras! ¿A quién hemos de dejarlos?”, clamaban y lloraban.

Pasaron cinco años, seis años, y no tuvieron hijos. Cumplieron diez años de matrimonio, y no pudieron tener un hijo. Y como les torturaba la idea de que no tenían a quién dejar su fortuna, el hombre dijo: “¿Quizás debiéramos adoptar un hijo ajeno?”. Pero la mujer se opuso: “¿Cómo hemos de criar a un hijo ajeno? No será de nuestra sangre. Volvamos donde el Señor a pedirle gracia; que me conceda su gracia, para que tengamos un hijo. Prendámosle velas en su altar”. Y así fue.

Pasó el tiempo... A los quince años de matrimonio la mujer concibió, y apareció encinta.



Se llenó de alegría; el marido también fue dichoso. “Allí está mi hijo. ¡He engendrado!”, diciendo, fue a dar la noticia a unos y otros. Bebió con ellos. Expresó su felicidad. Se arrodilló a los pies del Señor. ¡Ya no era un hombre estéril, un cuerno!

Y así, en ese estado de dicha, pasaron cinco meses, nueve meses. A los diez meses la mujer parió. Dio a luz en su casa-hacienda; la atendieron cuatro mujeres de esas que saben. Entonces..., entonces..., ¡qué te diré! La mujer parió un lagarto, no un ser humano. ¡Un lagarto! Su rostro era humano; su cuerpo era de saurio, todo, hasta las uñas. Solo la cabeza era humana. Su cuerpo era de lagarto.

“¡Nadie puede hacer nada de nada! Resignaos. Debe ser Dios quien les ha enviado este lagarto, de tanto que le pedisteis!”, dijeron las comadronas.

Y entonces, por eso, así lo criaron. El asqueroso animal mamaba los pechos de la madre, y ella no le temía. ¡Era, pues, su hijo! Lo crio dentro de la casa, bajo techo; no le permitía salir.

El padre lloraba y se entregó a la bebida.

Y así, del mismo modo, día a día, cumplió cinco años y aprendió a hablar. ¡Hablaban el lagarto! Pero no podía erguirse, caminaba arrastrándose sobre la barriga. Sin embargo, su rostro era humano. Nada cambió, todo continuó igual hasta que el lagarto cumplió diez años, quince años. Aprendió a leer; sí, aprendió a leer, pero no pudo escribir con sus dedos de saurio; eso no pudo. Tenía cuatro manos; cuatro, como todo lagarto. Su rabo era largo como una reata. Y creció, todo él; la bestia se hizo recia y enorme. Maduró, maduró fuertemente. Y aparecía rojizo, verdaderamente rojo, pletórico.

Entonces, cuando cumplió dieciocho años, pidió mujer. Le dijo a la madre: “Deseo casarme”. “¿Cómo? —le preguntó ella—. ¿Cómo puedes tú casarte?”. “¿Y para qué tienes tantas riquezas, tantos bienes? ¡Ha-



cedme casar! Sin duda con este fin me pedisteis. Yo no os pedí venir”, dijo el lagarto.

“Es nuestro hijo. Tendremos que hacerlo casar, de algún modo. Ha de tener mujer”, dijeron los padres. Y fueron a pedir una muchacha para él. Todos sabían que el hijo de este hombre poderoso era un lagarto. Pero como era tan inmensamente rico, a causa de su opulencia, los padres de la muchacha solicitada entregaron a su hija. “Quizá no le ocurra nada”, dijeron.

Y el matrimonio del lagarto fue esplendoroso. Se realizó en la casa del cura; allí dijo la misa el sacerdote; en su propia casa ofició el matrimonio. La mujer del lagarto era bellísima. Se la llevó. Sin embargo, el lagarto tuvo que ir cargado en hombros. Cantando llevaron a los novios hasta la cámara nupcial. El padrino y la madrina guiaron la comitiva. Ellos desnudaron a la novia, cerraron la puerta de la cámara nupcial y le echaron tres candados.

Era de noche. El lagarto apagó la vela y ordenó a su esposa: “¡Acuéstate!”. Ella no sospechaba nada malo, era inocente. Obedeció y se acostó, se cubrió con las frazadas. Entonces el lagarto se lanzó sobre ella y la devoró; le bebió la sangre. Luego de beber la sangre le comió todos los miembros, la carne de la esposa, hasta la última fibra. Y amaneció repleto, cubierto de sangre, el piso ensangrentado; la boca de la bestia enrojecida.

Al día siguiente, el padrino, la madrina y los padres abrieron la puerta. Llevaban jarros de ponche para los recién casados... Encontraron al lagarto repleto; de la mujer no quedaban si no huesos descarnados en el suelo. “¡Qué hacer, qué hacer ahora!”, dijeron gimiendo.

Entregaron a los padres de la joven mucho dinero para que no se quejaran, para que no dijeran nada. El padrino, la madrina y los padres del lagarto lo arreglaron todo así, todo.



“¿Cómo pudiste devorar a quien te dimos por esposa?”, preguntaron al lagarto. “¡No tiene remedio lo que no puedo remediar! ¡Tengo hambre!”, contestó.

Le trajeron otra esposa de otro pueblo. Celebraron nuevo matrimonio. Y también del mismo modo, apenas cerraron la puerta de la cámara nupcial, él ordenó a la mujer que se acostara primero; se lanzó sobre ella, le bebió la sangre y la devoró. Le bebió la sangre mordiéndola por el cuello y luego devoró las carnes, hasta la última fibra.

Y así, así le dieron muchas mujeres más, hasta que en todos los pueblos supieron que ese lagarto devoraba a sus esposas. Y había una muchacha muy bella, que no tenía bienes de ninguna clase. Era pobrísima. Donde ella fueron, finalmente, el padre y la madre del lagarto. Fueron a pedirla. “¡No! —dijo el padre de la joven—. Sabemos muchas cosas de tu hijo. No sé lo que podría ocurrir”. “Ocurra lo que ocurra, tengo dinero. Si algo le sucede a tu hija daremos su precio. Te daré lo que sea”, contestó el padre. (Es que su hijo, el lagarto, lo martirizaba: “¡Hazme casar..., hazme casar!”, diciéndole, exigiéndole.)

“Volved. Voy a hablar con mi hija”, contestaron el padre y la madre de la muchacha.

Lloraron ambos: “¡Qué hemos de hacer!”, decían. “¡Tengo tantos hijos!”, exclamó el padre, y rogó a su hija: “Quizás puedas lograr nuestra felicidad —le dijo—. Me ha ofrecido ganado, tierras, vacas, dinero. Si algo te sucede te mandaremos cantar hermosas misas, como para ti. Criaremos bien a tus hermanos menores, a tus hermanas”. La joven entristeció. “¿Qué he de hacer, qué debo hacer? Mis padres son tan miserables”, decía.

Y como el llanto no la calmaba, la joven fue a consultar con una bruja. Había en ese pueblo una señora que era bruja. “¡Ay, huérfana, es cierto, de verdad estás destinada a casarte! Aquí, en la palma de tu mano aparece claramente..., pero..., no has de vivir con él, con ese”, dijo





la bruja. “A mí también me matará, me devorará como a las otras”, contestó la muchacha. “A ti no te matará —afirmó la bruja—. Eso está en tus manos”. “¿De qué modo?”.

“Cuando os lleven a dormir, después de la boda, el lagarto te dirá: ‘Acuéstate primero’. Tú no le obedecerás. Harás que él entre en la cama, antes que tú. Cuando se haya acostado y lo veas dentro de las frazadas, tú entrarás a la cama. Cuando ya esté dormido te acostarás junto a él”; así habló la bruja. “Bueno”, contestó la joven.

“Al momento de acostarse él —continuó la bruja—, oirás cómo se descarna el cuero y se lo saca”. “¿Es posible?” “Es verdad. Y no te sucederá nada —afirmó la bruja—. No tengas pena”.

La hermosa muchacha predestinada volvió muy alegre donde sus padres y les dijo: “Qué puedo hacer, qué no puedo hacer, padres míos. Me casaré, pues. Si algo me sucede, habré pagado mi destino. ¡Que todo se haga por vuestra fortuna!”. Los padres, al oírla, fueron muy contentos donde los padres del lagarto...

“Ha aceptado, ha aceptado nuestra hija”, anunciaron. “Los casaremos”, dijeron los otros.

El inmundo lagarto empezó a dar saltos, grandes saltos de felicidad. Trepó después a la cama, y se estiró allí; quedó como empozado sobre las frazadas. Esa era su vida. No caminaba en el suelo sino raras veces.

Y así. ¡Se celebraron las bodas! Y nuevamente, con la solemnidad y la abundancia de siempre. Arpas y violines cantaban en todas partes de la casa. Levantaron una ramada esta vez para el matrimonio del asqueroso lagarto. Él permaneció a dormilado sobre una banca mientras se realizaba la ceremonia. Su rostro era humano, sus ojos grises. Y se llevaron adormir a los novios. El padrino y la madrina guiaron a la comitiva que marchó mientras cantaban harawis. Cerraron la puerta de la cámara nupcial; le echaron candados.



El lagarto apagó la vela. “La apagaremos”, dijo. Luego ordenó a su esposa: “¡Acuéstate!”. “No —contestó la joven—. Acuéstate tú primero. “Tú has de acostarte”, insistía el animal. “No me acostaré si no después que tú. Yo no he de irme. ¿Adónde he de irme?”. “¡Acuéstate!”, volvió a ordenar el lagarto. “¡No lo haré, no me acostaré!”, contestó firmemente la muchacha.

Entonces..., el lagarto se acostó. Y adentro de la cama, de pronto, “iqall, qaaash!”, se sintió el ruido que hacía al descarnarse el cuero. Empezó a desollarse. Y la mujer sintió miedo. “Algo, algo está haciendo”, pensó. Y ya perturbada, se olvidó de la recomendación final de la bruja. “¡Acuéstate!”, le llamaba el lagarto. Había concluido de desollarse, y la llamaba. “¿Cómo he de echarme junto a él si he oído ese ruido? Es un lagarto, me va a devorar”, decía la muchacha.

Y encendiendo una vela, acercó la llama al lagarto. Estaba convencida que ni debía mirarlo. La bruja le había dicho: “No has de mirarlo”; le había advertido claramente. “No has de mirarlo, cuidado con encender una vela delante de él”. Y ella se olvidó. El espanto de ser devorada por el lagarto oscureció su memoria.

Delante de la llama no apareció el lagarto sino un joven hermosísimo, de cabellera roja. Entonces ella se inclinó para abrazarlo..., lo iba a abrazar... Pero él se convirtió en viento. “¡Uuuu...,uuu...! Silbando, desapareció por entre las maderas del techo. La joven se quedó muy sola. Y desde entonces fue considerada por sus suegros como una verdadera nuera, como hija de los poderosos padres del monstruo. Pues no tuvieron más hijos, nadie en la casa.

Cuando desapareció el lagarto, la gente del pueblo murmuraba; le decían a la madre: “Después de que mueras, una serpiente mamará de uno de tus pechos, y del otro un sapo. Ese será tu castigo, pediste a Dios lo que no quiso darte. Jamás tendrás hijos”.

José María Arguedas



El patio de mi casa

Después de enero y febrero, meses de vacaciones, que en Santiago de Chuco son de invierno y caen lluvias torrenciales, el patio de nuestra escuela era completamente otro.

Porque en clases era como la arena de una plaza de toros, amarillo, seco y arcilloso. Desde allí cantábamos desgañitándonos, con los ojos brillantes puestos en las cornisas o en el cielo azulino, viendo como escapaban correteándose las golondrinas o el colibrí permanecía quieto en el aire vibrante.

En ese patio se jugaba rayuelas, el rompe y raja de los trompos, el salta cordel, el “te vi e inmóvil que quedas” o se corría tras los aviones de papel.

Pero había un momento del año, después de las lluvias antes de iniciadas las actividades en la escuela, en que este patio era otro, completamente distinto, abrumadoramente mágico.

Y era cuando mi padre nos llevaba de la mano a iniciar con él la matrícula del nuevo año, pues era el maestro más antiguo de esa escuela.

De pie ante la puerta, daba vueltas a las llaves que introducía en los cerrojos del portón. Chirriaban los goznes dormidos, resonaban los fierros entumecidos, arribaba el barro del umbral. Empujaba la puerta y —izuas!— nos golpeaba desde adentro —en lo que era antes un patio— un huerto alto e inmenso delante de la luz blanca de las paredes enjalbegadas.



Mientras él avanzaba y subía las gradas llenas de hierbas y enredaderas de alverjas —que habían crecido de los granos que los niños habían perdido por las rendijas de las piedras—, mi hermano y yo, después de estar un rato atolondrados, con los ojos desorbitados y en silencio, nos aventurábamos paso a paso a entrar por ese jardín imprevisto.

Y nos introducíamos como apartando agua, acariciando acelgas, dalias, hinojos, laureles, perejiles y hasta zapallos que enredaban nuestros pies y caíamos dejando la huella de nuestras manos pequeñas en la tierra blanda de ese vergel escondido que nadie había cuidado en los dos meses, y que el solo prodigio de la lluvia, el sol y lo que la tierra escondía de madre y maestra nos lo mostraba ahora con todo su esplendor.

El patio cerrado de nuestra escuela, casi siempre eriazo y aplanado por la correría en nuestros juegos, había brotado con todo lo oculto, invisible y encantado que había en el suelo, aparentemente seco, inmóvil y baldío.

Todos los colores de flores, todas las formas de hojas, todas las sombras y los tallos, con sus mariposas, gusanillos, abejorros y gotas de rocío, temblando o esfumándose, estaban ahí.

Pronto aparecía algún señor por la puerta, con los ojos buenos e inocentes, su sombrero en la mano y en la otra el hijo al que traía a matricular a un nuevo años de estudios.

Entraba pidiendo permiso con la cabeza y con una sonrisa tímida. Como no encontraba a nadie, subía entonces hasta el salón que tenía las puertas abiertas. Desde el corredor de arriba el niño nos descubría en la selva de tallos y hojas.

— ¡Es Dogo! —decía mi hermano entre el zumbido de las abejas.

¡Cuánto había crecido! ¡Cómo había cambiado!



Y mientras las papas conversaban él se nos iba acercando de a pocos, hasta cruzar palabras:

—¿En qué año te matriculas?

—En tercero.

—¿Y quiénes más pasaron?

—Pasó Javier, pero ya se fue con sus padres a Trujillo. Alipio que ahora vive en Chimbote. No sé si vendrá Iraya de Angamarca. Perico ha muerto...

¡La vida! ¡Cómo había andado tanto la vida!, igerminando y floreciendo como el patio de nuestra escuela!

Danilo Sánchez Lihón



El Iqiqu

Hace muchos milenios había un aymara de nombre Iqiqu, era fornido, de estatura baja, humilde, bondadoso, caritativo y sonriente.

Iqiqu fue un hombre bueno que buscaba una vida armoniosa entre los hombres, y por donde quiera que andaba predicaba las buenas costumbres. Donde había problemas y llantos llevaba la solución, la consolación y la alegría.

Un día, por sus cualidades maravillosas, recibió poder de apu Qullana (Dios divino), que moraba en las alturas sagradas de Khunu Qullu (nevado). Con este poder, Iqiqu había logrado realizar grandes hazañas. Dicen que manejaba rocas y montañas solamente con honda y su voz. Todo le obedecía; por eso la gente le hablaba de cerca.

Iqiqu tenía una honda y una ch'uspa (bolsa). Así caminaba por las montañas, cerros y pampas y por las riberas del lago. Al que lloraba lo consolaba y hacía reír; al que no tenía productos se los proporcionaba; a los que querían casarse los juntaba para formar su hogar.

Un día vino el Awqa (ser maligno) con su gente malvada. Su aspecto era de un hombre barbudo, de tez blanca y con genio muy malo. Awqa se portó muy cruel.

Atemorizaba a los aymaras y persiguió a Iqiqu, a sus seguidores los desbandó, a otros los asesinó ferozmente y a algunos los obligó para que no los apoyen.



Cierta vez Iqiqu llegó a un ayllu donde Awqa también había instalado su posada para perseguir a Iqiqu. Mientras este iba promoviendo diferentes formas de ayuda mutua, Awqa y su gente malvada lo rodearon y capturaron el cuerpo de Iqiqu. La cabeza, los brazos, las piernas y otras partes su cuerpo fueron desparramados por todas partes del altiplano y en las cordilleras, a fin de que no vuelva a formarse el cuerpo porque tuvo miedo al poder que tenía Iqiqu.

Nuestros abuelos dicen que cada una de las partes del cuerpo de Iqiqu está tomando forma y ha empezado a revivir, otros dicen que cada parte del cuerpo se ha levantado y está en camino hacia Wiñay Marka (ciudad eterna). Un día no muy lejano, indudablemente llegará a la ciudad eterna, allí tomará una fuerza, se reunirá y sacará adelante a su pueblo, renacerá la nación aymara y tendrá mucho poder en el universo.

A partir de entonces el Iqiqu es conocido como Dios de la fortuna, de la alegría y del amor.

Anónimo



Así nació la sociedad humana

Al llegar a la cueva que le servía de habitación, el hombre primitivo se detuvo asombrado y molesto. ¿Qué ocurría?

Otro hombre, tan desnudo e inerte como él, estaba sentado sobre una enorme piedra junto a la boca de la caverna. Su actitud parecía decir: “He aquí un buen lugar para defenderse en los sucesivos del frío y de la lluvia”.

El primer hombre contrajo los músculos, rechinó los dientes y avanzó amenazadoramente hacia el invasor. El intruso, a su vez, se puso de pie. Todo su cuerpo estaba en tensión para repeler el ataque.

—¡Deja esta caverna que me pertenece! —decía la mirada, cargada de oído, del antiguo morador de la gruta.

—¡Jamás! —respondían rabiosos los ojos del otro.

Ya iban a embestirse, cuando un formidable rugido los inmovilizó. Una enorme bestia trepaba por la ladera. Ya no había tiempo para huir, era necesario intentar, rápidamente, una defensa.

Los hombres se comprendieron con una mirada. La roca, que un solo hombre no hubiese podido empujar, alcanzó a la fiera antes de que pudiera ponerse a salvo. Herida de muerte, la bestia se arrastró entre los matorrales, lanzando pavorosos aullidos.

Los dos hombres volvieron a mirarse. El odio había desaparecido de sus ojos. Entendieron que lo más conveniente era, en adelante, sumar sus fuerzas.

Desde ese día la caverna tuvo dos habitaciones.

Alberto Urbina



El campesino y sus sacos

Cierta vez, un campesino conducía trigo al molino en sacos atravesados sobre el lomo de un borrico. Tropezó en una piedra el animal y cayó al suelo uno de los sacos. Como este pesaba demasiado, el pobre hombre no pudo cargarlo de nuevo. No hallando manera de resolver el problema, decidió esperar que pasase un caminante que le quisiera prestar ayuda.

Al poco tiempo vio venir a un jinete; pero al aproximarse observó el labrador con tristeza que era nada menos que un señor que aparentaba fortuna y buen puesto en la sociedad.

No había que pensar en solicitar la ayuda de un personaje de su rango.

El señor sin embargo no era meramente una persona bien vestida. Era además un caballero que echó pie a tierra al ver el apuro del campesino.

—Ya veo, amigo mío —dijo—, que te ha ocurrido un percance. Afortunadamente, aquí estoy para ayudarte, porque en estos caminos tan poco frecuentados no es fácil encontrar quien preste auxilio en tales casos.

Y dicho y hecho, tomó por uno de sus extremos el saco, cogió el campesino por el otro y entre ambos lo colocaron de nuevo atravesándolo sobre el lomo del jumento.



—Señor —le dijo el campesino, quitándose el sombrero—, ¿cómo podré pagarle este gran favor que me ha hecho?

Muy fácilmente, amigo mío —le contestó el señor— siempre que veas que alguien se encuentre en un apuro, ayúdalo, que de este modo, mejor que de otro alguno, me demostrarás tu gratitud.

Alfredo Aguayo



El hombre de corazón duro

Hubo un tiempo en que vivió un hombre muy rico. Nada le faltaba. Sus graneros siempre estaban llenos y en sus potreros había mucho ganado. Pero su corazón era muy duro, como la piedra. Jamás ayudaba a los pobres. No daba limosnas a los mendigos. No se acordaba de nadie, ni de su propia madre, que ya muy viejita vivía en el mismo lugar.

Un día, durante la cosecha de papas, ella fue a visitarlo. Su mujer, que era otra avarienta, la vio venir. Se le acercó y le dijo:

—Tu madre viene. Seguramente va a pedirte papas.

El hombre le respondió:

—Escóndeme con las matas. Dile que estoy ausente.

El hombre se echó en el suelo, y ella lo cubrió con un montón de matas de papas.

La anciana había visto todo. Llegando a la chacra, le preguntó a su nuera, que estaba de pie junto a un abundante montón de papas, por su hijo.

—No está. Ha viajado lejos —le respondió la mujer.

La pobre madre, con el corazón herido, se regresó llorando.

Luego la mujer, al levantar las matas, se llenó de horror. Los brazos y las piernas del hombre se habían convertido en serpientes que se retorcían.

Desesperado, el infeliz gritó pidiendo perdón:

—¡Madre! ¡Madre mía! ¡Perdóname!

Pero ella estaba demasiado lejos, y no escuchó sus lamentos.

Marcos Yauri Montero (versión abreviada)



La mujer andina

Es poco probable que haya otra mujer sobre la tierra que posea las virtudes hogareñas y sociales de la mujer andina.

El símbolo de la actividad femenina es la hilandera ambulante del Ande peruano. Hace una jornada —cinco a seis leguas— por los caminos y las sendas, por caseríos y despoblados, con el huso en continuo movimiento.

Lleva a las espaldas, junto con el crío, los productos que va a vender en la ciudad o los menesteres con que retorna a su choza.

Prepara los alimentos, cuida de sus hijos y de sus animales domésticos: el cuy solo a ratos visible, la gallina, el chanco, las ovejas, la vaca y el perro fiel guardián. Teje la tela para el vestido de todos los suyos.

Recorre el campo en busca de las hierbas aromáticas y comestibles, de las ramas secas para mantener el fuego. Escoge el estiércol de los corrales. Deshoja el maíz. Ayuda al marido en las rudas faenas agrícolas.

En la noche mientras duermen los niños, ella no deja de mover sus manos laboriosas: el maíz tierno, la quinua, trigo salen de sus dedos, grano a grano, listos para preparar el potaje cotidiano.

Cuando su esposo se ausenta, a veces ella lo reemplaza en todas las tareas. No teme el trabajo; apenas se fatiga. Siempre está dispuesta al esfuerzo y a la colaboración. No es mezquina ni ambiciosa. Con la sonrisa diáfana y pura en los labios, toda la bondad del alma se le asoma a los ojos tranquilos.

Es humilde, generosa, cuidadosa y tierna; jamás pronuncia una palabra de disgusto. Se le ve animosa, valiente. Nada le da miedo.

Luis E. Valcárcel





El trabajo en común

Los incas sabían qué importante es la cooperación en el trabajo, que consiste en ayudarse unos a otros. En aquella época nadie cobraba sueldo por el trabajo que realizaba; una persona ayudaba a otra porque sabía que a él también lo ayudarían cuando lo necesite.

Mediante este sistema de trabajo los incas hicieron grandiosas obras, como la construcción de grandes caminos que partían del Cusco hasta el Ecuador o Chile. Puentes que atravesaban caudalosos ríos. Fortalezas de piedras inmensas para defenderse de sus enemigos. Andenes en los cerros donde poder cultivar plantas alimenticias. El cultivo en grandes extensiones de tierra.

Hicieron palacios y templos hermosos donde se alojaban los jefes o adoraban a sus dioses. Canales de agua para irrigar las tierras o dar de beber a la población. Los incas no contaron con la fuerza de los bueyes ni de los caballos. Tampoco usaron maquinarias para hacer estas grandes obras. Todo se hizo con la ayuda de todos, especialmente cuando se trataba de hacer obras que iban a beneficiar al pueblo. Por eso el imperio incaico fue poderoso, porque todos ayudaron para que así sea.

La obra mayor y más soberbia que mandaron a hacer para mostrar su poder y majestad fue la fortaleza del Cusco, cuyas grandezas son increíbles. Al que las ha visto y mirado con atención le hacen imaginar y aun creer que son hechas por vía de encantamiento y que las hicieron semidioses y no hombres.



La multitud de las piedras, tantas y tan grandes, como las que hay puestas en las tres cercas (que más son peñas que piedras), causa admiración imaginar cómo las pudieron cortar de las canteras de donde se sacaron.

Ellos no tuvieron hierro ni acero para cortarlas ni labrarlas. Pensar cómo las trajeron al edificio es dar en otra dificultad no menor, porque no tuvieron bueyes, ni supieron hacer carros, ni hay carros que las pudieron subir, ni bueyes que basten a tirarlas.

Las llevaban arrastrando a fuerza de brazos con gruesas maromas; ni los caminos por donde las llevaban eran llanos, sierras muy ásperas, con grandes cuevas, por donde las subían y bajaban a pura fuerza de hombres.

Anónimo



Tierra y aguas

El Perú antiguo fue un pueblo de agricultores con agua escasa y poca tierra. El hombre tuvo que luchar contra la naturaleza hostil. Comenzó por los espacios libres de la meseta andina, bien irrigada por los nevados, pero reducida por su clima frío a unos cuantos productos que resistían las bajas temperaturas.

Su alimentación era la papa, la quinua, la cañihua. Nadie sabe cómo ni cuándo apareció el maíz. El cultivo de este cereal requería un cambio profundo en los métodos agrarios. Solo era cosechable en zonas templadas, exigiendo especialísimos cuidados, riego artificial, defensa de las heladas y el granizo, tierras escogidas, abonos, en fin, complejos procedimientos.

El Estado incaico determinó la realización de un gigantesco plan de desarrollo agrícola. Solo podía ejecutarse dentro de una organización tan vasta y poderosa como fue el imperio del Cusco.

La disciplina del pueblo y la dirección técnica de los amautas realizaron el milagro de multiplicar en pocos años las tierras cultivables. En la costa eran ganadas al desierto, verificándose extensas irrigaciones. En la sierra, la montaña se convertía, gracias a la armadura de piedra de las terrazas, en un jardín colgante que dejó a los de Babilonia como minúsculos juguetes.



La invención del andén, plataforma o terraza de cultivo significó un cambio revolucionario en la agronomía peruana, que pasaba gracias a él del método extensivo al intensivo.

Cada andén era como una maceta, formada a mano, por industria y esfuerzo del hombre. Allí el maíz fructificaría en toda su potencia, defendido de los fenómenos atmosféricos. Recibiría la cantidad de agua necesaria, conducida hasta cada plataforma por canales desprendidos del recolector de las aguas del deshielo. Ni inundaciones ni sequías significarían peligros irremediables.

Un pueblo que no tenía en su favor las esenciales condiciones para el desarrollo de una gran agricultura, debido a su inteligencia y esfuerzo, creó una ciencia y un arte agrícola que transformaron el medio geográfico, cumpliéndose el postulado de que la civilización se mide por el grado de dominio que el hombre alcanza sobre la tierra en que vive.

Luis E. Valcárcel



El río

Una mañana cayó una gota de agua del cielo sobre las piedras de la montaña. Se encontró con otras gotas, y todas se unieron hasta formar un río.

Los hombres construyeron sus viviendas en las proximidades del río, trabajaban y regaban la tierra y obtenían buenas cosechas. Y el río estaba feliz por ser tan generoso e importante.

Cierta vez se acercó a la orilla un pastorcito con su manada de ovejas y llamas. Se sentó, extrajo de su alforja una quena y empezó a tocar una hermosa melodía.

El río se detuvo un momento para escucharlo y le dijo:

—¡Pastorcito, regálame tu quena para que pueda entonar esa melodía en mi largo camino hasta el mar!

Y como el pequeño sabía lo generoso que era el río, le dijo: “¡Aquí lo tienes!”, y lanzó su quena en medio del río. Y el río se la llevó. Desde entonces sus aguas al deslizarse van entonando una linda melodía.

Cierto día el río vio en la orilla un arbusto con lindas flores que esparcían un delicioso aroma.

—¡Que hermosas son tus flores! ¡Qué delicioso aroma exhalan! —exclamó el río, y se detuvo un momento para pedir al arbusto que le regalara una flor.

—Estas flores son mi orgullo —respondió el arbusto—. ¡No puedo regalarte ninguna!



Entonces el río se enojó, salió de su lecho y arrancó algunas flores y se las llevó consigo. Estas quedaron sumergidas entre las aguas para siempre.

Desde entonces el río exhala un delicioso aroma.

En una casa cerca de la orilla vivía una muchacha muy hermosa con su abuelita. Todas las mañanas traía agua del río. Cierta día a la muchacha se le cayó el cántaro al río. Se sentó a la orilla y lloró.

—¿Por qué lloras? —le preguntó el río.

—Se me cayó el cántaro al agua, y no lo encuentro.

—Regálame tus lágrimas —le respondió el río— y te mostraré tu cántaro. Y así fue. El río se llevó las lágrimas de la muchacha, y desde entonces sus aguas se volvieron cristalinas.

Un día la abuelita se sentó a la orilla del río para descansar y le dijo:

—Yo sé por qué tus aguas cantan al deslizarse.

—¿Por qué será? —le preguntó el río.

—Porque arrancaste algunas flores que crecían cerca de la orilla y las escondiste en el fondo de tu lecho. Y también sé porque tus aguas son tan cristalinas.

—¿Y por qué será? —le preguntó el río.

—Porque mi nieta te regaló sus lágrimas a cambio del cántaro que se le cayó al agua. Desde hoy, voy a venir todos los días para descansar a tu orilla, escuchar tu canto, oler tu aroma y observar los peces. Y también cuidaré que nadie enturbie tus cristalinas aguas.

Carlota Carvallo de Núñez
(versión abreviada)



Los apus

La tierra peruana está poblada de apus. Nacieron antes que los hombres, los animales y las plantas. Fueron el aliento de la atmósfera andina, venida del vaho de lejanos mares y de la transpiración de las selvas distantes; aliento transmutado en nieve al condensarse en las alturas formando esa ininterrumpida cadena impresionante que va desde el Cotopaxi, hasta el Aconcagua.

Si están tristes, los cerros se cubren de túnicas blancas; si coléricos, golpean sus tambores con varillas de fuego.

Sus canas venerables se convierten en millares de acueductos por los que discurren las lágrimas cristalinas, entre musgos, helechos, así como por las concavidades de la tierra arrastrando en su linfa el secreto vital de las profundidades.

Ellos abren los puquios de los que brota la leche de los montes y trenzas los meandros infinitos que bajan a la pampa, convertidos en ríos.

Conocen el origen de la vida, y para ellos, la muerte es solo una posada. Son los apus, los espíritus que propician la abundancia, los que aseguran la templanza en el corazón de los hombres, los que dieron a la tacla el poder del arado, los que enseñaron a los hombres a convertir en graderías a los montes para sembrar en cada peldaño la papa, maíz y tarwi; la quinua enhiesta, la cañihua achaparrada, asegurando en los andenes el riego por inmersión nitrogenado, haciendo respirar a las aguas entre la dentadura de las piedras.

Elmer More
(versión abreviada)



El sabio de todos los tiempos

En aquellos tiempos, dos hombres notables de distintas generaciones se disputaban la cosecha de las papas: el primero era un anciano entrado en años y el segundo un novel empeñoso de tierna edad, quienes hacían sus chacras según sus conocimientos empíricos. Ellos sembraban tubérculos en grandes proporciones. Cuando llegaba la época de la cosecha, el anciano recogía papas de buena calidad, mientras al joven le iba al contrario. Un día el mozo decide visitar al viejo y preguntarle sobre el éxito de su producción. ¿Por qué te va muy bien en la cosecha?, ¿dónde radica tu secreto?

El anciano le respondió:

—Escucha muy bien, jovencito, yo sigo los pasos del viejo sabio de la comunidad, quien señala el futuro de la cosecha de la papa.

—¿Dónde vive ese sabio?

—En la comunidad, tú lo conoces.

—¿Yo?—

Sí, siempre corre de arriba hacia abajo con una alegría inusitada canta de día, de noche, de madrugada, no tiene un horario establecido. Mora por estos lugares y en los valles interandinos. Es muy inteligente, y deja un sinnúmero de enseñanzas; es de cabeza plana, patas rosadas y un traje plomo con matices blancos. Este eximio personaje es muy activo y vuela alegre por las sinuosas colinas y praderas de la meseta andina.



El sabio anuncia el futuro de la cosecha con una exactitud increíble; su canto magistral y entrecortado anuncia los designios de la naturaleza. Algunas personas tomamos nota de los pregones de aquel gitano ¿Adivinas?

—No, no tengo idea.

—¿Sabes?, cuando hace su nido en las partes altas de los bojedales con abundante pasto y sus huevos son de color verde brillante y pronunciados puntos negros, significa año lluvioso, cuya siembra debe ser en las partes altas y en los andenes. Cuando el nido del ave se encuentra en una depresión donde se forman charcos de agua significa año seco, cuya siembra debe ser en arena y en partes húmedas; pero cuando se encuentra guijarros en su nido anuncia granizada. Y si su nido es de paja brava y sus huevos de color gris con pequeños puntos, entonces será año de helada. Observa minuciosamente, es una tarea titánica, pero sus señales son mis consejeros.

El joven se quedó sorprendido con el relato del viejo, pero salió fortalecido sus los sabios consejos. El aprendiz de ahí en adelante conoció la prosperidad de sus cosechas, al igual que otros comuneros.

Tradición popular



Los Caminos del Inca

Una de las cosas que más admiré, contemplando y notando las cosas de este reino, fue pensar cómo y de qué manera se pudieron hacer caminos tan grandes y soberbios, y que fuerzas de hombres bastaran a hacerlos y con qué herramientas e instrumentos pudieron allanar los montes y quebrantar las peñas para hacerlos tan buenos y anchos.

Si el emperador Carlos V quisiera mandar hacer caminos como el que va de Quito a Cusco o el que sale de Cusco para ir a Chile, ciertamente creo, con todo su poder para ello, no sería tan poderoso ni fuerzas de hombres le pudiesen hacer si no fuese con el orden tan grande que han tenido los incas.

Eran tan largos, que medían miles de leguas, echados por sierras tan agras y espantosas, que por algunas partes, mirando abajo, se nublaba la vista, siendo menester cavar por las laderas en peña viva para hacer el camino ancho y llano; todo lo cual hacían con fuego y con sus picos.

Por otros lugares habían subidas tan altas y ásperas que salían de lo bajo escalones para poder subir por ellos a los más alto, haciendo algunos descansos anchos para el reposo de las gentes. En otros lugares había montones de nieves y por estas nieves, y por donde había montañas de árboles y céspedes lo hacían llano y empedrado.

En tiempos de los incas estaban limpios, sin que hubiese ninguna piedra ni yerba nacida, porque siempre se entendía en limpiarlos; y junto a



ellos había grandes palacios y alojamiento para la gente de guerra, y por los desiertos nevados y de campaña había aposentos donde se podían muy bien amparar de los fríos y de las lluvias. En muchos lugares había señales de sus leguas, que eran como los mojones de España, salvo que son mayores y mejor hechos los del Perú.

Pedro Cieza de León
(versión adaptada)



El último jabón de la tina

El mayordomo, con su negra y magra figura de poste carbonado y su cabeza de piel astracanada, esperaba a pie firme en el centro de la habitación. Don Juan no lo había sentido llegar. Absorto por el tumultuoso desfile de sus pensamientos, que desde veinticuatro horas antes no le dejaban dormir ni pensar sino en su propio dolor, nada de lo que lo rodeaba parecía advertirlo. Dos surcos profundos le partían el entrecejo, imprimiéndole a su rostro una dureza implacable y cruel. Sus ojos, de azul desvanecido, parecían mirar por encima de los muros de la sala un punto lejano, algo que reflejaba en sus pupilas resplandores de un incendio diabólico.

Era un actor que representaba dignamente su tragedia, la catástrofe de un alma. En aquel hombre no quedaba ya nada de la belleza y seducción de otros tiempos. Todo en él eran gestos y líneas: gestos que se contradecían, líneas que se entrecruzaban.

Al fin salió de su ensimismamiento, y volviendo los ojos al esclavo, que poseído por la solemnidad del momento no se había atrevido a hablar, murmuró:

—¡Ah, estabas ahí!

—Sí, mi amo. Venía a decirle que to está listo.

—¿Todo?

—Todito, mi amo: Antuco cumplir al pie e letra lo que su mercé manda...



—Dame la capa y el sombrero.

...Y una vez en posesión de las dos prendas, don Juan Francisco salió precedido del viejo mayordomo, el cual, farol en mano, comenzó a guiarle entre el laberinto del jardín y las callejuelas formadas por la arrumazón de los fardos y zurrones. Ni un chirrido, ni un graznido, ni un murmullo... amo y esclavo avanzaban quedamente, como dos siluetas, que perseguidas por un pálido charco de luz trataban de disolver en la fría tinta de la noche.

Ya en el segundo patio, no fue necesario el farol. El sangriento reflejo de los hornos de las tinas alumbraba lo suficiente para prescindir de toda luz. Don Juan Francisco avanzó hasta el fondo, donde un grupo de tres hombres esperaba y, dirigiéndose al que estaba en medio, díjole con reconcentrada ira:

—Ya supondrás lo que voy a hacer contigo. ¡Negro canalla, ingrato, desleal!

—Sí, lo que hace el cuchillo con la carne, señor.

—Algo mejor que eso. Ahorcarte, no. ¡Eso quisieras! Ni garrote tampoco. Eso, para los caballeros.

—Cualquiera que sea la muerte que me dé usted la recibiré con resignación, como el pago merecido de una deuda que he contraído con usted.

—¡No valentones, miserable! Mejor será que te encomiendes a Dios. Tienes unos minutos para que lo hagas.

—Ya lo he hecho, don Juan; todo el día he rezado. Yo soy un buen cristiano y sé que la oración consuela y purifica.

—Desgraciadamente no te puedo cobrar de otro modo la deuda. ¡Ah, si estuvieras a mi altura con que placer te buscaría el corazón con una



espada! Pero siendo quién eres no mereces que yo ponga en ti mis manos, ¡alma de perro!

—De hombre, don Juan, de hombre. José Manuel piensa, siente y quiere como los caballeros, como los blancos.

—¡No, no! Eres un perro, peor que un perro. El perro siquiera agradece el trato y el pan que se le echa; pero tú muerdes a traición la mano que te lo da.

—Es eso lo que usted cree, pero el pan que he comido yo en esta casa me ha costado mi sudor; lo he ganado muy bien, y todavía ha quedado para usted. ¿Qué figura, señor don Juan Francisco, que soy yo un esclavo como los demás, que no sabe lo que es un hombre y una bestia y que todos tenemos el derecho de vivir libremente?

—¡Derecho, eso quisieras tú, hijo de raza maldita! ¡Hombre tú, que hasta por el color eres una mancha y una vergüenza!...

—Pero por dentro no lo soy. Por dentro soy luz, como que soy hijo de Dios, don Juan.

—Pues, por lo mismo que no lo eres, has debido de mirar primero dónde ponías los ojos, ¡canalla!

—Lo sabía, señor, por desgracia, y de ello no tengo yo la culpa. Para qué nos ha dado Dios ojos sino para ver y adorar lo que nos gusta.

—¡Negro mentecato, presuntuoso, pedante! ¡Llévenlo allá arriba!

—Señor, miré bien lo que va a hacer conmigo. Máteme, pero no abuse.

—Cárguenlo, y llévenlo allá, he dicho

Don Juan, que solo por estimular su odio y darse ánimo para cometer la atrocidad que tenía proyectada se había detenido a dialogar con el



aherrojado José Manuel, gritó, dirigiéndose a los dos esclavos que lo tenían a este cogido por los brazos.

—¡Allá, allá a esa plataforma! Y tú, Antuco, dirígelos como te he indicado ya.

—Ya ve usted, don Juan, cómo no es preciso ser negro para ser una bestia. ¿Quién es aquí la bestia, usted o yo?

—¡Calla, esclavo vil!

—¡Esclavo! El esclavo es usted, don Juan, que se deja arrastrar por la soberbia como el demonio. Así son todos ustedes los blancos.

—¡Súbanlo, súbanlo! —repitió rabiosamente don Juan—. ¡Que no tenga que decirlo otra vez!

Y los dos fornidos congos, el de la risa innoble y la copla canallesca y el otro, un mozo de herrería, cogiendo violentamente al infeliz por los brazos y las piernas, salvaron de unos cuantos trancos la rampa y se detuvieron sobre la plataforma que engolillaba a una de las enormes tinas de jabón, rugiente y humeante como un cráter voraz.

—¡José Manuel, arrodíllate y reza un padrenuestro!

—Ya he dicho que he rezado hoy bastante. Acaba ¡No me tortures más!

Y, sentándose y volviendo la cara al amo:

—Don Juan, ¿va usted a hacerme jabón conmigo? A sí es, que le sirva para lavarse la mancha que le va a caer y para que la niña Mari Luz lave a ese hijo que le dejo, que seguramente será más generoso y noble que usted, como que tiene sangre de Sojo.

—¡Tírenlo adentro! —rugió el De los Ríos y Zúñiga, más ceñudo e implacable que nunca.



Y sobre el crepitar de la enorme tina de jabón se oyó de repente un alarido taladrante, que hendió el torvo silencio del viejo caserón y puso en el alma de los esclavos una loca sensación de pavor.

Quince días después, los parroquianos que iban por jabón a la tina se encontraban con las puertas cerradas, y sobre estas un lacónico letrero, que decía: SE TRASPASA EN SAN FRANCISCO DARÁN RAZÓN.

Enrique López Albújar



El relámpago cautivo

Cierta vez, en una noche del mes de marzo, montado en mi macho mohíno, llegué a mi casa en medio de una tempestad nunca antes vista, llena de ventarrones, aullidos de perros y relámpagos seguidos de fuertes truenos.

Descabalgué a la puerta y desensillé. Amarré mi macho al tronco de un sauco del patio y entré en la casa oscura empapado hasta los huesos.

El hambre me mataba, y no había siquiera un pedernal para hacer luz, ni tampoco un tizón encendido. Entonces me dije, dándome de valiente:

—Agarra con mucha maña, Lino León, un relámpago grandazo para que te de luz y su candela.

Dicho y hecho. Abrí la puerta y me escondí detrás de ella. Zigzagueó un relámpago, el cual, como una bala, entró al interior de mi vivienda, llenándola de luz, y yo, más rápido que él, antes de que reviente el trueno, cerré la puerta con violencia y lo aprisioné.

Y este no era solo vivo resplandor sino también candela. Entonces, sirviéndome de él, encendí mi lámpara y la leña seca del fogón. Y, en menos de lo que canta un gallo, preparé un mate de chochoca y tosté un poco de maíz, y merendé tranquilo, alumbrado como un rey por el relámpago cautivo, mientras que afuera el aguaceral, los ventarrones, los aullidos, los relámpagos y los truenos seguían.



Cuando acabé de merendar, abrí la puerta y el relámpago se marchó de golpe, y entonces sentí bien claro que me juntaba con sus compañeros entre las sombras. Así mismo, luego de persignarme, de rezar mis oraciones al patrón san Mateo milagroso y de apagar mi lámpara, me eché en la cama. Y me pareció que la tempestad era una serenata que me daban la tierra y el cielo.

Mario Florián
(versión adaptada)



La papa

La papa se siembra poco en la costa, pero es muy extendido su cultivo en la sierra, donde se cultiva hasta la altitud de 4800 metros, mientras el maíz no da a más de 3850 metros.

La papa es oriunda del Perú y fue llevada por los españoles a Europa. Ahora sirve de alimento a toda la humanidad.

Se divide en dos clases: dulces y amargas. Las dulces se emplean en la alimentación y para obtener almidón. Con los tubérculos de las papas amargas se elabora el chuño o papa helada, la moraya y el moscko.

Las papas dulces se dividen en tres tipos: redondas, alargadas y planas. Y entre estas las hay arenosas y “aguanosas”. También hay papas blanca, rosada, negra, amarilla.

La papa fue conocida por los peruanos desde hace muchísimo, y un historiador afirma que los hermanos Ayar “sembraron a las espaldas del cerro Huanacaure unas tierras de papas”.

El inca Garcilaso de la Vega dice que “las papas reemplazan al pan comiéndose cocidas, asadas o pasadas al hielo para que se conserven, llamadas chuño”.

Hoy la papa sigue siendo el alimento principal de los peruanos, y se trata de extender su cultivo a fin de que a nadie le falte que comer, tal como ocurrió en la época de los incas.

Vitold de Szyslo



El origen del maíz

Desde muy temprano, los primeros hombres que aparecieron en América se dieron la tarea de seleccionar y buscar plantas que, además que los sustentara, les templara el espíritu. La quinua, la papa, la coca fueron cultivadas observando estas normas.

El maíz fue un caso especial. Los agricultores, en su preocupación, porfiaban y desesperaban por descubrir un alimento de óptimas virtudes. De padres a hijos heredaban las secretas experiencias.

Dios Kon, atento a los afanes de sus criaturas, decidió ayudarlos. Una mañana, cuando el sol doraba los campos, en una parcela, un joven campesino se hallaba absorto abonando, con sumo cuidado, una débil plantita. El Dios surge de una sombra transformado en labriego:

—No te asustes, buen hombre —dice Kon—. He visto tus esfuerzos. Tratas de alimentarte sin sacrificar a las aves del aire, ni a las bestias del campo. Eso es bueno. Ahora estás abonando esa plantita para ver si los frutos colman tus anhelos y el de tus antepasados. En premio a tantos desvelos voy a ayudarte.

Diciendo esto, extrajo de una bolsa una hormiga, una llama, un zorro, un guarango, un cóndor y un puma. Tomó de la hormiga una patita; de la llama, una gota de sangre; del zorro, una ñisca de su cerebro; del guarango, una astilla; del cóndor, una pluma; y del puma, unos pelos. Mezcló todo y lo vistió en las inmediaciones del tallito. A medida que



lo hace va diciendo: que tenga la sobriedad de la llama, la astucia del zorro, la longevidad del guarango; como el cóndor su pensamiento se eleve a las alturas y, en la guerra, sea bravo como un puma.

Perplejo, el labrador contemplaba al Dios, rodilla en tierra, manipular como un simple mortal las cosas de este mundo. Al concluir dijo:

—Con el tiempo sabrás si obré bien o mal.

Luego, se tornó sombra y se esfumó en el suave cristal de la mañana.

Así nació el maíz.

Fernando Valle Buendía



El nacer del trigo

Esto que tengo en la palma de mi mano es un grano de trigo, una semilla que he traído para ti, es el origen del pan que da la vida. Quiero que conozcas este grano, esta luminosa semilla.

Tómalo en tus manos. Míralo con toda la finura de tu curiosidad. Apréndelo de memoria. Siéntelo en toda su hondura. Es rubio como una perla de sol. Su alma tan blanca se confunde con la propia pulpa de la luz. Y su voz ha de ser verde porque es la semilla de la misma esperanza.

El trigo es el símbolo de la vida del hombre. Se ha salvado en todas las batallas para arraigarse en esta tierra nueva y caliente de América. Aprende de memoria este grano de trigo que es la eterna promesa del pan. Él te dirá lo que siente y es capaz de dar para todos.

Quiero que tú abras un lugar en el suelo humedecido por el agua, para que albergue al granito de trigo y para que lo escuchemos en su estación de nacimiento.

Está muy bien y es suficiente el hoyuelo que has abierto; entrégale a él tu grano de trigo. Cúbrela con tierra diluida por tus dedos. Lo que acabas de hacer es una siembra. Acaríciala con palabras, besos, sonidos, con toda tu alegría.

Se ha estremecido la tierra. Peguemos nuestro oído en el mismo punto donde has sembrado tu simiente.

¿Qué oyes? Ya sé que has oído un latido muy hondo.



Las aves han cantado varias veces. Ha llegado la hora. ¡Fíjate! Surge del suelo una fina lanceta color verde bañada en oro. ¡Y crece y crece! ¡Es tu planta de trigo amanecida!

¡El sol, la luna, Dios burilarán la espiga hasta la madurez del oro puro!

Llama con tu voz orgullosa a todos los niños del mundo. Cuéntales el prodigio. Y encárgale a cada niño un grano de trigo para que se ejercite en la sublime creación de la siembra.

¡Esta es tu lección para la paz del mundo!



Llegarás a tu destino

La puerta de nuestra casa se abre y da paso a la calle rumbo a la escuela.

El sol a las 7:00 de la mañana recién dora los rastrojos de las tapias y trasluce en las hojas de las malvas, ya revienta en los cerros lejanos dejando nítidas las montañas azulinas y oscuros los bajíos y quebradas.

Como todos los días, en el camino encuentro a Javier, a Mañuco, a Juan, con quienes nos acompañamos intercambiando tesoros. Papeles de celofán tejidos de serpiente, figuras de lana. Ya en la escuela. Tres campanadas nos reúnen en el patio.

Luego pasamos a un salón mojado por grandes ramas de agua dejadas caer en la tierra recién barrida. El maestro entra saludando y nosotros nos ponemos de pie.

—Tomen asiento, niños.

Es casi al terminar la primera hora de la mañana cuando alguien llama desde el corredor más cercano:

—¿Un cometa?

El maestro se acerca a la ventana, observa afuera y nos hace salir en fila. Al principio no divisamos nada, pero luego se hace nítido un trozo minúsculo en los cielos añil y serenos.



Es un brillo extraño que refulge con el sol. Está tan lejos que parece quieto, y a ratos da la impresión de avanzar a una altura a la cual no llegan ni las águilas ni los cóndores.

—Puede ser un satélite —murmura Villena—, aficionado a leer los periódicos. La noticia se esparce a las demás secciones, que van saliendo y formando grupos en el patio.

—Es un ave —afirma el maestro.

Desde el borde de la inmensa esfera del cielo se va acercando lentamente; en su vuelo parece seguir la redondez amplia de la tierra.

Nuestro profesor escruta aquel punto entrecerrando los ojos y con las manos haciendo viseras.

—Es un ave grande y fuerte —dice.

Como si presintiera algo extraño no revolotean las golondrinas que a diario tejen enredaderas en torno a la campana, ni los gorriones saltan del jardín a los tejados.

Enmudecen los ladridos de perros y cacareo de las gallinas. Todos los seres parecen hallarse sobrecogidos.

A mitad de la mañana está exactamente sobre nuestras cabezas, en el cenit del cielo. Podemos ver que su vuelo es trabajoso, una de sus patas cuelga dificultosamente; pero aun así lleva erguida la cabeza y su vuelo es parejo. Los demás alumnos se acercan a nuestro grupo.

—¿Qué es? —preguntan ansiosos.

—Es un albatros —dice por fin el maestro—. Viene del mar y va hacia el mar.

¿Viene del mar? ¿Y puede un pájaro llegar volando desde tan lejos?



¿Y va hacia el mar? ¡Al océano Atlántico!, tantas veces repasado en nuestros cuadernos de historia, trazado de surcos señalando la ruta de las tres carabelas.

—Es un albatros que vuela herido.

—¿Y desde cuando está volando?

—Desde hace semanas o tal vez meses.

Una emoción profunda invade nuestros corazones. Los cuerpos tensos con los ojos entrecerrados por el sol implacable y nuestras pequeñas manos alzadas a la altura de nuestras frentes parecen hacer un saludo de pequeños soldados al nauta.

¿Qué paisajes sus ojos divisan hacia abajo? ¡Qué roquedales de pavor y de miedo!, ¡Qué noches intrincadas! ¡Qué soles inclementes!

Alguien alcanza a gritar su emoción alentándolo y todos al unísono empezamos a animarlo.

—¿Vuela, amigo? ¿Vuela? ¿Llegarás a tu destino? ¿Llegarás al mar?

Danilo Sánchez Lihón

(versión abreviada)



Montes de pastores

Anteriormente estos cerros no estaban uno junto al otro, sino separados.

Uno vivía lejos y el otro hacia esa otra banda. Por un día ese cerro grande asistió a una fiesta y se quedó contemplando maravillado a esa colina cuando bailaba. Le gustó tanto que todos los días ya no podía vivir sin verla, debiendo empinarse hasta las nubes para mirarla siquiera un instante. Los hombres que vivimos aquí abajo temíamos una desgracia, pero ella se dio cuenta de que él se había enamorado. Sin embargo, le atemorizaba su talante siempre adusto, aunque no dejaban de encantarle sus galas y su fuerza.

Como ven, es un cerro inmenso, con mucha agua, con potreros y hondonadas; con bosques, precipicios y cañadas de vértigo.

Ella en cambio es suave, con muchas llanuras, criando en sus faldas ovejas y chivillos, trigo y hierbabuena; con puquiales transparentes.

Mañana y tarde él se asomaba a contemplarla, sin saber que al hacerlo se encendía en brillos y fulgores que ella, más que nadie, advertía. Hasta que llegó el tiempo en que no pudiendo contener más sus sentimientos le declaró su amor, encendiendo sus rayos más brillantes. Ella aceptó, y ambos acordaron habitar en este paraje. Ahora viven entre nosotros. Él ostentoso, ella siempre recatada, como se ve al frente en que se esconde detrás de su marido.



Hay tiempos en que él la preña y a ella se la ve abultada. Entonces el cerro varón la ataja y la protege de todos los vientos y las heladas.

En el cerro mayor habitan pumas y crían manadas de toros bravos. De él brotan las aguas que bajan espumosas por las quebradas. Cuando la neblina trepa por ese lado, ella aprovecha para pasar su ganado de una a otra banda. Para eso de su cadera hace brotar el arco iris que pasa sobre el hombro de su marido, tan alto como la cumbre de las más altas montañas, y por ese puente pasa sus manadas tocando una tonada en su cuerno de oro.

Ella va atrás ayudando a los huachitos tiernos que se tambalean en las hilachas.

La manada es de ovejas, cabritos, llamas, vicuñas; algunas con sus lazos cristalinos. Ella las pasta entonando unas melodías que embrujan a quienes las oyen con el aliento entrecortado.

Cuando ve que la neblina va despejando entonces silba y todos los animales corren y entran por la boca de la cueva donde ella los guarda.

La puerta por donde se oculta está detrás de esa quebrada, junto a un riachuelo donde ella se baña y peina sus cabellos negros. Cuando eso ocurre el cerro le toca su tambor, por eso se sabe.

De día en ese sitio se ve una piedra grande en forma de carnero. Es Illa, la cabeza del ganado que guía la tropa y se queda vigilando. Es el enlace entre el mundo de adentro y el otro de afuera, pero ni bien el monte vuelve a cubrirse de neblina entonces se escucha la corneta y los concilios de las ovejas que salen.

En días despejados la gente se acerca hasta Illa, llevándole adornos y regando de chicha la piedra para que el ganado sea como el hermoso ganado y su pastora que se ocultan allí adentro.

Danilo Sánchez Lihón



Al nacer del Sol, la aurora

Es noche intensa. De repente una línea muy fina se esboza como si alguien pintara, con una brocha de un solo pelo, una rayita de luz en el horizonte.

Es sobrecogedor ese trazo mínimo en la inmensidad de las tinieblas, se divide al mundo en dos: la tierra con el perfil de las cumbres lejanas y del cielo inconmensurable.

Es un rasgo leve que a ratos se apaga y enciende. Después es un temblor preciso, como debió ser el primer pálpito de la creación.

Bajo nuestros pies todo es tenebroso. La tierra yace exangüe, y si hay en ella algo de intenso y profundo es la vida que late incipiente.

Arriba, una leve claridad se va expandiendo, remontando la dentadura afilada de la cordillera y avanzando por la bóveda sideral. Pero repentinamente el sol dispara su primer rayo fulgurante. Es un dardo de luz que traspasa los linderos y hiere a las sombras temblorosas.

¡Y se desencadena la guerra!

En el horizonte se desata una lucha a muerte entre un rojo explosivo y un verde incandescente mientras los amarillos llameantes se lanzan a los extramuros celestes, se expanden hacia las nubes tiñéndolas con matices violentos.





Se desvanecen y retroceden los grises y lilas y los oros y azules prenden sus broches resplandecientes en el perfil de la cordillera.

Hay una pugna encarnizada y feroz, un estallido de furia, una conflagración. Unos colores son desbarrancados en los abismos; otros se elevan a lo alto. Unos se imponen con lanzas, estandartes y clarines, otros desaparecen huyendo o fugan encabezando sus tropes de guerreros vencidos.

A los techos de las casas —que dormitan a nuestros pies— los reboza una tenue penumbra.

Poco a poco la dentadura de los cerros se hace más nítida y surge despacio el diamante de un nevado lejano.

Danilo Sánchez Lihón
(versión abreviada)



Un combate singular

Sucedió que de pronto comenzaban a revolotear los cóndores, allá abajo, lejos, sobre una hoyada. Una vaca comenzó a rugir con mugidos agudos y luego otra vaca contestaba. Y bramaban también los cerros, y entonces se ponían de pie más vacas que mugían a su vez y corrían hacia la tropa que ya se había formado en torno a la que dio el primer alarido. Y conforme iban juntándose los cóndores, una especie de rueda negra cernía su amenaza sobre el ganado.

Era una lucha poderosa y frenética cuyo final no podía calcularse. Llegaban más y más cóndores, llegaban más y más vacas las vacas mugiendo y corriendo, brotadas de las laderas; y los cóndores caídos verdaderamente del cielo, de un cielo intensamente azul en vuelo raudo. Y he ahí que entre unos arbustos rodeados de vacas, se incorporó penosamente un pequeño animal blanco y negro. ¡Era un ternero que había nacido la noche anterior!

Viendo mejor la presa los cóndores redoblaron la furia de sus ataques y las vacas el celo de su defensa. Quizá alguna vaca sangraba ya, acaso algún cóndor tenía el pecho herido. Era todo una sucesión impetuosa de aletazos y cornadas. Y he ahí que la vaca madre se acerca al pequeño y lo lame en medio de la baraúnda y se pone a su lado y lo incita a caminar. Y el frágil ser se esfuerza hasta que logra andar, y madre e hijo avanzan entre la tropa que sigue mugiendo, luchando, y he allí que hay una quebrada de verde y denso bosque adonde madres e hijos ingresan y se pierden en él, seguidos de unas cuantas vacas.



Los cóndores, viéndose detenidos por el muro de las ramas, comienzan a irse, elevando el vuelo lentamente, y el ganado que permaneció fuera de la quebrada se va calmando, otea y toma poco a poco los amarillos senderos.

Unos momentos después, los últimos cóndores se pierden en la inmensidad azul. Las vacas, quietas, ramonean o descansan al pie de los árboles o los pastos por aquí y por allá.

Ciro Alegría



La cosecha y la trilla

Y la trilla comienza. Comienzan los gritos, el galope, el trizarse de las pajas y el desgranarse de las espigas. El sol en tiempo de cosechas no falta. Los jinetes gritan, la yeguada corre, trilla el sol, trilla el corazón, trillan los cerros. El alma se alegra de chicha, de color, de voz y de grano.

Uno de los corredores, el de más claro acento, da un grito alto, lleno, casi musical: “uuuaaay”, y de los demás, según su voz, responden en tono más bajo: “uaaay”, “uoooy”... “uaaay”, “uoooy”... “uaaay”, “uoooy”..., formando un coro que se extiende por los cerros. De cuando en cuando, algunos jinetes salen y otros entran a reemplazarlos con energía y voz fresca. Uno de sus hijos, pequeño todavía, se le acerca a preguntarle:

—Taita, ¿por qué gritan así, como llamándose, como respondiéndose?

—Es nuestro modo de cantar...

—¿Jijo?

Sí, a quienes la naturaleza no les dio voz para modular huainos o facultades para tocar instrumentos les llega, una vez al año, la oportunidad de entonar a gritos —potentes y felices gritos— un gran himno. Es el himno del sol, que se hizo espigas, y ahora ayuda en la trilla. Es el himno del fruto que es fin y principio, cumpliendo hecho grano y anunciación en el prodigio simple de la semilla.



El himno del esfuerzo creador de la tierra y la lluvia y los brazos invictos y la fe del sembrador, baja la égida augusta del sol. El himno del dinámico afán de tronchar pajas y briznas para dejar tan solo granada y presta al don a la bondad de la vida.

Ya el pilón terminó, y se dan las últimas vueltas. Sale la yeguada, y los hombres provistos de horqueta echan hacia el centro la paja, y las mujeres con grandes escobas de hierba santa barren también hacia el centro hasta el último grano...

Y cuando todo parece que se va a entristecer entre la sombra creciente de la noche surgen los trinos de las arpas y el zumbido de los rústicos violines.

Ciro Alegría
(versión abreviada)



Nuestras herramientas

Contaba mi padre que hace mucho tiempo las lampas trabajan solas, desyerbaban y cultivaban el maíz, desyerbaban y apocaban las papas, sin necesidad de que el hombre las maneje. Pero un día dos buenas mozas que estaban pasando cerca de la chacra vieron sorprendidas cómo las lampas, una tras otra y cada una en su surco, avanzaban en la cutida; las muchachas no pudieron contener la risa, porque fue la primera vez que veían ese cuadro.

El resultado fue desgraciado. Las muchachas buenas mozas se convirtieron en chinas lindas y las lampas nunca más volvieron a trabajar solas. Quizás lo mismo sucedió con las demás herramientas.

Cada vez que se acercaban los deshierbes y las cutidas del maíz, yo soñaba con que las lampas volvieran a trabajar solas, porque era duro pasar varias semanas sudando sobre el surco; pero mi padre decía “ahora son otros tiempos, y lo que se pierde no se vuelve a encontrar jamás” con lo cual mataba todas mis esperanzas.

Entonces, poco a poco conforme fui creciendo, fue creciendo mi amor por el trabajo y mi identificación con las herramientas que utilizábamos; mi lampa llegó a formar parte de mí mismo; no podía trabajar con otra que no fuera la mía, y esto no solo sucede con todas nuestras herramientas en el campo, sino también con los animales, las plantas y la madre tierra.

Así, la lampa, el pico, el machete, la parihuela, el cuchillo, las tulpías, el tiesto, la batea, el checo o calabazo, la alforja..., nuestras herramientas, no valen por lo que cuesta en moneda, sino por lo que sirven, y por eso se vuelven parte de uno mismo.

Alfredo Mires



El paisaje de la sierra

La extraordinaria diferencia de altura hace que en los Andes del Perú, en un reducido espacio, de una o dos jornadas, se presenten superpuestos los más contrarios climas.

Abajo, en los cañones angostos de las más profundas quebradas, están los valles tórridos.

En estas riberas, alternan los plantíos de ají, maíz y caña dulce; en huertas pequeñas se agrupan los chirimoyos, los naranjos, los limos y los tupidos papayos.

En los valles altos y espaciosos, la caña dulce prevalece y sus parcelas van desalojando los potreros de alfalfa y los maizales. Abundan los magueyes silvestres; y en derredor de los pueblos y caseríos, fructifican los ganados, los ciruelos, las higueras.

De allí, se sube en pocas horas por agrias cuestas a la tierra templada, a la zona quechua propiamente dicha; esa es la verdadera sierra, la región fresca y saludable, de cielo puro o despejado. Detrás de las colinas cultivadas en retazos de diversos colores se amontonan irregulares círculos de cumbres severas y asoman los nevados diamantinos...

Más arriba, en las ondulaciones que se hacen desde estos cerros medianos hasta las punas, se extienden aún los campos de labranza, con cultivos de papa y quinua, y los pastos para mucho ganado vacuno y lanar.

Apenas interrumpen de tiempo en tiempo la monotonía de las lomas verdes algunas chozas redondas, de piedra suelta y techo de paja. En



los valles angostos y un tanto abrigados, pasen caballos chicos y peludos; en las faldas, corren las ovejas y las cabras de ojos lucientes; y por los caminos, en elegante desfile, alargando los cuellos, se mueven las llamas lentas y suaves.

De la región frígida pero todavía habitable y fértil se pasa a la puna desierta y bravía. Allí los duros pajonales amarillentos alimentan rebaños lanares, las vicuñas en manadas se ocultan tras los riscos rojizos y violetas, estriados de nieve.

Cae a diario el granizo, y los charcos congelados brillan como láminas de plata. Más arriba aún, sobre los penachos de las nubes, queda la región polar e inaccesible de los picos nevados y los ventisqueros, que recortan entre las peñas el cristal de sus ansias bajo el azul profundo de la atmósfera y la refulgencia mágica del sol...

José de la Riva Agüero
(versión adaptada)



El viejito corazón de manzana

En un pueblo de un país lejano vivía hace tiempo un anciano muy pobre. No tenía familia, y se ganaba la vida haciendo un trabajo por aquí y otro por allá en los pueblos vecinos. Todo el mundo lo quería porque a pesar de ser viejito y pobre siempre estaba alegre y porque era muy bueno y muy ingenioso para hacer pequeños trabajos.

Un día, mientras comía una manzana en la puerta de su choza, se puso a pensar que era muy triste que en toda la región hubiese gente que pasaba hambre, aunque allí abundaba la fruta en la huerta. “Soy pobre, ya estoy viejo y no sé mucho, pero algo debe haber que yo pueda hacer para que la gente sea más feliz”, se decía mientras daba el último mordisco a la jugosa manzana. De pronto sonrió. “Ya sé lo que voy a hacer ¿Cómo no se me había ocurrido antes?”, pensó. Y a partir de ese día, cada vez que le hacía un trabajo al dueño de una huerta, le pedía que le pagara la mitad en manzanas. Regresaba muy feliz a su choza, comía las manzanas e iba guardando los corazones en su costal, por lo que la gente terminó llamándolo el Viejito Corazón de Manzana.

El viejito se levantaba al amanecer, y se iba a trabajar llevando un largo palo sujeto a su costal con corazones de manzana. Algunos niños que lo seguían lo vieron muchas veces detenerse de trecho en trecho para colocar ahí un corazón de manzana, que tapaba con un poco de tierra.

Muchas veces hizo lo mismo durante toda la primavera y parte del verano. Al año siguiente hizo lo mismo, y así siguió durante varios años. A veces alguien le ofrecía un trabajo y una vivienda más cómoda, pero él no aceptaba. “Tengo mucho trabajo, y necesito independencia”, de-



cía. Y así continuó viviendo hasta que murió.

Mientras tanto, por todos los caminos habían comenzado a crecer manzanos. En otoño los niños, los caminantes, las gente más pobre, todos, al pasar por los caminos de ese pueblo y otros vecinos se detenían a coger una manzana y saborearla. ¡Qué felicidad tener manzanos en los caminos! ¿Quién los habrá plantado? ¿Habría sido el alcalde?, preguntaban los forasteros. Y la gente de todos los pueblos les contestaban sonriendo: “No, señor. Fue el Viejito Corazón de Manzana”.

Versión adaptada por Michele Vanden



Las cabritas porfiadas

Rodrigo tenía que cuidar cinco cabritas. Muy temprano las sacaba al campo. Por la tarde volvía con ellas al corral. Una tarde las cabritas no querían irse a dormir. Rodrigo trató de obligarlas, pero las cabritas no se movían. Se hacía tarde. Rodrigo se sentó en una piedra y se puso a llorar:

Al poco rato pasó por allí un conejo, y preguntó:

—Niño, ¿por qué lloras?

—Lloro porque las cabritas no quieren andar, y si tardo mi padre me va a castigar.

—Pues verás cómo yo las hago marchar.

Pero las cabritas no le hicieron caso. Y el conejo también se puso a llorar. Lloro que te llora. Entonces pasó por allí una zorra.

—¿Por qué lloras, conejo?

—Porque el niño se ha puesto a llorar porque las cabritas no quieren andar, y si llega tarde su padre lo va a castigar.

—Pues verás cómo yo las hago marchar.

Pero las cabritas porfiadas tampoco le hicieron caso. La zorra se sentó junto al conejo, llorando sin consuelo. Poco después pasó por allí una abejita.



—¿Por qué lloras, zorra?

—Porque el conejo llora. Y el conejo llora por que el niño se ha puesto a llorar, porque las cabritas no quieren andar, y si llega tarde su padre lo va a castigar.

—Pues verás cómo yo... ¿las hago marchar?

Al oír esto, todos se echaron a reír. ¿La abeja tan chiquita iba a poder más que ellos? El niño, el conejo y la zorra se reían a carcajadas. Pero la abejita voló hasta donde estaban las cabritas. Se posó en la oreja de la cabrita más grande y... ¡zas!, la picó bien fuerte. Al sentir el picotazo, la cabrita salió corriendo. Detrás de ella se echaron a correr las otras cabritas. Y no pararon hasta llegar al corral. Rodrigo apenas pudo alcanzarlas. Y el conejo y la zorra se quedaron allí, mirándose con la boca abierta.

Anónimo



Mama Cule

Mama Cule era mama-señora muy elegante. Bestia algodón de lana oscura, anaco con cinta labrada y ojotas de pata de vaca adornadas con lana de siete colores. Llevaba también lliclla con prendedor de plata, faja muy primorosa en la cintura y sombrero blanco de lana de oveja.

Esta mama-señora vivía en la puna. Su casa era de piedra techada con ichu, rodeada de campos en donde crecía mucho pasto. Todo era oro, hasta el ichu, tenía también gran cantidad de ganado: llamas, ovejas y alpacas que se guardaban al atardecer en muchos corrales, y para que nada faltase, en el centro mismo de la pampa, espejeaba una laguna.

Solo en invierno, cuando la cumbre se llena de niebla, se podía ver de lejos la casa de mama-Cule y derramado por todos los cerros pastaba tranquilo su ganado. El sitio se llama Ancovilca. A medida que se llegaba se veía por todas partes corrales de pirkapacos y llamas negras con aretes de cintas coloradas en las orejas y muchas pastoras.

Como saliendo de la laguna aparecía la mama-señora seguida siempre de un perrito blanco. Era muy generosa, y el forastero siempre regresaba con un rebaño de llamas de regalo. Si el recién llegado acariciaba al perrito, mama-Cule estrenaba entonces sus dones y finezas.

Sucedió hace años que un pastor extraviado llegó sin saber. Miraba maravillado los pastos tan altos y hermosos, y asomando por aquí y allá las infinitas cabezas del ganado. De pronto un perrito blanco comenzó a ladrar. El pastor, alistó su honda y lanzó una piedra al pe-



queño allqu... Tembló al momento toda la pampa y apareció mama-Cule. Se dirigió presto hacia la laguna y tras ella desde todos los cerros comenzaron a descender las ovejas y toda clase de animales. Fueron desapareciendo poco a poco entre las aguas hasta que no quedó ni una sola. Por último, el lago se estremeció y desaparecieron la casa, los corrales, los pastos y las pastoras. Quedó solo en medio de la puna una gran piedra negra con un hueco en el centro. Hasta allí suelen subir todos los pastores en tiempo de herranza y depositan en el hueco de la piedra coca, confites y chaquira. Es un regalo a la mama-señora porque ella es madre de todo el ganado, y si ella quiere las ovejitas no crecen y los corrales serán desiertos.

Anónimo



Oshta y el duende

Era una mañana muy fría. Los altos picachos de la cordillera se hallaban cubiertos de nieve. Unas cuantas ovejas y llamas pastaban mientras que la mujer hilaba. Oshta, su hijo, tiritaba dentro de su poncho contemplando el cielo intensamente azul. De pronto la mujer le dijo:

—Es preciso que hoy te quedes cuidando las ovejas mientras que yo vuelvo a la choza. Mira bien que no se vaya a perder algún animal o se los lleven los pumas o los zorros.

Pero el niño no quería quedarse solo. Tenía miedo, miedo de escuchar el viento que soplaba sobre el ichu y de no ver en torno suyo otra cosa que las elevadas montañas.

—¿A qué tienes miedo? —insistía la madre —¿Acaso has visto otra cosa desde que naciste? ¿No has escuchado a menudo el ruido de las tempestades? Es que ahora has crecido y puedes crecer solo y ayudarme. Tú cuidarás el rebaño mientras que yo lavo y remiendo nuestros vestidos. Si te da miedo, canta. Canta cualquier cosa, y así, al oír tu voz, te sentirás más acompañado...

—¿Y si me aburro de estar aquí sentado, sin correr ni jugar?

—Mira el cielo y piensa que es un gran camino azul. Sobre él las nubes blancas te parecerán borreguitas que se les han perdido a los pastores. Búscalas con paciencia. Así iras descubriendo la barriguita de una, la colita de otra. Sin darte cuenta, el tiempo habrá pasado, y yo estaré esperándote para volver a nuestra choza.

Pero Oshta no se decidía a permanecer solo.

—¿Qué hago si viene el zorro? —preguntó.



—Del zorro teme los embustes —le aconsejó la madre—. Al zorro debes engañarlo antes de que te engañe a ti.

¿—Y si viene el puma?

—Si llegara el puma te pones la mano junto a la boca para que se te oiga mejor y grita por tres veces: imama Silveriaaaaaa!, y yo vendré con un garrote para librarte de él.

¿Y a qué otra cosa debo temer? —insistió el niño...

Y la buena mujer le explicó que también a veces solían aparecer por aquellos lugares duendes que se burlaban de los humanos, pero no era muy común encontrarlos.

Finalmente le dio un atado con papas y queso para su almuerzo. También había envuelto una pierna de pollo que le arrebató la noche anterior a un zorro cuando se metió al corral.

Después de muchas recomendaciones, la madre se fue y Oshta se quedó solo, mirando los altos cerros nevados en la lejanía. Cuando empezó a sentir miedo, se dijo a sí mismo que ya era hora de mostrar ser valiente como los hombres grandes, y para ahuyentar sus temores se puso a cantar:

Ovejas más, venid,
Ved que tan solo me encuentro
Y soplad con vuestro aliento,
Ahuyentando el frío así.
Decid al sol que por mí
Hoy se acueste más temprano
Y mi madre de la mano
Vendrá a llevarme de aquí...

Un zorro que lo estaba escuchando se acercó astutamente para felicitarlo por lo bien que cantaba.

—¡Buenos días, Oshta! —le dijo—. ¡Qué bien cantas!

Pero Oshta lo reconoció en seguida y le contestó:



—Mi madre me ha dicho me ha dicho que no me fie de ti.

—A lo que el zorro repuso:

¡Ah, las madres!, siempre tan desconfiadas. Escúchame, Oshta: justamente estoy necesitando un buen cantor para que le dé una serenata a mi novia. porque mañana es su cumpleaños. Ya tengo quien toque el charango. ¿Tú no querrías venir a cantar?

—¿Y dónde vive tu novia? —le preguntó Oshta.

—Allá abajito, en esa quebrada...

—¿Y quién cuidará mientras tanto de mis ovejas?

Y el zorro, relamiéndose ya de antemano, le contestó:

—¿Quién va ser si no yo?

—¿Y cómo voy a dejar esas ovejitas tiernas que nacieron anoche?

Y el muy malvado pensó que justamente esas eran las que más le gustaría cuidar. Pero Oshta, adivinando su intención, le dijo:

—¿Pero tú crees que yo soy tonto? Lo que quieres es comerte mis ovejas...

El zorro lo calificó de mal pensado y trató de convencerlo de que tenía buenas intenciones:

—Todavía si se tratara de alguna gallina —le replicó—. Y a propósito de gallinas, dime, Oshta, ¿no es una de ellas lo que llevas en ese atadito? Ah, yo sé que tu buena madre te cuida y te engríe, y te ha puesto una pollita tiernecita en el atado. Quién como tú que tienes a tu madre para que te alimente, te teja tus ponchos y te lave la ropa... En cambio yo... estoy solo en el mundo.

Y empezó a llorar con gran desconsuelo.

Oshta le respondió que no debía sentirse tan solo si tenía su novia, pero el zorro fue de la opinión de que eran unas inútiles y no servían para esos menesteres.

Oshta le explicó que el atadito que le había dado su madre no contenía una gallina entera, sino los restos de la que se había comido la noche anterior un zorro, que a lo mejor no era otro que el que tenía



delante. El zorro protestó muy resentido, pues justamente la noche pasada se había quedado en cama con una tremenda jaqueca, y mal podría haber estado merodeando por los corrales. En cuanto a aquello de que le hurtaba las gallinas, era sincero en reconocerlo, y aún más, le rogaba que le diese a probar de aquel pedazo que guardaba para su almuerzo.

—Te convido con una buena condición —le dijo Oshta—: que te dejes vendar los ojos. Entonces abrirás el hocico, y yo te pondré en él un buen bocado.

Mas el zorro respondió que no se explicaba el motivo de tanta desconfianza.

—Es que así estaré seguro de la cantidad que te comes —le respondió Oshta.

Al fin el zorro accedió a que le vendaran los ojos, aunque le parecía francamente vergonzoso. Entonces Oshta le metió en el hocico una piedra, con la cual el zorro murió atragantado.

Oshta, al verlo muerto, palmoteó lleno de alegría.

Ya maté a este pícaro —se dijo, y luego le sacó la piel para guardársela a su madre. Razón tenía aquella mujer al aconsejarle: “Hay que engañar al zorro antes de que te engañe a ti”.

No bien había guardado la piel del zorro dentro de un saco, oyó una voz ronca y desconocida que lo saludaba:

—¡Buenos días, Oshta!

—¿Quién me habla?

—Yo, el puma —contestó la voz.

—¿Qué se te ofrece?

—Tengo hambre, y voy a comerme una de tus ovejas

Más despacio amigo —replicó Oshta—, eso tenemos que discutirlo.

Pero el puma opinó que no era necesaria ninguna discusión, pues él cogería la oveja más gorda para comérsela, y Oshta tendría que conformarse.



Oshta le respondió que no lo tomaba de sorpresa, pues estaba advertido de su llegada.

—¿Cómo lo sabías?

—Me lo avisó el cernícalo, y como tú mereces tantas consideraciones, te adelanté el trabajo. Mira, la mejor de mis ovejas, y la degollé para ti.

El puma no sabía cómo agradecer tanta amabilidad. En realidad lo que le ofrecía Oshta era el cuerpo del zorro, al que había quitado la piel y la cabeza.

Llévatela pronto —le dijo Oshta—, no sea que venga mi madre y te la quite.

Mas el puma se preguntaba por qué aquella oveja tenía un olor tan penetrante. Oshta, que sospechó su preocupación, se adelantó a decirle que había desollado la oveja con el cuchillo con que había matado a un zorro, y que tal vez por eso aún se notaba cierto olorillo desagradable.

—Todo está muy bien —dijo el puma—, pero otra vez deja que yo mismo escoja la oveja para comérmela. Si no fuera porque has tenido la gentileza de preparármela, yo la cambiaría por otra...

—Eso, amigo puma, sería un gran desaire—repuso Oshta.

—La comeré aunque se me atragante.

Y dicho esto se fue arrastrando su presa para comérsela en unos matorrales.

Oshta estaba muy regocijado por habersele ocurrido semejante estratagema, cuando oyó una risita burlona cerca de él.

—Ji, ji, ji. ¡Qué bien has aprendido la lección, Oshta. Tú, el miedoso, el pequeño, has vencido al zorro y al puma.

—¿Quién eres? —preguntó Oshta.

—No me extraña que no me conozcas. Eres un simple mortal, en cambio yo soy un espíritu de la tierra —dijo la misma voz.

—¿Vives siempre?



—Duraré todo lo que dure la Tierra, y soy tan viejo como ella. Tú eres tan insignificante a mi lado... ¿Qué son tus días junto a los míos?

—¿Y para qué has venido? —preguntó Oshta.

—Porque vi que te aburrías de estar solo. ¿No es ridículo que te aburras de cuidar el ganado? ¿Qué harías si tuvieras que estar como yo, ocioso, un siglo tras otro?

—¿Y en qué te entretienes? —le preguntó Oshta por curiosidad.

—Vago de aquí para allá. Cuando sopla el viento sobre las montañas, yo silbo con él, y nadie me siente. Cuando caen los huaicos, yo cabalgo sobre peñascos y aplasto con ellos caminos y sementeras —repuso la voz.

—¿Y cómo no te oído nunca?

—Porque mi risa se confunde con el estruendo de las piedras. Durante las tempestades es mi voz la que retumba junto con el trueno, es mi saliva que se mezcla con la lluvia. Mi voz es también la que se escucha junto con la creciente de los ríos; y mientras tanto ustedes, pobres mortales, no me ven ni me escuchan.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no me permites verte? —le preguntó Oshta.

Y el duende le respondió que iba a complacerlo, para lo cual bebería del agua de su cantimplora, y así tendría apariencia humana. Entonces podrían ser amigos. Se oyó cómo bebía: gluc, gluc, gluc, y apareció un enanito feo. Tenía grandes orejas, nariz encorvada y ojos oblicuos. Su color era oscuro como el de la tierra.

Oshta se frotó los ojos y dijo:

—¡Pero qué feo eres, duende!

—Al menos eres franco. Me has caído en gracia porque te mostraste astuto engañando al zorro y al puma, y me has divertido con ello. Por eso voy a recompensarte distrayendo tu aburrimiento.

Y sacó de una bolsita muchas hermosas piedras de colores, aquellas que entre los hombres valen mucho dinero. Eran piedras preciosas. Le propuso jugar con ellas y dárselas si las ganaba. Oshta respondió que él no sabía jugar, pero el duende le explicó:



—Saco una piedra y la pongo dentro de mi mano. Tú debes adivinar de qué color es, y si aciertas te la regalo. Si te equivocas, pierdes y me pagas con lo que hayas ganado anteriormente. Por ejemplo, si yo tengo una esmeralda y tú dices “verde”, es para ti. Si dices “rojo”, me la guardo, y además me das otra que hayas ganado anteriormente...

Y así empezaron a jugar. El duende tenía turquesas, diamantes, amatistas, rubíes, esmeraldas y topacios. Se escuchaban sus voces ya contentas cuando ganaban, ya enfurecidas cuando perdían. De pronto la madre empezó a llamarlo desde muy lejos:

—¡Oshtaaa!

Entonces Oshta le dijo al duende que ya era tarde y debía marcharse, pero este le respondió:

—No te puedes ir. Me debes todavía...

Oshta le dijo:

—He jugado toda la tarde, y estamos como al principio. Ya te has llevado todo lo que gané.

Pero el duende insistía en que debían de jugar más porque las deudas de juego son sagradas. Y como la madre seguía llamando a Oshta, el duende le propuso que bebieran del agua de su cantimplora para hacerse ambos invisibles. Oshta aceptó y ambos desaparecieron. Solo se escuchaban sus voces

—¡Verde... gané!

¡Azul! ¡Perdiste!

¡Amarillo!, ¡rojo!, ¡blanco!, ¡negro!, ¡morado!, ¡celestes!

Oshta rogaba:

—¡No quiero jugar más! Es tarde... ¿Qué dirá mi madre? Ya te gané toda la bolsa de tus piedras. Ahora déjame beber otra vez de tu agua maravillosa para recobrar mi apariencia humana.

Y la voz del duende replicó en tono burlón:

—Je, je, je, no bebas, Oshta, ven, sigamos jugando.



—Ya me lo has dicho muchas veces, y te he complacido. Estoy cansado...

—Solo una vez más —le decía el duende.

—Eso no es justo. Quieres arrebatarme lo que he ganado. Yo quiero volver a mi casa —insistía la voz de Oshta.

—Je, je, je. ¿No sabes lo que te aguarda?

—¿Qué me va a aguardar? —dijo Oshta—. Lo de siempre: mi madre, mis hermanos, mi choza...

—Oshta, no bebas. Ya no vale la pena —repetía el duende.

—¿Por qué?

—Je, je, je. ¿Sabes tú, pobre mortal, cuánto tiempo has estado jugando?

—¿Cómo no lo he de saber? Hemos jugado toda una tarde. Mira, ya ha caído la noche... es hora de guardar el rebaño...

—Mucho tiempo para un mortal como tú. Has jugado 58 años y medio.

Oshta no pudo reprimir su impaciencia. Le arrebató la cantimplora y volvió a beber de ella para adquirir su apariencia humana. Poco después el pequeño Oshta, echaba a andar en busca de sus ovejas.

—Por fin me libré de ese maldito duende —exclamó—. Ahora encontraré a mi madre para volver a nuestra choza.

Pero solo halló a una mujer muy vieja recostada en una piedra. Al acercarse, ella entreabrió los ojos y con voz débil dijo:

—¡Oshta! ¡Mi querido Oshta!

—¿Quién me llama? preguntó él.

Yo, tu madre —respondió la anciana

Oshta movió la cabeza:

—Tú buena mujer, no puedes ser mi madre. Ella tiene los ojos negros y hermosos como los de las llamas... Tú los tienes tan pequeños y cansados... Ella tiene el pelo negro y brillante, con las trenzas gruesas



que le caen sobre los hombros. Tú tienes el cabello blanco como los vellones de mis ovejas...

Y la anciana respondió:

—Créeme lo que te digo, y soy tu madre, hijo mío. ¿Aún no me reconoces?

Y Oshta le preguntó:

—¿Pero cómo es posible, madre? ¿Qué ha sucedido?

—¡Ha pasado tanto tiempo desde que te fuiste!... ¡Cincuenta y ocho años y medio...? Desde entonces yo he tenido que trabajar sola, cuidar el rebaño y cultivar la tierra... —dijo la buena mujer.

—¿Y nuestras ovejitas? —preguntó Oshta.

Ahora, gracias a mi cuidado, ha aumentado el rebaño...

—¿Y nuestra choza?

—Levanté otra choza porque la vieja se derrumbó. Pero dime, ¿en dónde estuviste durante tanto tiempo? ¿Por qué no venías?

—Un duende me tenía encantado... Perdóname, mamá, por haberte dejado sola. Desde hoy yo seré el que trabaje para que tú puedas descansar.

—Lo que importa es que hayas vuelto, mi querido Oshta —dijo la anciana mientras se enjugaba unas lágrimas que le rodaban por las mejillas de pura felicidad.



Los ayllus

Desparramados por la cordillera, arriba y debajo de las montañas, en las estribaciones de los Andes, en el regazo de los pequeños valles, cerca de las cumbres venerables, a la orilla de los ríos y lagos, sobre el césped siempre verde, debajo de los quinuales, en las aberturas de las peñas, oteando el paisaje, allí están los ayllus, que es la unidad familiar que los incas impulsaron como base de la organización imperial.

Los ayllus respiran alegría. Los ayllus alientan belleza pura. Son trozos de naturaleza viva. La aldea nativa se forma espontáneamente, crece y se desarrolla como los árboles del campo, sin sujeción a plan; las casitas se agrupan como ovejas del rebaño; las calles zigzaguean, no son tiradas al cordel, tan pronto trepan hacia lo alto como descienden al riacho. El humillo de los hogares, al amanecer, eleva sus columnitas al cielo; y en la noche brillan los carbones como ojos de jaguar en el bosque.

Cuando el padre sol ha surgido detrás del cerro, los hombres trabajan la tierra y perfumes de fecundidad impregnan la brisa matinal.

Sale de los corrales ganado y el olor a boñiga fresca agrega un matiz al paisaje campesino. Silva el pastorcillo ladra el perro guardián. En marcha, por el desfiladero, los toros mugientes avanzan rumbo a los verdes pajonales de la altura. Abajo, las lampas arreglan los maizales. Hilos de agua se tejen y destejen en la pampa. Es el riego. Lejanos se



escuchan los cantos y la nota aguda: júúú... jaichaaa...

Las mujeres hacen cola al pasar el portillo que conduce a los sembrados. Portan las comidas calientitas. Se las ve de una en fondo por la senda que divide los maizales. Ellas también cantan con voz cristalina, y contestan al estribillo de los maridos; guaa... jaaa... jaaa...

El agudo es ya un silbido, y después la cascada de las risas: kju... kju... kju...

Se han detenido las mujeres y hacen rueda; desatan los líos portadores de las ollas del almuerzo. Humean apetitosamente. Olorcillo de hierbas silvestres. Entre bocados y sorbos, corre la conversación salpicada de chistes que provocan la risa de hombres, mujeres, ancianos y niños.

Luis E. Valcárcel
(versión adaptada)



Hubo una vez un rey

Hubo una vez un rey de un país que vivía en tinieblas. No había estrellas, ni Luna, ni Sol; ni siquiera esa amorosa lumbre que consiguen los hombres con sus manos.

La causa de aquella oscuridad era la eterna pesadumbre del rey, porque era un rey triste y descontento de todo.

Muy cerca del reino discurría un claro y límpido arroyuelo. Las aguas eran como el cristal: dejaban ver fondo de sí mismas. Había piedrecillas azules y helechos multicolores. Y allí iban los hombres en busca de transparencia.

Muchas cosas poseía el rey triste. No castillos, residencias. No vasallos, seguidores. No extensiones de tierra, sí edificios gigantes. No rebaños, sí comercios; porque era un monarca coronado de bienes.

Sin embargo, el rey no era feliz. Le faltaba lo esencial: la ilusión y la alegría. Tan grande era su tristeza que había sumido al reino en la más negra oscuridad. Ni los sabios, ni los magos lograban desterrar la niebla de aquel lúgubre país.

Muy cerca del arroyo habitada un pastor. No poseía bienes, ni riquezas, pero era amigo del tiempo y de las cosas. Era un pequeño monarca de la felicidad. Un día inesperado el rey salió de su palacio con séquito imperial, antorchas de luz y fuegos fatuos.



Llegaron muy cerca al arroyuelo, y el rey logró verse en el agua. Pudo observar el fondo transparente del río. Vio helechos, piedrecillas azules, pececitos brillantes. Descubrió de repente el valor de la luz. Vio su rostro sombrío y taciturno. Percibió al final el contraste entre la oscuridad y la luz, y comprendió de pronto la razón de sus penas y la causa de la noche sobre la población.

—El egoísmo, —dijo—, tiene formas oscuras.

Pablo, el pastor feliz, acertó a pasar por aquel sitio. Al ver al rey entendió a la niebla y se puso a cantar:

“Quien quiera luz

Que entregue el corazón a sus hermanos.

Quién busque el día

Que le dé siempre forma a la esperanza.

Quien quiera ser feliz

Que se asome al arroyuelo de la vida

Y se ubique en el fondo

Compartiéndolo todo con los hombres”.

El rey ya no es más rey. La ciudad ha retornado a la luz. Los días y las noches se suceden y hay muchos hombres cantándole a la vida.

Carlota Flores de Naveda



La Luna y el Sol

La Luna y el Sol vivían por mucho tiempo en la Tierra. El Sol era ardiente y la Luna bastante fría, y por esta razón los dos no se entendían bien.

Cierto día la Luna tomó la decisión de separarse de su compañero el Sol. Buscó una soga bien larga y subió al cielo para caminar por allí durante siglos y siglos.

Un día el Sol preguntó por curiosidad:

—¿Qué está haciendo la Luna en el cielo? ¿Qué cosa maravillosa habrá visto?

Y se decidió a hacer lo mismo que la Luna, trepar por una soga al cielo y quedarse allí para siempre. Pero arriba en el firmamento continuaban enojados.

La Luna no quiso caminar con el Sol, y escogió entonces la noche para sus correrías, dejando el día para el Sol.

Pronto la Luna se aburrió de caminar sola y sin compañía. Se acordó de una buena amiga, una campesina, con la siempre se reunía en la Tierra, y una noche la llamó y le dijo:



—Oye, querida amiga, sabes que el firmamento es como la Tierra, un gran terreno de sembradío. Echa los frejoles que guardas en tu casa cómo semillas al cielo y vas a ver como crecerán.

Y la buena amiga echó los frejoles que tenía en todas las direcciones. ¡Pero qué sorpresa! Antes de nacer y echar raíces, los frejoles se encendieron en la primera noche en el firmamento y continuaron encendiéndose en las demás noches por todos los tiempos.

Los frejoles se habían transformado en estrellas que acompañan desde entonces a la Luna en su recorrido por el cielo.

Anónimo



El mundo de Santiago

Santiago empezó a conocer el mundo desde las espaldas de su mamá. El mundo para él era una gran puna. El viento soplaba silbando sobre el ichu. Si alzaba los ojos, miraba el cielo azul, con grandes nubes...

¡Ah... y su casa! Todos los días, desde tempranito, Santiago acompañaba a su mamá a entrar en ella: prendía el fuego para el desayuno, darría la casa, doblaba las mantas. Después Santiago y su mamá salían a pastear los carneros.

¡Salir! Eso sí le gustaba a Santiago.

¡Había tanto que mirar! Las trenzas negras de su mamá y sus manos hilando. El huso dando vueltas y vueltas. Las ovejas grandes y las chiquitas. Su perro mariposa cuidando a todas. Y los pájaros grandes y negros que volaban.

A veces se quedaba dormido al sol... y, sin darse cuenta, iba creciendo. Un día su mamá le dijo: “Ya estás grande, hijo, ya puedes ayudar a tu papá en el trabajo”.

Cuando llegó el tiempo de la siembra, Santiago y su papa se prepararon para sembrar sus chacras. Su papá llevó una chaquitacla, un azadón y la semilla. La mamá preparó el fiambre: habas tostadas, mote, papas y dos botellas de chicha.

Se despidieron. Los dos caminaron y caminaron. Subieron y bajaron por muchas lomas y montañas. Por fin llegaron a la chacra. Juntos iban a trabajar y hacerla producir.



Después de romper el terreno con su chaquitacla, el papá empezó hacer los surcos con el azadón. Santiago tenía que recoger las piedras grandes y tirarlas al costado del terreno.

El día era muy corto, quedaba mucho por hacer. Santiago y su papá construyeron una choza de ichu para pasar la noche. Cansados después de tanto caminar y trabajar, durmieron muy bien.

Al amanecer, cuando Santiago despertó, allí estaba su tío Ernestino, que era llamero. ¡Qué alegría! El papá de Santiago le dijo al tío Ernestino: “Llévatelo a mi chiquito. Está aburrido de ayudarme, y le va a gusta mucho ir contigo y tus llamas”. “Vamos, pues, alístate rápido”, contestó el tío.

Subiendo hacia las minas, Santiago y su tío utilizaron sus hondas para arrear las llamas. Cuando llegaron al campamento minero Cerro Negro S. A., vieron a muchos mineros trabajando.

Los ingenieros vigilaban y dirigían el trabajo. También había un carrito sobre rieles que entraba y salía del túnel oscuro de la mina.

El tío Ernestino y Santiago llevaron las llamas cargadas de mineral hasta la carretera, que quedaba mucho más abajo. Al terminar el día el tío Ernestino tocó su quena.

Cuando Santiago y su papá regresaron a la casa, su papá empezó a tejer en un telar, mientras su mamá y él preparaban la lana desmadejando y ovillando. Después de un tiempo, Santiago y su papá fueron otra vez a la chacra, esta vez para cultivar y deshierbar. Así como de las semillas habían crecido plantas de quinua, olluco y papa... así también había crecido Santiago, por eso su papá y su mamá pensaron que ya era tiempo de que fuera a la escuela.

Llegó febrero, y fueron a la fiesta de carnavales en Hatun marca que quiere decir “pueblo grande”. Allí vivía la madrina de Santiago. Su papá quería pedirle que Santiago se quedara en la pensión de ella



para ir a la escuela. Así que fueron los tres a tomar el ómnibus que los llevaría al pueblo.

La primera vez que Santiago vio el pueblo de Hatun Marca desde la ventana del ómnibus le gustó mucho. Hatun Marca tenía de todo: una linda iglesia, municipalidad, escuela, casas de dos pisos con balcones y hasta cancha de fútbol. El pueblo quedaba en las faldas de los cerros y a orillas del río Yurac Yacu.

En la plaza principal la fiesta de cortamonte ya había empezado. La orquesta tocaba sin parar, mientras el hacha pasaba de mano en mano entre las parejas que bailaban alrededor del árbol. El olor de los anticuchos, butifarras, picarones y chicha hacían agua la boca. Por todo lado reinaba la alegría del carnaval.

Cuando se acabó el cortamonte, los tres fueron a la casa de la madrina. Ella estaba hilando en la puerta de su casa.

Después de conversar un rato, todo quedó arreglado. Santiago se quedaba para que se “vaya acostumbrando” antes que empiecen las clases. Él prometió ayudar a su madrina en todo. Su papá iba a pagar con lo que producían sus chacritas y con lana.

Santiago se acostumbró rápido a la vida del pueblo. Era la época de lluvias. Los campos estaban verdes y había bastante comida buena:

papa nueva, choclo tierno y dulce, habas frescas y queso que la madrina hacía.

Cuando salía el sol todos los niños corrían al campo. Recogían guindas y tunas, chupaban jugo dulce de la caña del maíz y tiraban piedras con sus jebes y hondas. ¡Eran vacaciones y pasaban una buena vida!

Los sábados las mujeres del pueblo iban al río a lavar la ropa. Después la tendían a secar sobre los magueyes y retamas. ¡Cómo jugaban los



niños felices en el agua! Pero cuando sus mamás los agarraban y sobaban... Gritaban.

Un día, la madrina y su familia cosecharon papas que había, sembrado en la altura. Ese día prepararon una pachamanca a un costado del terreno. Santiago sabía muy bien por qué todo tenía un gusto tan rico. Era el sabor fresco de la nueva cosecha cocinada en esa gran olla de tierra, pacha-manca. Por eso comieron con alegría y agradecimiento. La tierra que habían trabajado juntos les daba sus buenos frutos.

Por fin llegó marzo y el primer día de clases para Santiago. Todos los alumnos, con uniformes y zapatos relucientes, formaron en columnas muy derechas en el patio de la escuela. Cantaron el himno nacional y el director de la escuela les habló desde el balcón.

Después, cada alumno recibió una lista de útiles con todo lo que tenían que comprar. Santiago regresó feliz, orgulloso y un poco asustado de su primer día en la escuela. De todo corazón quería ser un buen alumno. ¿Cómo le iría en esa nueva vida?

Ana Mayer



Tras las huellas de Lucero

Me dijeron que en este pueblo de Colcap, cruzando el río, en los pastizales de un tal Carrasco, encontraría a Lucero, mi venado. “Ahí está pastando. Yo he visto”, me dijo ayer nomás por la tarde un hombre de Carhuamarca. Lucero, que así se llama mi animal, nunca ha salido pues de Raynan, mi pueblo. Quien se lo haya llevado lo habrá hecho con mala intención seguro.

Mi padrino, don Alberto Montañez, cuando me vio llorar en la quebrada, luego de haber visto mis pies llenos de ampollas, me dijo:

—No llores, hijo. Compra media librita de coca —y yo escuché la suerte.

Él fue quien le dijo al Gumersindo: “Esa muchacha de aliso no te quiere. Finge nomás para que le compres aretes, anillos y otros lujos. El día menos pensado te dejará”. Y dicho y hecho, así fue. Por eso el Gumersindo se ha ido ahora a trabajar a Jimbe. Su ayudante del camionero Bruno es.

Cuando le traje su coca, mi padrino, después de escogerla bien, soplándola varias veces, me preguntó:

—¿Has traído alguna prenda de tu venado?



—Sí, padrino —le dije—, aquí está su cinta colorada que le puso al cuello la señorita Amelia, mi maestra, cuando era tiernito.

—Suficiente, hijo. Agarrando esa cinta por la punta, tres veces vas a decir el nombre de tu venado, como si lo estuvieras llamando. Vamos ahora a echar la suerte, poniendo toda nuestra fe, suplicándole a la milagrosa yerbita que puede ver todo lo que nuestros ojos de cristiano no ven.

Después yo llamé con todas mis fuerzas por su nombre a mi animalito. Mi padrino alzó un puñado de coca y haciendo una cruz sobre sus labios, sin meterlo a su boca todavía, calladito empezó a rezar, a decir en quechua cosas que yo no pude oír.

Mientras hacía eso yo observaba su cara trigueña llenita de arrugas, sus dientes chiquitos gastados por la cal, su barba chorreada, puntiaguda y rala, sus ojos desiguales, brillante uno y opacado por una nube el otro.

Al fin, después de mirar varias veces contra el sol los huesitos de la coca, escupiendo al suelo, habló:

—Tienes que cruzar, hijo, dos ríos hacia el sur; por ahí lo vas a encontrar.

Había salido de mi pueblo con lluvia cuando negras nubes se deshacían en un cielo que no era cielo. “Ponte tu poncho y lleva harta cancha para tu fiambre”, me dijo mi madre antes de despedirme.

El arco iris brotaba como una faja de colores en las faldas de la cordillera. De allí venía el viento rugiendo sobre las quebradas. Yo me encaminé en esa dirección a la hora en que los loros, espantados, chillaban al borde de los abismos.



Varios muchachos de mi pueblo me vieron bajar desde la montaña hacia el río.

—¿A dónde va? —escuché preguntar a uno. Y responder a otro:

—A buscar su muerte seguro.

Con once años que apenas tengo, mi madre me deja nomás ir a cualquier sitio. Confía en mí. Sabe que puedo bastarme por mí mismo. Yo sé que se preocupa, claro, porque cada vez que debo partir a algún lugar veo en sus ojos un brillo triste igualito al del sol cuando se pierde tras los lejanos cerros de mi aldea. Yo me hago el desentendido, entonces como que no me doy cuenta. Ella ya no me dice nada. Calla. Y se vuelve para que no la vea llorar. Los otros muchachos de mi edad jamás van solos más allá del río. Ellos, aparte de pastear sus guachos a sus cabras, solo saben jugar a los choloques y matar pájaros con sus hondillas. Sus padres no les consienten hacer cosas de hombres, como barretear o tirar lampa en las chacras. “Son tiernos”, dicen. Así será, pues. Como yo no tengo padre que trabaje para la mantención de mi casa, tengo que hacer de todo, como los grandes; para ayudarle a mi mamaíta, que está delgada y pálida desde que mi hermanito el último se muriera de sarampión.

Al principio ella no quería que yo trabaje como ahora. “Te va a hacer daño”, me decía. Y solo me dejaba deshierbar o regar. Pero yo sentía pena al verla sola abriéndola la tierra con sus pocas fuerzas. Por eso dejé de ir a la escuela, para ayudarla, para que mis hermanitos no se quedaran nunca de hambre, para que sus barriguitas estuviera siempre llenas y no les dé así nomás ninguna enfermedad.

Ahora mi madre conversa conmigo tratándome como alguien ya mayor. El otro día me confió que el Rosendo Serna le había pedido que se case con él, que le había ofrecido dizque trabajar duro para criarnos



a todos. Pero ella no pudo responderle ni con sí ni con no porque no sabía si yo estaba en desacuerdo. Aunque el Rosendo es buena gente, trabajador el cholo, yo no quiero que viva con mi mamita. Así se lo he hecho saber besándole sus manos ásperas por el trabajo. “Yo te voy a criar. ¿Dónde ves que ya soy hombre?”, le he dicho. Ella, dejando caer sus lágrimas frías, me ha besado en mi frente y en mis ojos acariciándome mi pelo.

—Señor, ¿este es el camino que va a Colcap? —el hombre me miró de cabeza a pies.

—¿De dónde vienes, hijo?

—¿No ves que se avecina la mangada? Vuélvete a tu pueblo. Colcap está lejos todavía —el trueno bramó entre la cerrazón y ahuyentó a los pájaros.

—Hay cuevas, señor. También peñas donde guarecerse. Tengo que llegar a Cólcap.

—¿Y se puede saber a qué vas?

El cielo se había oscurecido y una soledad reinante se vaciaba sobre el rudo paisaje.

—Voy en busca del Lucero, mi venado.

Me miró sin comprender. “¿Lucero?, ¿venado?”, le oí hablar entre dientes. Algo quiso preguntar, pero prefirió callar. Y solo pudo decir: “Ande pues hijo entonces con cuidado”.

Y apuró el paso observando el cielo y, más que el cielo, la bandada de palomas que cruzaba como una ráfaga. Ya lejitos le vi persignarse, en tanto su voz me llegaba arrastrada por el viento.



—¡Jesús! ¡Cómo dejan sola a esta criatura!

Le puse de nombre Lucero porque sus ojos no podían ser otra cosa. Brillaban como luz congelada, sin herir la vista. Y había en su mirada tal mansedumbre que a uno le dulcificaba el alma. Por eso y porque lo críe desde tiernito, por que lo salvé de las garras del puma cuando su madre yacía muerta en la quebrada, es que yo lo quería con todas mis fuerzas.

Andaba suelto por el pueblo. Todos sabían que era mío, hasta que desapareció cuando unos hombre desconocidos, de otros pueblos, vinieron para la fiesta del rodeo. Yo me descuidé de mi Lucero por mirar boquiabierto como un sonso a los músicos de Anguy. Por ver cómo sus resuellos arrancaban de sus instrumentos lindos huaynitos y pasacalles. Bonito tocaban pues.

Óscar Colchado Lucio



Celedonio Puquio

Mi madre dice que como nací un viernes lleno de luna me puso Celedonio. De ella también aprendí que el nombre de mi padre era Puquio y que, en consecuencia, deberían llamarme Celedonio Puquio. Todas las cosas se las aprendí de sus labios. Todas las cosas que hago me las enseñaron sus manos. Por ella aprendí a leer el tiempo y mis ojos son, desde entonces, como un reloj al ver discurrir la luna del sol.

De sus palabras supe lo que significan los cerros y lo que es el huamaní. Por eso, ahora que han pasado los años, retorno siempre a los cerros. Hay allí algo esencial. Algo que aprendí a querer desde muy niño.

Junto a ella, yo vi crecer la hierba fresca y aprendí a desbrozar los maizales. A conocer la hierba. La que daña y las que nos beneficia. Y a comprender que hay en los caminos de la vida y en todos los senderos de este mundo un lado bueno y otro negativo.

Por eso que ahora monologo en el silencio, el recuerdo de mi madre se acrecienta y vuelvo a sentir, por no sé qué misterio extraño, su cálida presencia. Su andar sin prisa y el sonido remoto de sus voces.

Hoy soy un hombre. Soy Celedonio Puquio, al que en la fábrica de tintes le dicen “Puquialito”.





Hoy soy un hombre pero conservo las plegarias que sus labios me enseñaron. La infancia está lejana, y el Celedonio Puquio que una vez quiso atrapar un nido porque no estaba persuadido de que de esas pequeñas formas o vales pudiese brotar la vida ya no es cercano.

Ya no están los enormes maizales, pero aún desbrozó entre la vida y la hierba que no es buena.

Llevo un reloj en el brazo. He perdido la vista del sol para medir el tiempo. Algo dentro de mí sonrío un poco cuando pienso en mi pueblo, más aún cuando veo llegar la luna llena y retornar a mi nombre. Es entonces que la profunda ternura que sus labios me insinuaron vuelve a mí, me fortifica y sigo siendo Celedonio, el niño que nació en la luna llena.

Carlota Flores de Naveda



El Amaru

Cuentan que en tiempos remotos desaparecieron del cielo azul las nubes blancas y plateadas, y no volvió a llover más. La fecunda tierra se secó y no produjo ya ni flores ni frutos a tal extremo que los hombres y los animales no tenían un grano para alimentarse.

Y dicen que todo esto sucedió cuando hombres y animales pecaron, porque olvidaron cómo comportarse para ser justos. Dicen que hasta perdieron de la memoria la forma y el sabor de su apreciado alimento que era el maíz.

Desde las altas punas, cansados de correr, vicuñas, llamas y otros animales de patas gastadas bajaron sin miedo a los valles en busca de alimentos, y llegaron a los sitios antes verdes y a las tupidas quebradas, pero en ellas solo encontraron las tierras secas. Las aves con vuelo débil se atrevían a entrar a las viviendas, aunque apenas podían mover las alas. En fin, tan fuerte era el castigo que hombres y animales caían sin vida. Eran muy pocos los que pudieron sobrevivir. Para todas las criaturas amanecían los días cada vez más llenos de desesperación.

Llegaron entonces desde las lejanas comarcas hasta el cauce de un río sin agua algunos ancianos y jóvenes que conocían el oficio de conjugar los males tales como la sequía. Después de muchos esfuerzos se dieron cuenta que con todo sus secretos y mágicos ritos eran incapaces de remediar estos males. Cierta día, el más anciano de ellos adivinaba el buen o el mal augurio con tres hojas de coca que eran las únicas que quedaban. De pronto tembló de alegría porque las hojas cayeron en su



dorso revelando el bien. Corrió el anciano a pesar de su vejez y anunció tan buena nueva, mientras la gente aguardaba con ansiedad...

Un hermoso cóndor, la más fuerte y veloz de las aves, voló en ese tiempo sin cansancio por noches y días enteros buscando un remedio contra la sequía. Pero de pronto se dio cuenta que las fuerzas le abandonaban. Sintió la muerte, y no queriendo caer al suelo, de un último esfuerzo se alzó para morir en la cumbre más alta de la región, el Allakchiri (el Allakchiri es un elevadísimo cerro de engañosos caminos que se abren en precipicios, y su aspecto es sobrio y majestuoso, la cumbre inaccesible domina el basto paisaje del hermoso pueblecito de Quero-bamba).

Viendo Allakchiri la agonía del cóndor que era su confidente y mensajero, le habló de este modo:

—Querido cóndor, mi único amigo, ¡qué serían mis días sin ti! Eres el único que rompe mi soledad llegándose hasta mi cumbre. Te quiero mucho, y no voy a permitir que mueras. Por ti revelo mi secreto que en seguida darás a conocer a todos los hombres. La causa de vuestros males fue originada por el fiero Amaru que vive en el fondo de la laguna que está junto al pueblo y es temido por animales y hombre porque devora en sus hondas a todo ser que a él se acerca. Para poseer la flor de escarcha, el Sullawayta, que le da vida, se disfrazó y se la llevó consigo.

Desde entonces los hombres y animales comenzaron a pecar porque esa flor representaba el bien y la abundancia. Es así que la apreciada flor fue devorada por el cruel Amaru.

Y terminando agregó:

—Para rescatar la flor Sullwayta será necesario que, de los hombres y animales, aquel que fuera tan puro y cristalino como la flor de escarcha se arroje al fondo de la laguna.



Oyendo el cóndor está increíble revelación voló a gran velocidad a pesar de estar desfalleciente, y llegándose a los hombres les contó tan buena nueva. Desafiando al miedo, los hombres se encaminaron a la laguna, y una vez llegados, suponiendo los unos ser más puros que los otros se ahogaron en el agua; pero durante muchos días el sacrificio no dio resultado alguno.

Cuando se hubo hundido un pastorcillo que vino de lejanas punas, se agitaron las aguas; movió se con gran violencia la tierra, caían los cerros envueltos en polvo y rodaban con atronador ruido; el viento volaba con fieros crujidos; en fin, todo era rechinar de ira, era la ira del Amaru que moría.

El miedo dominó a todos y cayeron desmayados, y cuando de su desmayo hubieron vuelto en sí, habían recuperado la calma, y postrados prometieron no pecar más.

De pronto vieron que de las aguas de la laguna Amaru Cocha subían al cielo copos de nubes; eran todos aquellos que se sacrificaron, menos el pastorcillo, que, a cambio de la flor Sullawayta, quedó para siempre en el fondo de la laguna, pues fue él quien los purificó por haber sido el más bueno de todos.

Y así subieron al cielo las nubes y de pura pena lloraron abundantes lágrimas, las cuales se convirtieron en lluvia.

Desde entonces la tierra es verde con flores y frutos. La flor de agua amanece en las flores de la tierra, y el cóndor no ha envejecido sino por las patas, pues con los años solo ha perdido las plumas de su duro pescuezo.

Francisco Izquierdo



Los hermanos perezosos

Cuentan que en una comunidad vivía una mujer con sus tres hijos. Ella ya era anciana, no podía trabajar la chacra y cada vez más sus alimentos que había guardado estaban escaseando. Un día, cuando ya comenzaba la época de la siembra, la mujer a sus hijos les dijo: vayan a barbechar la tierra para sembrar papas. Ellos dijeron: “sí, mamá”; entonces esa mañana se fueron a hacer la chacra llevando su fiambre. Pero ese día no habían hecho nada los tres hermanos. En la época de la siembra les dijo que vayan a sembrar; ellos dijeron “sí mamá”, la madre les puso buen fiambre y los jóvenes en la parcela, donde deberían de sembrar, se dedicaron a jugar y se echaban. Así ellos engañaban a su pobre y triste madre. Luego llegó la época de la cosecha, y la madre les ordenó que fuesen a escarbar papas nuevas. Ellos se fueron a la chacra, escogieron las mejores matas de la chacra ajena y llevaron la papa para que cocine la madre. Su madre se sintió muy contenta porque sus hijos llevaron papas grandes. Los felicitó, luego la mujer se dirigió a la chacra de papas para escarbar y miró la chacra que tenía las mejores matas y dijo: “Esta debe ser la chacra que han hecho mis hijos trabajadores”.

La mujer empezó a escarbar. Cuando estuvo escarbando se le acercó una persona y le dijo: “Oye, mujer ociosa, qué haces escarbando mi chacra”. La mujer le dijo: “Yo estoy escarbando lo que han trabajado mis hijos”. El dueño le dijo: “Tus hijos perezosos no han hecho nada; cada vez que venía a la chacra se echaban y jugaban, y por la tarde regresaban a su casa”. Y así la madre recibió castigo.



La mujer, apenada y sollozando, retornó a su casa y les dijo a sus hijos: “Jóvenes, dónde está la chacra que han trabajado. Ustedes me han defraudado. Él dueño me recriminó por culpa de ustedes”. “¡Mamá, nosotros cosecharemos la chacra!”, dijeron enfadados y marcharon de inmediato. El menor se convirtió en viento, el intermedio en granizo y el mayor en helada.

Desde ese día, se conoce al viento, al granizo y a la helada como los jóvenes perezosos y ladrones de la chacra.

Miriam Dianet Quilca Condori



Perico Vicuña

Perico Vicuña nació una fría mañana de invierno en que la puna se cubrió de una densa capa de nieve, que le daba la apariencia de una inmensa cama, cobijada con grandes sábanas blancas sin una sola mancha.

—Mamá, hace mucho frío —dijo Perico a su madre.

Sí, hijito, sí; pero pronto te acostumbrarás, porque nosotros siempre vivimos donde hay frío; no nos sienta bien el calor —le explicó su madre acariciándole la cabeza.

Otro día volvió a preguntar Perico:

—Mamá, ¿quiénes somos nosotros y de dónde venimos?

—Nosotros somos estrellas caídas del cielo. Una vez hubo lluvia de estrellas, y llegamos a la Tierra; por esto tenemos el calor del fuego —explicó la madre vicuña.

Perico, sintiéndose estrella, comparaba el calor de su lana con la brillantez de las estrellas en las noches lunadas.

—Mamá, ¿por qué tenemos la lana de fibras tan delgadas y cortas? ¿Porque no tenemos fibras largas y gruesas como de la llama y las alpacas? —interrogó Perico otro día.



—Por qué nosotros somos seres celestiales y nos vestimos con las fibras finas de las nubes arreboladas de las tardes invernales —explicó la madre vicuña.

Un tiempo después, Perico preguntó de nuevo.

—Mamá, ¿por qué las llamas y las alpacas viven con los hombres?

—Es que ellos nacieron con alma de siervos; nosotros somos seres libres. Los hombres han convertido en bestias de carga a las llamas y trasquilan su lana a las alpacas cada año. Los hombres son malos. Hay que huir de ellos porque dicen que están planeando domesticarnos.

—Mamá, eso no puede suceder; ¡no debemos permitir! Protestó Perico.

—Se comenta que ya están instalando criaderos en algunas haciendas.

— ¡Eso sí que no, madre!

—Pero, hijo, pensándolo bien, ¿no te parecería mejor que nos mantengan los hombres y no que nos exterminen los cazadores?

—Aunque eso fuera mejor, madre, es preferible que vivamos sin lazos que nos aten a ninguna esclavitud —expresó Perico con pensamiento precoz.

—Tienes razón, hijo. Cuidaremos de que los hombres no nos sometan a su voluntad —terminó la madre vicuña sentenciosamente.

Después de aquella conversación, Perico se olvidó de todo, y creció alegre, juguetón, ágil y robusto.

Pasaba los días triscando sobre los cerros encrespados y las estepas sin horizonte, y sus patitas parecían agujas cociendo cerros con hilitos de



nieve en los días estivales sobre las punas nevadas de las altas cordilleras.

Cuando ya estuvo jovencito sintió una viva simpatía por una vicuñita, pero lo descubrió la vicuña macho, que era el jañacho o patriarca de la manada, y lo arrojó fuera de ella a golpes, sin escuchar los ruegos de la madre, que se quedó llorando.

Perico Vicuña deambuló muchos días por las lomas y quebradas, pampas y laderas, solito y triste. Un día vio a la distancia a un hombre armado de un fusil, y un miedo horrible se apoderó de él, pero escapó gracias a la agilidad de sus patas delgadas. En vano el cazador le disparó varias veces. Las balas le cruzaron la cabeza silbante, pero no lo alcanzó ninguna.

Después de correr horas y horas, Perico encontró un pequeño rebaño de vicuñas machos que lo acogieron en su grupo cariñosamente. Eran también vicuñas jóvenes que en su niñez fueron arrojadas de su manada por viejos jañacho. Con ellos empezó a vivir una nueva vida, unidos por la desgracia común que sufrieron en su infancia.

Cada día se preparaban con ejercicios de lucha para ser sanos y fuertes a fin de tener su propia manada algún día.

La oportunidad no se dejó esperar. Al llegar a las faldas de una loma se encontraron con una manada de doce vicuñas hembras con su jañacho.

Nuestra vicuñita, que ya era joven robusto y fuerte, desafió al Jañacho viejo a un combate de caballeros. El desafío fue aceptado como lo determinaba la dignidad moral del anciano vicuña y la costumbre establecida entre estos seres. Entonces las vicuñas hembras fueron un círculo perfecto y en el centro del ruedo se colocaron los dos caballeros combatientes.



Pronto se inició el combate. Mordiscos, cabezazos, manotadas y patadas menudearon de ambas partes, y los dos cuerpos rodaban por momentos como un ovillo atados por los pescuezos.

Al principio parecía que el jañacho viejo iba a triunfar, pero pasaron como dos horas, y al fin se cansó y cayó mientras que nuestro héroe no sintió fatiga, lo cual le sirvió para imponerse definitivamente sobre su rival.

Una vez triunfante, Perico pisó el cuerpo del viejo vicuña con la cabeza en alto como demostración de ser el nuevo jañacho.

Luego emprendió una larga carrera con las doce vicuñas hembras, que lo siguieron en una disciplinada fila india que se perdió en el horizonte como una cinta ondulante de oro.

Cuando Perico, el nuevo jañacho, se alejó seguido de sus hembras, apareció revoloteando en lo alto del cielo un gigantesco cóndor, que planeando bajó hasta el suelo, cogió con sus potentes garras a la vicuña macho muerto y en vuelo parsimonioso se alejó del lugar hacia su nidal ubicado en el próximo picacho. Y la puna quedó tranquila y vacía, envuelta en la inmensidad del silencio y la soledad.

José Portugal Catacora



Las ranas del estanque

Para Laura, una joven rana, no existía nada más hermoso que sentarse al piano y tocar suaves melodías. Y es que Laura era una rana que había nacido para la música, y al cabo de tantos sacrificios había logrado concluir sus estudios en el conservatorio de música. Eran nada menos que seis años los que pasó estudiando, y se había prometido que su primer concierto lo daría ante sus demás compañeras en el querido estanque de la colina. Pero un mal día antes del anunciado concierto el grillo Alfredo llegó con la noticia de que muy pronto el estanque iba a ser secado por los hombres de la ciudad, pues en ese lugar se iba a levantar un edificio para oficinas, y venía a advertirles para que con tiempo fueran haciendo los preparativos para irse a otro lugar.

Nunca se vio una colonia de ranas tan acongojadas. No se explicaban por qué les iban a desaparecer su estanque si ellas cuidaban de que se viese siempre bien arregladito, y hasta habían sembrado flores alrededor de él para que agradase a la vista de los que pasaban por allí. Además eran muy pacíficas y no hacían daño, pero nadie les hizo caso, y llenas de tristeza vieron cómo iban llegando las maquinarias que al día siguiente empezarán los trabajos, y con ello la destrucción del estanque. Aquella noche hubo reunión donde se habló y discutió mucho, pero al final todas estuvieron de acuerdo con lo que se había planteado, y así, sabiendo lo que tenían que hacer apenas amaneciese, se fueron a dormir un tanto tranquilas. Por la mañana, según lo acor-



dado, todas ocuparon su lugar en el estanque; la piedra donde Laura se iba a ubicar para tocar el piano había sido cariñosamente pulida, y la habían colocado al centro del estanque, rodeándola después de bonitas plantas acuáticas. En la primera fila se ubicaron las ranas más ancianas, luego en la segunda fila las autoridades y después el público en general. Ya solo faltaba la presencia de Laura, cuando hicieron su aparición los hombres de la cuadrilla encargados de cubrir de tierra y piedras el estanque. En ese momento apareció Laura, y les pidió que la dejaran tocar las suaves melodías que ella sabía, pues era la primera y la última vez que tocaba en el estanque que la vio nacer. La mayoría, aunque de mala gana, dijeron que sí, y Laura dio inicio a su concierto. Al principio los hombres se miraban entre sí y sonreían. Luego unos se sentaron y otros se acostaron en las máquinas para poder escuchar con más atención. Después de unos minutos, de los sus empezaron a brotar lágrimas. Ya no sonreían ni se miraban entre sí, y es que las suaves melodías de Laura les hablaba de su estanque, de las piedras y sus amigos los grillos, los saltamontes y las alegres mariposas, y lo tristes que se iban a sentir cuando se marchasen lejos de ellos. Eran canciones que contenían toda la historia de aquel pequeño mundo y de su alegre colonia de ranas. Los hombres no pudieron resistir más, y les dijeron que no destruirían el estanque donde vivían ranas tan simpáticas y que tocaban tan bien el piano. Así en aquella soleada mañana el alegre croar de las ranas acalló el ruido que hacían las máquina al alejarse hacia la ciudad.

Miguel Calderón Minchola



Wiñay Marka

Siempre se ha oído hablar sobre Wiñay Marka, pero pocos acertaron en su mitología. Esta es una leyenda que nace en el corazón del Lago Sagrado de los Incas (Titicaca), leyenda que relata sobre la creación del mundo que duró muchos siglos, y durante este tiempo Apu Qullana Awki (Dios Andino) creó el Universo: la tierra, el cielo, los mares, ríos, lagos, animales, las plantas, la gente, las estrellas y mucho más. Cuando terminó de crear el mundo, Qullana se fue a vivir a una de las montañas más altas del altiplano ubicadas cerca del lago, pero dejó un mandamiento para la gente.

En esos tiempos, aquel lugar era un paraíso llamado Wiñay Marka (Ciudad Eterna), donde reinaba el amor, la alegría y la paz. Era un valle hermoso. Lo único que se tenía que cumplir era el mandato del Apu: no subir a la montaña sagrada, donde estaba la morada del Awki y ardían las llamas azules en la cima.

Sin embargo, la gente, seducido por el Awqa, escaló la montaña que protegía el valle sagrado. Este ser maléfico convenció a la gente de que llegando a la cima de la montaña iban a convertirse en seres superiores al igual que el Apu Qullana.

Entonces, con el dolor de su corazón, el Apu soltó a los pumas, que devoraron a la gente cuanto podían. Todo fue una carnicería que hizo correr ríos de sangre.



Frente a esta situación, el padre Sol se enojó. Encapotándose, soltó torrenciales lluvias durante cuarenta días y cuarenta noches. Desapareció el valle sagrado y desapareciendo las fieras, que terminaron flotando como piedras grises. Ese es el origen del nombre del lago Titicaca: Qaqa Titinakawa.

Misterios de la Ojota



Aya ruphay

(Resumen)

Por los años de 1920, Blas Wila Huaraka ingresó como pastor de ovejas en la hacienda Pumani. Y no tenía dónde caerse muerto. Con negro prontuario, de padre mestizo y de madre india, al noventa y nueve por ciento tenía los rasgos de su madre y heredó todas las taras de su padre. De tez bronceada, pómulos salientes, ojos pequeños, mirada esquiva, prominente contextura corporal, misterioso, introvertido e insensible, entre sus taras atávicas estaba la avaricia, la mezquindad, la cobardía y la hipocresía. Estos rasgos los empleó con pericia para amasar fortuna en tiempo récord. Pasó a ser mayordomo y se casó con una joven india de la hacienda, sumisa, humilde y mansa como una oveja que aportó al matrimonio algunas tierras. Wila pronto adquirió las tierras de sus cuñados, multiplicó sus ganados y alcanzó una posición económica envidiable.

Wila ocultó bajo su poncho una conciencia asquerosa y negra como la noche: un lastre en la cabeza, hielo en el corazón y una rara psicología que amerita estudiar. Era valiente bajo los efectos del licor. Escurrizado y cobarde, no recibía vistas en su casa-hacienda. Si alguien se atrevía acercarse, de inmediato lo alejaban del lugar sus colonos. Año tras año, sus arcas crecían como la sombra en el atardecer, a estas alturas de su vida el potentado adquiere una finca denominada “Pachaj” a mitad de precio de los hermanos Andrade, pero lastimosamente se le cruzó Juan Pacha, un rico colono de la misma hacienda, un día de esos Blas Wila visita la estancia de Qaqapunku después de una noche de borrachera



muere envenenado, este es el primer “auto” que se los llevó los mantos del olvido.

Blas el engréido de la suerte y la fortuna viaja constantemente a Kapakmarca, derrochó dinero en borracheras durante varios días y remataba en su hacienda con sus cholas, mujeriego empedernido tenía sus concubinas en la hacienda como en sus cabañas, una sobrina agraciada llegó a la casa robando el sueño del tirano, la vida familiar era insoportable libraba sendas batallas, entre la pasión del hombre y los celos de la esposa, no duró mucho y una de ellas salió sobrando, un día Wila flageló a su esposa brutalmente... Ofendida y herida en lo más noble de su ser se dirigió a su estancia a una legua del lugar, presa de espanto se envenenó en un vaso de agua que alcanzó la otra concubina del caserío, horas más tarde yacía fría tendida en el suelo.

Con la mayor frescura Wila aceleró el entierro en el cementerio pese a la oposición de los familiares de la difunta, un extraño suceso despejó las dudas, momentos en que el ataúd fuera soltada en la fosa, una piedra abrió un boquete en la caja, a través del cual muchos pudieron ver su tez amoratada del cadáver certificando la sospecha de su muerte.

A los ocho días del deceso, la sepultura yacía hundida con huellas evidentes de la evasión de los restos, de ahí en adelante en el camino se oía los lamentos de una mujer Wila sumaba su segundo “auto”. La madre de sus hijos.

La justicia divina no perdona ni olvida, después de un lustro de la muerte, en el lugar de la tragedia resonó estas palabras “La hora ha llegado y el hombre no parece”.

Era un día domingo del mes de marzo, Blas viajaba del pueblo a su finca y en el camino se le presentó Santos Kari amigo, compadre y colindante de su hacienda, aspirante a ser rico, pastor de la hacienda de los hermanos Manko Turpo, ascendió a “Quipo” y luego a mayordomo.



El encuentro fue cordial, Kari saludó hipócritamente avanzaron un trecho conversando animadamente, intercambiaron tragos con la cordialidad de siempre; llegó el momento en que el licor alteró lo ánimos saliendo a flote los sentimientos ocultos de ambos. En la pampa de Qollpani, Wila desafía a Santos Kari diciendo: si eres hombre ¿Por qué no demuestras? Apuesta una carrera si eres buen jinete, el indio aludido estaba indiferente presagiando el fatal desenlace, seguía la insinuación de Wila, por fin aceptó Kari... a la cuenta de tres salieron como flechas, el caballo de Apaza se estiró como jebe, dejando atrás a su contendor.

—¡Buena cholo! ¡Gritó Wila!, ni si quiera pudo seguirte, cobra tu botella de puro, Kari había sufrido un chapuzón se levantó embarrado y mohíno. Celebraron con sendos tragos que se empinaban de la misma botella...Continuaron el viaje, Santos Kari rumiaba su ira en silencio, mientras Wila se alegraba hipócritamente del percañe.

Ponto Wila y su séquito se apearon a descansar, mientras Kari prefirió marcharse por mal presentimiento que se le clavó en el alma. Paso a paso marchaba el indio como sonámbulo, cabeza gacha, con brazos laxos, iba abrumado por el peso de negro pensamiento, su mareo se le disipó a pesar que bebió tanto, cortó el camino un mochuelo con su vuelo inquietante anunciando el negro desenlace. Al pasar frente a una rústica cabaña de cercos de piedra le alcanzó galopando Blas Wila y el cojo Antonio Mamani.

—Párate si eres hombre icarajo!

Gritó Wila rompió el límite de su cobardía porque no estaba solo.

—Yo no te ofendo Cholo Blas. Te voy hacer botar como a un perro de Aromarka donde te has enriquecido, esto le enloqueció a Wila con un certero garrotazo lo tiró al suelo a Kari, atontado por el golpe, Mamani lo aferró mientras Wila pateaba como a una bestia maniatada, al inde-



fenso el cojo golpeó la cabeza contra el suelo, parecía hecha de piedra porque resistió incólume los golpes.

—Basta, compadre. No me maten, tengo hijos imploró con voz suplicante, seguía los golpes...

—Toma, cojudo. Ahora hazme botar...

Se ensañaron los cobardes, le quitó su saco y le arrojó lejos, Wila tomó distancia y con furia descargó una patada en la cabeza de Kari dejando en un sueño negro y mortal.

Cuando llegó el rodeante de la hacienda “Kamaj” increpó airado a los cobardes estos huyeron de prisa, horas después llegó a su cabaña casi muerto entre sus balbuceos pudo decir a su mujer:

— ¡Blas Wila me ha muerto!

A los cuarenta y ocho horas asentadas la denuncia, en el pueblo de Kapakmarka los peritos nombrados por el juez pudieron declarar:

—Es un indio mañoso. No tiene nada.

La plata asquerosa de Wila doblegó voluntades, conciencias, peritos, abogados, escribanos todos absolutamente todos ignoraron el caso.

Wila buscó la defensa con su bolsa abierta porque se moría de miedo de ir a la cárcel. El astuto tinterillo era experto en torcer la ley a esto se sumaba Ocoruro Wila el hijo del delincuente quien recurrió a todos los medios ilícitos posibles para librar a su padre.

El proceso llega a su término Blas Wila estaba frente al cráneo de Santos Kari con su sonrisa macabra parecía increpar. ¿Te seguirás negando compadre? ¿No te acuerdas de aquella patada artera que descargaste en mi cabeza...? Esta voz de ultratumba desencajó al cobarde asesino.



Consumado los hechos Wila lloró amargamente porque acaba de sumergirse en horrible pesadilla, como hombre supersticioso acudió a Bernabé Nina conspicuo adivino de la región, quien avizó su negro porvenir, las pesadillas, el archivamiento definitivo del juicio, acosta de mucho dinero; compungido y lloroso Blas Wila acudió al doctor “Sarna” Ponciano Chulla para que le salve del fantasma de la cárcel, no te amilanes cholo, saldremos airoso. Pero no olvides del precepto del buen litigante: “ojos seguros, pasos largos y bolsa abierta”; para empezar tienes que “cebar” a los peritos...métele todo lo que puedas obsequio y mucha plata para que emitan un informe positivo. No hay poder humano que se resista ante la plata decía el doctor “sarna” mareado por la propuesta descarada, sin titubear desata los cheques mugrientos con lo que doblegó conciencias, sembró calumnias, compró hasta el abogado de la parte civil “Yanalma” traicionando la causa de su defendida; empantanando el proceso por largos meses.

Por intuición reaccionó la damnificada reemplazó con un abogado novel llamado Fierabrás, tras un concienzudo estudio del expediente, pidió nuevo examen del cadáver para restablecer la causa del deceso; pero que sorpresa estaba lejos de imaginar que le iba a encontrar con una astucia más diabólica que esgrimió la defensa... como por arte de magia un bisturí anónimo trepanó el cráneo, el hueso parietal había sido arrancado por manos expertas de un cirujano, ¿Cuándo?, ¿Cómo sucedió? Nadie lo sabe, con ello garantizando el veredicto final.

La suerte le sonreía al gamonal cholo, en los pastizales de Condohu-yo un tropel de vacas se multiplicaba, rebaño de ovejas incalculables, los colonos se movían como autómatas, pero; tratados como bestias, vivían en miserables cabañas hasta los perros del amo estaban mejor alimentados.



Así como capitalizó ingentes cantidades, en la misma dimensión se esfumaban su dinero mal habido como la fina esencia de un frasco abierto.

Mientras ardía el pleito en kapakmarka contra Blas Wila y sus cómplices, en los caminos vagaba el espectro de Santos Kari buscando justicia, el espíritu rebelde empujó a Wila a las garras del vicio de la coca y el alcohol para evitar alucinaciones, algunos presagiaban que su peor castigo fue dilapidar dinero comprando voluntades, era el inicio del fin de la novela, los perros desataron aullidos infernales en las noches, el pánico hacía presa el estado emocional del gamonal cholo, hasta el raposo ingresó al condominio haciendo de las suyas, pasando inadvertidos por los perros guardianes, esto significa desgracia, desde entonces pasaban noches enteras en vela rezando y tributando a la madre tierra, entre tanto el astuto elegía las peñas más altas para lanzar su aullido lúgubre, al oír los canes de la casa hacienda comenzaban aullar formando conciertos espantosos, las sombras fantasmales iba en aumento, la desgracia estaba más cerca, se apagaban las luces, extraños ruidos en las habitaciones, hasta explotó un petardo en las manos de su engreído volando los brazos en pedazos ¿Cómo fue? Nadie lo sabe.

La desgracia se venía en cadena con los falsos testigos, en la puerta del juzgado la viuda reconoció a Martín Mayhua colono de una hacienda vecina quien llegó junto a Ocoruro Wila como testigo falso, la viuda increpó violentamente diciendo: Oye, vendealma, ¿a qué vienes? ¿Qué has visto tú para venir a declarar? En mis lágrimas caerás.

Estas palabras le partieron el alma como un rayo; mudo, tembloroso y perdido acababa de dar su testimonio falaz, desde aquel día un fuego le quema por dentro y al cabo de ocho días el diablo se lo lleva su alma.

Justo Ccarita borracho empedernido, un día venía galopando en su caballo, en el camino un torbellino envolvió misteriosamente haciendo perder equilibrio cayendo pesadamente y en contadas horas pasó a la mejor vida.



Gregorio Kallata, guarda espalda, que en ocasiones comandaba la pandilla de abigeo de Wila por los asares del destino murió arrollado por un camión de carga.

Acercarse a la casa hacienda era casi imposible, en cierta ocasión un mendigo llegó hasta la puerta del caserío pidiendo caridad, el gamonal presa de curiosidad acudió de prisa.

¡Perdóname tatito!

—Escúchame un momento, tatituy, vengo a pedir socorro en nombre de Dios. Una caridad tatay por tu finada esposa.

Esta expresión enfureció al tipo.

Ya no me conoces, tatito. Yo soy Nicolás Taccana de Huayllacunca te serví como testigo para que ganes en el juicio. ¿No te pagué bien carajo? ¡Fuera de aquí atoj mañoso! Te voy hacer tragar con mis perros...

Tatito... de la vez que declaré bajo juramento me encuentro así, el otro día me alcanzó la viuda de Kari me dijo que la sangre del mártir y mis lágrimas te caerán traidor ihuayraj apamuskan! Diciendo se fue. Desde ese día estoy mal, una sombra terrible me persigue isálvame, tatay!... Esta voz de ultratumba taladró el alma del gamonal, el energúmeno lo zarandeó sin compasión, el mendigo huyo arrastrando su miseria, a poca distancia la jauría de perros destrozó al viejo a dentelladas otra víctima se suma a serie sangrienta.

El abuso de Wila era interminable, un hermoso riachuelo cruzaba el fundo del malvado, con ello mantenía hermosas moyas y bojedales, el envidioso abría zanjas, formaba pantanos y lagunas artificiales hacía hasta lo imposible para que desapareciera el caudal en sus tierras solo por placer.

Estanislao Illa cuñado del gamonal muchacho introvertido, un día explotó de ira increpando la conducta abusiva de Blas, que como es posible que pueda privar de agua a sus vecinos, Blas no aguantó tamaña



insolencia y ambos se agarraron a golpes, los quipos y rodeantes del amo redujeron al mozo lapidando a garrotazos, el muchacho desgarrado se marchó sin rumbo en su brioso potro después de un trecho decidió suicidarse lanzándose al río desde un puente acabando con su vida.

Bruno Jahuirra famoso quipo del abusivo gamonal escalaba la empinada cuesta de Qala Cruz, hombre valiente y socarrón, honrado, hermético y fiel como el perro, a media cuesta divisó un extraño jinete bajaba en sentido contrario conforme avanzaba se abría dos acantilados, el encuentro fue inminente, era un extraño amortajado de hábito gris, tenía cubierto la cabeza, ceñía su frente una extraña boina vasca y dos órbitas vacías tenía la calavera. Jahuirra sacó fuerzas de flaqueza e increpó al espectro:

— ¡Ajá te conozco! ¿Tú eres el finado Kari? ¿Qué haces por estos caminos?... ¿A qué vienes acá? Anda alma rebelde de los infiernos donde debes estar.

Una carcajada cavernosa y lúgubre resonó dentro de la calavera despreciando al infeliz mortal que se atrevió dirigir la palabra. Al pasar por su lado un resoplido misterioso arrojó lejos al jinete envolviendo en las pálidas llamas del infierno.

El proceso duro dos años y medio, hasta que falló el más alto tribunal de justicia ratificando la sentencia a favor de Blas Wila, pero; el alma rebelde de Kari no se conformó con el fallo supremo de la justicia humana, buscó incansablemente desatando sucesos increíbles y asombrosos.

Blas Wila sumergido en horrendas pesadillas, su fortaleza humana se desmoronaba como castillo de naipes, una noche alguien tocó la ventana, abrió profiriendo lisuras, divisó una calavera, con línea negra en la frente pronunció estas palabras: “Plazo junt’akun tatay” luego desapareció, estas palabras se incrustó en su alma enferma, cada día Blas iba cayendo como una galga a un abismo sin fondo, el hombre se



fue pudriendo en vida, caldo de cultivo de estafilococos y estreptococos, la boca se había convertido en cráter, cada erupción fueron gases deletéreos de pólvora y azufre, sus sirvientes libraban heroicas batallas contra la flatulencia infernal de su patrón, un fuego calcina por dentro sus carnes y sus huesos; un día quiso abreviar su agonía, gritó, suplicó para que lo ultimaran, nadie se atrevió, todos temblaban de miedo, imploró a sus familiares gritó, lloró pero en lugar de lágrimas salieron un racimo de gusanos necrófagos, fue espantoso, escalofriante, huyeron aterrados, ahí estaba el fantasmal desfile de sus víctimas que agonizó en los brazos calcinantes del diablo.

Lizandro Luna



Warmá kuyay

Noche de luna en la quebrada de Viseca. Pobre palomita por dónde has venido, buscando la arena por Dios, por los suelos. —¡Justina! ¡Ay, Justinita! En un terso lago canta la gaviota, memorias me deja de gratos recuerdos.

—¡Justinay, te pareces a las torcazas de Sausiyok'!

—¡Déjame, niño, anda donde tus señoritas! —¿Y el Kutu? ¡Al Kutu le quieres, su cara de sapo te gusta!

—¡Déjame, niño Ernesto! Feo, pero soy buen laceador de vaquillas y hago temblar a los novillos de cada zurriago. Por eso Justina me quiere.

La cholita se rio, mirando al Kutu; sus ojos chispeaban como dos luceros.

—¡Ay, Justinacha!

—¡Sonso, niño, sonso! —habló Gregoria, la cocinera. Celedonia, Pedrucha, Manuela, Anitacha... soltaron la risa; gritaron a carcajadas.

—¡Sonso, niño!

Se agarraron de las manos y empezaron a bailar en ronda con la musiquita de julio, el charanguero. Se volteaban a ratos, para mirarme, y reían. Yo me quedé fuera del círculo, avergonzado, vencido para siempre. Me fui hacia el molino viejo; el blanqueo de la pared parecía mo-



verse, como las nubes que correteaban en las laderas del Chawala. Los eucaliptos de la huerta sonaban con ruido largo e intenso; sus sombras se tendían hasta el otro lado del río. Llegué al pie del molino, subí a la pared más alta y miré desde allí la cabeza del Chawala: el cerro, medio negro, recto, amenazaba caerse sobre los alfalfares de la hacienda. Daba miedo por las noches; los indios nunca lo miraban a esas horas, y en las noches claras conversaban siempre dando las espaldas al cerro.

—¡Si te cayeras de pecho, tayta Chawala, nos moriríamos todos!



En medio del witron, Justina empezó otro canto: Flor de mayo, flor de mayo, flor de mayo, primavera, ¿por qué no te libertaste de esa tu falsa prisionera? Los cholos se habían parado en círculo, y Justina cantaba al medio. En el patio inmenso, inmóviles sobre el empedrado, los indios se veían como estacas de tender cueros. —Ese puntito negro que está al medio es Justina. Y yo la quiero, mi corazón tiembla cuando ella se ríe, llora cuando sus ojos miran al Kutu. ¿Por qué, pues, me muero por ese puntito negro?

Los indios volvieron a zapatear en ronda. El charanguero daba vueltas alrededor del círculo, dando ánimos, gritando como potro enamorado. Una paca-paca empezó a silbar desde un sauce que cabeceaba a la orilla del río; la voz del pájaro maldecido daba miedo. El charanguero corrió hasta el cerco del patio y lanzó pedradas al sauce; todos los cholos le siguieron. Al poco rato el pájaro voló y fue a posarse sobre los duraznales de la huerta; los cholos iban a perseguirle, pero don Froylán apareció en la puerta del witron.

—¡Largo! ¡A dormir!

Los cholos se fueron en tropa hacia la tranca del corral; el Kutu se quedó solo en el patio.

—¡A ese le quiere!

Los indios de don Froylán se perdieron en la puerta del caserío de la hacienda, y don Froylán entró al patio tras ellos. —¡Niño Ernesto! —llamó el Kutu.

Me bajé al suelo de un salto y corrí hacia él.

—Vamos, niño.

Subimos al callejón por el lavadero de metal que iba desmoronándose en un ángulo del witron; sobre el lavadero había un tubo inmenso de



fierro y varias ruedas enmohecidas, que fueron de las minas del padre de don Froylán. Kutu no habló nada hasta llegar a la casa de arriba. La hacienda era de don Froylán y de mi tío; tenía dos casas. Kutu y yo estábamos solos en el caserío de arriba; mi tío y el resto de la gente fueron al escarbe de papas y dormían en la chacra, a dos leguas de la hacienda. Subimos las gradas sin mirarnos siquiera; entramos al corredor, y tendimos allí nuestras camas para dormir alumbrados por la luna. El Kutu se echó callado; estaba triste y molesto. Yo me senté al lado del cholo.

—¡Kutu! ¿Te ha despachado Justina?

—¡Don Froylán la ha abusado, niño Ernesto!

—¡Mentira, Kutu, mentira!

—¡Ayer nomás la ha forzado; en la toma de agua, cuando fue a bañarse con los niños!

—¡Mentira, Kutullay, mentira!

Me abracé al cuello del cholo. Sentí miedo; mi corazón parecía rajarse, me golpeaba. Empecé a llorar como si hubiera estado solo, abandonado en esa gran quebrada oscura.

—¡Déjate, niño! Yo, pues, soy “endio”, no puedo con el patrón. Otra vez, cuando seas “abugau”, vas a fregar a don Froylán. Me levantó como a un becerro tierno y me echó sobre mi catre.

—¡Duérmete, niño! Ahora le voy a hablar a Justina para que te quiera. Te vas a dormir otro día con ella, ¿quieres, niño? ¿Acaso? Justina tiene corazón para ti, pero eres muchacho todavía, tiene miedo porque eres niño.



Me arrodillé sobre la cama, miré al Chawala, que parecía terrible y fúnebre en el silencio de la noche.

—¡Kutu: cuando sea grande voy a matar a don Froylán!

—¡Eso sí, niño Ernesto! ¡Eso sí! ¡Mak'tasu!

La voz gruesa del cholo sonó en el corredor como el maullido del león que entraba hasta el caserío en busca de chanchos. Kutu se paró; estaba alegre, como si hubiera tumbado al puma ladrón.

—Mañana llega el patrón. Mejor esta noche vamos a Justina. El patrón seguro te hace dormir en su cuarto. Que se entre la luna para ir. Su alegría me dio rabia.

—¿Y por qué no matas a don Froylán? Mátale con tu honda, Kutu, desde el frente del río, como si fuera puma ladrón.

—¡Sus hijitos, niño! ¡Son nueve! Pero cuando seas “abugau” ya estarán grandes.

—¡Mentira, Kutu, mentira! ¡Tienes miedo, como mujer!

—No sabes nada, niño. ¿Acaso no he visto? Tienes pena de los becerrios, pero a los hombres no los quieres.

—¡Don Froylán! ¡Es malo! Los que tienen hacienda son malos; hacen llorar a los indios como tú; se llevan las vaquitas de los otros, o las matan de hambre en su corral. ¡Kutu, don Froylán es peor que toro bravo! Mátale nomás, Kutucha, aunque sea con galga, en el barranco de Capitana.

—¡“Endio” no puede, niño!



¡“Indio” no puede! ¡Era cobarde! Tumbaba a los padrillos cerriles, hacía temblar a los potros, rajaba a látigos el lomo de los aradores, hondeaba desde lejos a las vaquitas de los otros cholos cuando entraban a los potreros de mi tío, pero era cobarde. ¡Indio perdido! Le miré de cerca: su nariz aplastada, sus ojos casi oblicuos, sus labios delgados, ennegrecidos por la coca. ¡A este le quiere! Y ella era bonita: su cara rosada estaba siempre limpia, sus ojos negros quemaban; no era como las otras cholas, sus pestañas eran largas, su boca llamaba al amor y no me dejaba dormir. A los catorce años yo la quería; sus pechitos parecían limones grandes, y me desesperaban.

Pero ella era de Kutu, desde tiempo; de este cholo con cara de sapo. Pensaba en eso, y mi pena se parecía mucho a la muerte. ¿Y ahora? Don Froylán la había forzado.

—¡Mentira, Kutu! ¡Ella misma, seguro, ella misma!

Un chorro de lágrimas saltó de mis ojos. Otra vez el corazón me sacudía, como si tuviera más fuerza que todo mi cuerpo.

—¡Kutu! Mejor la mataremos los dos a ella, ¿quieres?

El indio se asustó. Me agarró la frente: estaba húmeda de sudor.

—¡Verdad! Así quieren los mistis.

—¡Llévame donde Justina, Kutu! Eres mujer, no sirves para ella. ¡Déjala!

—Cómo no, niño, para ti voy a dejar, para ti solito. Mira, en Wayrala se está apagando la luna.

Los cerros ennegrecieron rápidamente, las estrellitas saltaron de todas partes del cielo; el viento silbaba en la oscuridad, golpeándose sobre



los duraznales y eucaliptos de la huerta; más abajo, en el fondo de la quebrada, el río grande cantaba con su voz áspera.

Despreciaba al Kutu; sus ojos amarillos, chiquitos, cobardes, me hacían temblar de rabia.

—Indio, muérete mejor, o lárgate a Nazca! ¡Allí te acabará la terciana, te enterrarán como a perro! —le decía.

Pero el novillero se agachaba nomás, humilde, y se iba al witron, a los alfalfares, a la huerta de los becerros, y se vengaba en el cuerpo de los animales de don Froylán. Al principio yo lo acompañaba. En las noches entrábamos, ocultándonos, al corral; escogíamos los becerros más finos, los más delicados; Kutu se escupía en las manos, empuñaba duro el zurriago y les rajaba el lomo a los torillitos. Uno, dos, tres... cien zurriagazos; las crías se retorcían en el suelo, se tumbaban de espaldas, lloraban; y el indio seguía, encorvado, feroz. ¿Y yo? Me sentaba en un rincón y gozaba. Yo gozaba.

—¡De don Froylán es, no importa! ¡Es de mi enemigo!

Hablaba en voz alta para engañarme, para tapar el dolor que encogía mis labios e inundaba mi corazón. Pero ya en la cama, a solas, una pena negra, invencible, se apoderaba de mi alma y lloraba dos, tres horas. Hasta que una noche mi corazón se hizo grande, se hinchó. El llorar no bastaba; me vencían la desesperación y el arrepentimiento. Salté de la cama, descalzo, corrí hasta la puerta; despacito abrí el cerrojo y pasé al corredor. La luna ya había salido; su luz blanca bañaba la quebrada; los árboles, rectos, silenciosos, estiraban sus brazos al cielo.

De dos saltos bajé al corredor y atravesé corriendo el callejón empedrado, salté la pared del corral y llegué junto a los becerritos. Ahí estaba Zarinacha, la víctima de esa noche; echadita sobre la bosta seca, con



el hocico en el suelo; parecía desmayada. Me abracé a su cuello; la besé mil veces en su boca con olor a leche fresca, en sus ojos negros y grandes.

—¡Niñacha, perdóname! ¡Perdóname, mamaya!

Junté mis manos y, de rodillas, me humillé ante ella.

—Ese perdido ha sido, hermanita, yo no. ¡Ese Kutu canalla, indio perro!

La sal de las lágrimas siguió amargándome durante largo rato. Zarinacha me miraba seria, con su mirada humilde, dulce.

—¡Yo te quiero, niñacha, yo te quiero!

Y una ternura sin igual, pura, dulce, como la luz en esa quebrada madre, alumbró mi vida.

A la mañana siguiente encontré al indio en el alfarfar de Capitana. El cielo estaba limpio y alegre, los campos verdes, llenos de frescura. El Kutu ya se iba, tempranito, a buscar “daños” en los potreros de mi tío, para ensañarse contra ellos.

—Kutu, vete de aquí —le dije—. En Viseca ya no sirves. ¡Los comuneros se ríen de ti porque eres maula!

Sus ojos opacos me miraron con cierto miedo.

—¡Asesino también eres, Kutu! Un becerrito es como criatura. ¡Ya en Viseca no sirves, indio!

—¿Yo no más acaso? Tú también. Pero mírale al tayta Chawala: diez días más atrás me voy a ir.



Resentido, penoso como nunca, se largó a galope en el bayo de mi tío. Dos semanas después, Kutu pidió licencia y se fue. Mi tía lloró por él, como si hubiera perdido a su hijo. Kutu tenía sangre de mujer: le temblaba a don Froylán, casi a todos los hombres les temía. Le quitaron su mujer y se fue a ocultar después en los pueblos del interior, mezclándose con las comunidades de Sondondo, Chacralla... ¡Era cobarde! Yo, solo, me quedé junto a don Froylán, pero cerca de Justina, de mi Justinacha ingrata. Y no fui desgraciado. A la orilla de ese río espumoso, oyendo el canto de las torcazas y de las tuyas, yo vivía sin esperanzas; pero ella estaba bajo el mismo cielo que yo, en esa misma quebrada que fue mi nido. Contemplando sus ojos negros, oyendo su risa, mirándola desde lejitos, era casi feliz, porque mi amor por Justina fue un “warmá kuyay” y no creía tener derecho todavía sobre ella; sabía que tendría que ser de otro, de un hombre grande, que manejara ya zurriago, que echara ajos roncós y peleara a látigos en los carnavales. Y como amaba a los animales, las fiestas indias, las cosechas, las siembras con música y jarawi, viví alegre en esa quebrada verde y llena del calor amoroso del sol. Hasta que un día me arrancaron de mi querencia, para traerme a este bullicio, donde gentes que no quiero, que no comprendo. El Kutu en un extremo y yo en otro. Él quizá habrá olvidado: está en su elemento; en un pueblecito tranquilo, aunque maula, será el mejor novillero, el mejor amansador de potrancas, y le respetarán los comuneros. Mientras yo, aquí, vivo amargado y pálido, como un animal de los llanos fríos, llevado a la orilla del mar, sobre los arenales candentes y extraños.

José María Arguedas



El Tatú y su capa de fiesta

Las gaviotas andinas se encargaron de llevar la noticia a todos los rincones del altiplano, avisando que cuando la luna estuviera brillante y redonda los animales estaban invitados a una gran fiesta a orillas del lago Titicaca.

El lago se alegraba cada vez que esto sucedía, pues sus riberas, a veces tristes, se llenaban de vida por el entusiasmo con que sus vecinos celebraban la ocasión de verse y conversar de los últimos acontecimientos.

Cada uno se arreglaba con esmero para esta oportunidad. Se limpiaban sus plumajes y pieles con los mejores aceites, para que resplandecieran y todos los admiraran. Y entonces se escuchaban murmullos de admiración cuando algún invitado aparecía ataviado con prendas majestuosas y deslumbrantes.

Todo esto lo sabía Tatú el quirquincho, porque en años anteriores había asistido a algunas de estas fastuosas fiestas que su querido amigo Titicaca gustaba de organizar.

Esta vez quería ir mejor que nunca, pues había sido nombrado integrante muy principal de la comunidad. Y comprendía la responsabilidad que esto significaba...

El Tatú era honrado y digno. Esas eran las cualidades tomadas en cuenta al investirlo de este título que tanto lo enorgullecía. Ahora quería deslumbrar a todos para demostrarles que no se habían equivocado al elegirlo.



Faltaban muchos días, pero apenas recibió la invitación se puso a tejer un manto nuevo, elegantísimo, para que su presencia fuera espectacular. Era famoso como buen tejedor, y se concentró en hacer una trama tan fina como esas maravillosas telarañas suspendidas entre rama y rama de los arbustos.

Ya llevaba bastante adelantado, cuando pasó cerca de su casa el zorro (achalari), que gustaba de meter siempre su nariz en lo que no le importaba. Al verlo, le preguntó con curiosidad: “¿Qué haces?”. “No me distraigas, que estoy muy ocupado”, le respondió el Tatú, pues el zorro le producía cierta inquietud. “¿Estás enojado?”, insistió el visitante. “¿Por qué habría de estarlo?”, contestó el Tatú. “Entonces dime, ¿qué estás haciendo con tanto afán...?”, replicó curioso el zorro. “¿No ves que tejo una capa para ponérmela el día de la fiesta en el lago?”, insistió cansado el Tatú. “¿Cómo?”, sonrió el zorro irónicamente: “¿Piensas ir esta noche con eso que todavía no terminas?”. El quirquincho levantó sus ojos, algo miopes, de su trabajo, y con una mirada perdida y angustiosa exclamó: “¿Dijiste hoy en la noche?”. “Por supuesto. En un rato más nos encontraremos todos bailando...”, dijo, disimulando la risa, el zorro.

¡Qué fatalidad! ¿Cómo pudo haber pasado tan rápido el tiempo? Siempre le ocurría lo mismo... Calculaba mal las horas. Al pobre Tatú se le fue el alma al suelo. Una lágrima rodó por sus mejillas. ¡Tanto prepararse para la ceremonia! Había imaginado tan distinta la fiesta de lo que sería ahora. ¿Tendría fuerzas y tiempo para terminar su manto tan prolijamente iniciado?

El zorro percibió su desesperación, y se alejó riendo entre dientes. Sin proponérselo había encontrado la manera de inquietar a alguien. El Tatú tendría que apurarse mucho si quería ir con vestido nuevo a la fiesta: ¡ji, ji, ji!

Y así fue. Sus manitos continuaron el trabajo moviéndose con rapidez y destreza, pero debió recurrir a un truco para que le cundiera. Tomó



hilos gruesos y toscos que le permitieron avanzar más rápido. Pero la belleza y finura iniciales del tejido se fueron perdiendo a medida que avanzaba y quedaba al descubierto una urdimbre más suelta.

Finalmente terminó su tejido, y Tatú se engalanó para asistir a su fiesta. Entonces respiró hondo, y con un suspiro de alivio miró al cielo estirando sus extremidades para sacudirse el cansancio de tanto trabajo.

En ese instante se dio cuenta del engaño: ¡La luna todavía no estaba llena! Y lo miraba curiosa desde sus tres cuartos de creciente... Un primer pensamiento de furia contra el viejo zorro cruzó su cabecita. Pero al mirar su manto bajo la luz brillante que caía de las estrellas, se dio cuenta de que, si bien no había quedado como él lo imaginara, de todos modos el resultado era de auténtica belleza y esplendor.

No tendría para qué deshacerlo. Quizás así estaba mejor, más suelto y aireado en su parte final, lo cual le otorgaba un toque exótico y atractivo. El zorro se asombraría cuando lo viera... Y, además, no le guardaría rencor, porque había sido su propia culpa creerle a quien tenía fama de travieso y juguetón.

Simplemente el zorro no resistía la tentación de andar burlándose de todos... Y siempre encontraba alguna víctima.

Pero esta vez fue al revés: el zorro le había hecho un favor. Porque Tatú se lució causando gran sensación con su manto nuevo cuando llegó el momento de su aparición triunfal en la fiesta de su amigo Titicaca.

Bruno Serrano

Heddy Navarro

Tania Muñoz



Los duendes del Cuzco

Crónica que trata de cómo el virrey poeta entendía la justicia. Esta tradición no tiene otra fuente de autoridad que el relato del pueblo.

I

Don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache y conde de Mayalde, natural de Madrid y caballero de las Ordenes de Santiago y Montesa, contaba treinta y dos años cuando Felipe III, que lo estimaba, en mucho, le nombró virrey del Perú. Los cortesanos criticaron el nombramiento, porque don Francisco sólo se había ocupado hasta entonces en escribir versos, galanteos y desafíos. Pero Felipe III, a cuyo regío oído, y contra la costumbre, llegaron las murmuraciones, dijo:-- En verdad que es el más joven de los virreyes que hasta hoy han ido a Indias; pero en Esquilache hay cabeza, y más que cabeza brazo fuerte.

El monarca no se equivocó. El Perú estaba amagado por flotas filibusteras: y por muy buen gobernante que hiciese don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, faltábale los bríos de la juventud. Jorge Spitberg, con una escuadra holandesa, después de talar las costas de Chile, se dirigió al Callao. La escuadra española le salió al encuentro el 22 de julio de 1615, y después de cinco horas de reñido y feroz combate frente a Cerro Azul o Cañete, se incendió la capitana, se fueron a pique varias naves, y los piratas vencedores pasaron a cuchillo a los prisioneros.

El virrey marqués de Montesclaros se constituyó en el Callao para dirigir la resistencia, más por llenar el deber que porque tuviese la es-



peranza de impedir, con los pocos y malos elementos de que disponía, el desembarque de los piratas y el consiguiente saqueo de Lima. En la ciudad de los Reyes dominaba un verdadero pánico; y las iglesias no sólo se hallaban invadidas por débiles mujeres, sino por hombres que, lejos de pensar en defender como bravos sus hogares, invocaban la protección divina contra los herejes holandeses. El anciano y corajudo virrey disponía escasamente de mil hombres en el Callao, y nótese que, según el censo de 1614, el número de habitantes de Lima ascendía a 25.454.

Pero Spitberg se conformó con disparar algunos cañonazos que le fueron débilmente contestados, e hizo rumbo para Paita. Peralta en su "Lima fundada", y el conde de la Granja, en su poema de "Santa Rosa", traen detalles sobre esos luctuosos días. El sentimiento cristiano atribuye la retirada de los piratas a milagro que realizó la virgen limeña, que murió dos años después, el 24 de agosto de 1617.

Según unos el 18 y según otros el 23 de diciembre de 1615, entró en Lima el príncipe de Esquilache, habiendo salvado providencialmente, en la travesía de Panamá al Callao, de caer en manos de los piratas.

El recibimiento de este virrey fué suntuoso, y el Cabildo no se paró en gastos para darle esplendidez.

Su primera atención fué crear y fortificar el puerto, lo que mantuvo a raya la audacia de los filibusteros hasta el gobierno de su sucesor, en que el holandés Jacobo L'Heremite acometió su formidable empresa pirática Descendiente del Papa Alejandro VI (Rodrigo Borgia) y de San Francisco de Borja, duque de Gandía, el príncipe de Esquilache, como años más tarde su sucesor y pariente el conde de Lemos, gobernó el Perú bajo la influencia de los jesuítas.

Calmada la zozobra que inspiraban los amagos filibusteros, don Francisco se contrajo al arreglo de la hacienda pública, dictó sabias ordenanzas para los minerales de Potosí y Huancavelica, y en 20 de diciembre de 1619 erigió el tribunal del Consulado de Comercio.



Hombre de letras, creó el famoso colegio del Príncipe, para educación de los hijos de caciques, y no permitió la representación de comedias ni autos sacramentales que no hubieran pasado antes por su censura. “Deber del que gobierna —decía— es ser solícito por que no se perverta el gusto”.

La censura que ejercía el príncipe de Esquilache era puramente literaria, y a fe que el juez no podía ser más autorizado. En la pléyade de poetas del siglo XVII, siglo que produjo a Cervantes, Calderón, Lope, Quevedo, Tirso de Molina, Alarcón y Moreto, el príncipe de Esquilache es uno de los más notables, si no por la grandeza de la idea, por la lozanía y corrección de la forma. Sus composiciones sueltas y su poema histórico “Nápoles recuperada”, bastan para darle lugar preeminente en el español Parnaso.

No es menos notable como prosador castizo y elegante. En uno de los volúmenes de la obra “Memorias de los virreyes” se encuentra la relación de su época de mando, escrito que entregó a la Audiencia para que ésta lo pasase a su sucesor don Diego Fernández de Córdova, marqués de Guadalcazar. La pureza de dicción y la claridad del pensamiento resaltan en este trabajo, digno, en verdad, de juicio menos sintético.

Para dar una idea del culto que Esquilache rendía a las letras, nos será suficiente apuntar que, en Lima, estableció una academia o “club” literario, como hoy decimos, cuyas sesiones tenían lugar los sábados en una de las salas de palacio. Según un escritor amigo mío y que cultivó el ramo de crónicas, los asistentes no pasaban de doce, personajes los más caracterizados en el foro, la milicia o la iglesia. “Allí asistía el profundo teólogo y humanista don Pedro de Yarpe Montenegro, coronel de ejército; don Baltasar de Laza y Rebolledo, oidor de la Real Audiencia; don Luis de la Puente, abogado insigne; fray Baldomero Illescas, religioso franciscano, gran conocedor de los clásicos griegos y latinos; don Baltasar Moreyra, poeta, y otros cuyos nombres no han podido atravesar los dos siglos y medio que nos separan de su época. El virrey los recibía con exquisita urbanidad; y los bollos, bizcochos de garapiña chocolate y sorbetes distraían las conferencias literarias de sus convida-



dos. Lástima que no se hubieran extendido actas de aquellas sesiones, que seguramente serían preferibles a las de nuestros Congresos”.

Entre las agudezas del príncipe de Esquilache, cuentan que le dijo a un sujeto muy cerrado de mollera, que leía mucho y ningún fruto sacaba de la lectura:--Déjese de libros, amigo, y persuádase que el huevo mientras más cocido, más duro.

Esquilache, al regresar a España en 1622, fué muy considerado del nuevo monarca Felipe IV, y murió en 1658 en la coronada villa del oso y el madroño.

Las armas de la casa de Borja eran un toro de gules en campo de oro, bordura de sinople y ocho brezos de oro.

Presentado el virrey poeta, pasemos a la tradición popular.

II

Existe en la ciudad del Cuzco una soberbia casa conocida por la del “Almirante”; y parece que el tal almirante tuvo tanto de marino, como alguno que yo me sé y que sólo ha visto el mar en pintura. La verdad es que el título era hereditario y pasaba de padres a hijos.

La casa era obra notabilísima. El acueducto y el tallado de los techos, en uno de los cuales se halla modelado el busto del almirante que la fabricó, llaman preferentemente la atención.

Que vivieron en el Cuzco cuatro almirantes, lo comprueba el árbol genealógico que en 1861 presentó ante el Soberano Congreso del Perú el señor don Sixto Laza, para que se le declarase legítimo y único representante del Inca Huáscar, con derecho a una parte de las huaneras, al ducado de Medina de Ríoseco, al marquesado de Oropesa y varias otras gollerías. ¡Carillo iba a costarnos el gusto de tener príncipe en casa! Pero conste, para cuando nos cansemos de la república, teórica o práctica, y proclamemos, por variar de plato, la monarquía, absoluta o constitucional, que todo puede suceder, Dios mediante y el trocetero trajinero que llevamos.



Refiriéndose a ese árbol genealógico, el primer almirante fué don Manuel de Castilla, el segundo don Cristóbal de Castilla Espinosa y Lugo, al cual sucedió su hijo don Gabriel de Castilla Vázquez de Vargas, siendo el cuarto y último don Juan de Castilla y González, cuya descendencia se pierde en la rama femenina.

Cuéntase de los Castilla, para comprobar lo ensoberbecidos que vivían de su alcurnia, que cuando rezaban el Avemaría usaban esta frase: “Santa María, madre de Dios, parienta y señora nuestra, ruega por nos”.

Las armas de los Castilla eran: escudo tronchado; el primer cuartel en gules y castillo de oro aclarado de azur; el segundo en plata, con león rampante de gules y banda de sinople con dos dragantes también de sinople.

Aventurado sería determinar cuál de los cuatro es el héroe de la tradición, y en esta incertidumbre puede el lector aplicar el mochuelo a cualquiera, que de fijo no vendrá del otro barrio a querellarse de calumnia.

El tal almirante era hombre de más humos que una chimenea, muy pagado de sus pergaminos y más tieso que su almidonada gorguera. En el patio de la casa ostentábase una magnífica fuente de piedra, a la que el vecindario acudía para proveerse de agua, tomando al pie de la letra el refrán de que agua y candela a nadie se niegan.

Pero una mañana se levantó su señoría con un humor de todos los diablos, y dió orden a sus fámulos para que moliesen a palos a cualquier bicho de la canalla que fuese osado a atravesar los umbrales en busca del elemento refrigerador.

Una de las primeras que sufrió el castigo fué una pobre vieja, lo que produjo algún escándalo en el pueblo.

Al otro día el hijo de ésta, que era un joven clérigo que servía la parroquia de San Jerónimo, a pocas leguas del Cuzco, llegó a la ciudad y se impuso del ultraje inferido a su anciana madre. Dirigióse inmedia-



tamente a casa del almirante; y el hombre de los pergaminos lo llamó hijo de cabra y vela verde, y echó verbos y gerundios, sapos y culebras por esa aristocrática boca, terminando por darle una soberana paliza al sacerdote.

La excitación que causó el atentado fué inmensa. Las autoridades no se atrevían a declararse abiertamente contra el magnate, y dieron tiempo al tiempo, que a la postre todo lo calma. Pero la gente de iglesia y el pueblo declararon excomulgado al orgulloso almirante.

El insultado clérigo, pocas horas después de recibido el agravio, se dirigió a la Catedral y se puso de rodillas a orar ante la imagen de Cristo, obsequiada a la ciudad por Carlos V. Terminada su oración, dejó a los pies del Juez Supremo un memorial exponiendo su queja y demandando la justicia de Dios, persuadido que no había de lograrla de los hombres. Diz que volvió al templo al siguiente día, y recogió la querella proveída con un decreto marginal de "Como se pide: se hará justicia". Y así pasaron tres meses, hasta que un día amaneció frente a la casa una horca y pendiente de ella el cadáver del excomulgado, sin que nadie alcanzara a descubrir los autores del crimen, por mucho que las sospechas recayeran sobre el clérigo, quien supo, con numerosos testimonios, "probar la coartada".

En el proceso que se siguió declararon dos mujeres de la vecindad que habían visto un grupo de hombres "cabezones y chiquirriticos", vulgo duendes, preparando la horca; y que cuando ésta quedó alzada, llamaron por tres veces a la puerta de la casa, la que se abrió al tercer aldabonazo. Poco después el almirante, vestido de gala, salió en medio de los duendes, que sin más ceremonia lo suspendieron como un racimo.

Con tales declaraciones la justicia se quedó a obscuras y no pudiendo proceder contra los duendes, pensó que era cuerdo el sobreseimiento.

Si el pueblo cree como artículo de fe que los duendes dieron fin del excomulgado almirante, no es un cronista el que ha de meterse en atolladeros para convencerlo de lo contrario, por mucho que la gente des-



creída de aquel tiempo murmurara por lo bajo que todo lo acontecido era obra de los jesuitas, para acrecer la importancia y respeto debidos al estado sacerdotal.

III

El intendente y los alcaldes del Cuzco dieron cuenta de todo al virrey, quien después de oír leer el minucioso informe le dijo a su secretario:

—¡Pláceme el tema para un romance moruno! ¿Qué te parece de esto, mi buen Estúñiga?

—Que vuecelencia debe echar una mónica a esos sandios golillas que no han sabido hallar la pista de los fautores del crimen.

—Y entonces se pierde lo poético del sucedido —repuso el de Esquilache sonriéndose.

—Verdad, señor; pero se habrá hecho justicia.

El virrey se quedó algunos segundos pensativo; y luego, levantándose de su asiento, puso la mano sobre el hombro de su secretario:

—Amigo mío, lo hecho está bien hecho; y mejor andaría el mundo si, en casos dados, no fuesen leguleyos trapisondistas y demás cuervos de Temis, sino duendes, los que administrasen justicia. Y con esto, buenas noches y que Dios y Santa María nos tengan en su santa guarda y nos libren de duendes y remordimientos.

Ricardo Palma



CARTA DEMOCRÁTICA INTERAMERICANA

I La democracia y el sistema interamericano

Artículo 1

Los pueblos de América tienen derecho a la democracia y sus gobiernos la obligación de promoverla y defenderla. La democracia es esencial para el desarrollo social, político y económico de los pueblos de las Américas.

Artículo 2

El ejercicio efectivo de la democracia representativa es la base del estado de derecho y los regímenes constitucionales de los Estados Miembros de la Organización de los Estados Americanos. La democracia representativa se refuerza y profundiza con la participación permanente, ética y responsable de la ciudadanía en un marco de legalidad conforme al respectivo orden constitucional.

Artículo 3

Son elementos esenciales de la democracia representativa, entre otros, el respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales; el acceso al poder y su ejercicio con sujeción al estado de derecho; la celebración de elecciones periódicas, libres, justas y basadas en el voto universal y secreto como expresión de la soberanía del pueblo, el régimen plural de partidos y organizaciones políticas; y la separación e independencia de los poderes públicos.

Artículo 4

Son componentes fundamentales del ejercicio de la democracia la transparencia de las actividades gubernamentales, la probidad, la responsabilidad de los gobiernos en la gestión pública, el respeto por los derechos sociales y la libertad de expresión y de prensa. La subordinación constitucional de todas las instituciones del Estado a la autoridad civil legalmente constituida y el respeto al estado de derecho de todas las entidades y sectores de la sociedad son igualmente fundamentales para la democracia.

Artículo 5

El fortalecimiento de los partidos y de otras organizaciones políticas es prioritario para la democracia. Se deberá prestar atención especial a la problemática derivada de los altos costos de las campañas electorales y al establecimiento de un régimen equilibrado y transparente de financiación de sus actividades.

Artículo 6

La participación de la ciudadanía en las decisiones relativas a su propio desarrollo es un derecho y una responsabilidad. Es también una condición necesaria para el pleno y efectivo ejercicio de la democracia. Promover y fomentar diversas formas de participación fortalece la democracia.

II La democracia y los derechos humanos

Artículo 7

La democracia es indispensable para el ejercicio efectivo de las libertades fundamentales y los derechos humanos, en su carácter universal, indivisible e interdependiente, consagrados en las respectivas constituciones de los Estados y en los instrumentos interamericanos e internacionales de derechos humanos.

Artículo 8

Cualquier persona o grupo de personas que consideren que sus derechos humanos han sido violados pueden interponer denuncias o peticiones ante el sistema interamericano de promoción y protección de los derechos humanos conforme a los procedimientos establecidos en el mismo. Los Estados Miembros reafirman su intención de fortalecer el sistema interamericano de protección de los derechos humanos para la consolidación de la democracia en el Hemisferio.

Artículo 9

La eliminación de toda forma de discriminación, especialmente la discriminación de género, étnica y racial, y de las diversas formas de intolerancia, así como la promoción y protección de los derechos humanos de los pueblos indígenas y los migrantes y el respeto a la diversidad étnica, cultural y religiosa en las Américas, contribuyen al fortalecimiento de la democracia y la participación ciudadana.

Artículo 10

La promoción y el fortalecimiento de la democracia requieren el ejercicio pleno y eficaz de los derechos de los trabajadores y la aplicación de normas laborales básicas, tal como están consagradas en la Declaración de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) relativa a los Principios y Derechos Fundamentales en el Trabajo y su Seguimiento, adoptada en 1998, así como en otras convenciones básicas afines de la OIT. La democracia se fortalece con el mejoramiento de las condiciones laborales y la calidad de vida de los trabajadores del Hemisferio.

III Democracia, desarrollo integral y combate a la pobreza

Artículo 11

La democracia y el desarrollo económico y social son interdependientes y se refuerzan mutuamente.

Artículo 12

La pobreza, el analfabetismo y los bajos niveles de desarrollo humano son factores que inciden negativamente en la consolidación de la democracia. Los Estados Miembros de la OEA se comprometen a adoptar y ejecutar todas las acciones necesarias para la creación de empleo productivo, la reducción de la pobreza y la erradicación de la pobreza extrema, teniendo en cuenta las diferentes realidades y condiciones económicas de los países del Hemisferio. Este compromiso común frente a los problemas del desarrollo y la pobreza también destaca la importancia de mantener los equilibrios macroeconómicos y el imperativo de fortalecer la cohesión social y la democracia.

Artículo 13

La promoción y observancia de los derechos económicos, sociales y culturales son constitucionales al desarrollo integral, al crecimiento económico con equidad y a la consolidación de la democracia en los Estados del Hemisferio.

Artículo 14

Los Estados Miembros acuerdan examinar periódicamente las acciones adoptadas y ejecutadas por la Organización encaminadas a fomentar el diálogo, la cooperación para el desarrollo integral y el combate a la pobreza en el Hemisferio, y tomar las medidas oportunas para promover estos objetivos.

Artículo 15

El ejercicio de la democracia facilita la preservación y el manejo adecuado del medio ambiente. Es esencial que los Estados del Hemisferio implementen políticas y estrategias de protección del medio ambiente, respetando los diversos tratados y convenciones, para lograr un desarrollo sostenible en beneficio de las futuras generaciones.

Artículo 16

La educación es clave para fortalecer las instituciones democráticas, promover el desarrollo del potencial humano y el alivio de la pobreza y fomentar un mayor entendimiento entre los pueblos. Para lograr estas metas, es esencial que una educación de calidad esté al alcance de todos, incluyendo a las niñas y las mujeres, los habitantes de las zonas rurales y las personas que pertenecen a las minorías.

IV Fortalecimiento y preservación de la institucionalidad democrática

Artículo 17

Cuando el gobierno de un Estado Miembro considere que está en riesgo su proceso político institucional democrático o su legítimo ejercicio del poder, podrá recurrir al Secretario General o al Consejo Permanente a fin de solicitar asistencia para el fortalecimiento y preservación de la institucionalidad democrática.

Artículo 18

Cuando en un Estado Miembro se produzcan situaciones que pudieran afectar el desarrollo del proceso político institucional democrático o el legítimo ejercicio del poder, el Secretario General o el Consejo Permanente podrá, con el consentimiento previo del gobierno afectado, disponer visitas y otras gestiones con la finalidad de hacer un análisis de la situación. El Secretario General elevará un informe al Consejo Permanente, y éste realizará una apreciación colectiva de la situación y, en caso necesario, podrá adoptar decisiones dirigidas a la preservación de la institucionalidad democrática y su fortalecimiento.

Artículo 19

Basado en los principios de la Carta de la OEA y con sujeción a sus normas, y en concordancia con la cláusula democrática contenida en la Declaración de la ciudad de Quebec, la ruptura del orden democrático o una alteración del orden constitucional que afecte gravemente el orden democrático en un Estado Miembro constituye, mientras persista, un obstáculo insuperable para la participación de su gobierno en las sesiones de la Asamblea General, de la Reunión de Consulta, de los Consejos de la Organización y de las conferencias especializadas, de las comisiones, grupos de trabajo y demás órganos de la Organización.

Artículo 20

En caso de que en un Estado Miembro se produzca una alteración del orden constitucional que afecte gravemente su orden democrático, cualquier Estado Miembro o el Secretario General podrá solicitar la convocatoria inmediata del Consejo Permanente para realizar una apreciación colectiva de la situación y adoptar las decisiones que estime conveniente. El Consejo Permanente, según la situación, podrá disponer la realización de las gestiones diplomáticas necesarias, incluidos los buenos oficios, para promover la normalización de la institucionalidad democrática. Si las gestiones diplomáticas resultaren infructuosas o si la urgencia del caso lo aconsejare, el Consejo Permanente convocará de inmediato un período extraordinario de sesiones de la Asamblea General para que ésta adopte las decisiones que estime apropiadas, incluyendo gestiones diplomáticas, conforme a la Carta de la Organización, el derecho internacional y las disposiciones de la presente Carta Democrática. Durante el proceso se realizarán las gestiones diplomáticas necesarias, incluidos los buenos oficios, para promover la normalización de la institucionalidad democrática.

Artículo 21

Cuando la Asamblea General, convocada a un período extraordinario de sesiones, constatare que se ha producido la ruptura del orden democrático en un Estado Miembro y que las gestiones diplomáticas han sido infructuosas, conforme a la Carta de la OEA tomará la decisión de suspender a dicho Estado Miembro del ejercicio de su derecho de participación en la OEA con el voto afirmativo de los dos tercios de los Estados Miembros. La suspensión entrará en vigor de inmediato. El Estado Miembro que hubiera sido objeto de suspensión deberá continuar observando el cumplimiento de sus obligaciones como miembro de la Organización, en particular en materia de derechos humanos.

Adoptada la decisión de suspender a un gobierno, la Organización mantendrá sus gestiones diplomáticas para el restablecimiento de la democracia en el Estado Miembro afectado.

Artículo 22

Una vez superada la situación que motivó la suspensión, cualquier Estado Miembro o el Secretario General podrá proponer a la Asamblea General el levantamiento de la suspensión. Esta decisión se adoptará por el voto de los dos tercios de los Estados Miembros, de acuerdo con la Carta de la OEA.

V La democracia y las misiones de observación electoral

Artículo 23

Los Estados Miembros son los responsables de organizar, llevar a cabo y garantizar procesos electorales libres y justos. Los Estados Miembros, en ejercicio de su soberanía, podrán solicitar a la OEA asesoramiento o asistencia para el fortalecimiento y desarrollo de sus instituciones y procesos electorales, incluido el envío de misiones preliminares para ese propósito.

Artículo 24

Las misiones de observación electoral se llevarán a cabo por solicitud del Estado Miembro interesado. Con tal finalidad, el gobierno de dicho Estado y el Secretario General celebrarán un convenio que determine el alcance y la cobertura de la misión de observación electoral de que se trate. El Estado Miembro deberá garantizar las condiciones de seguridad, libre acceso a la información y amplia cooperación con la misión de observación electoral. Las misiones de observación electoral se realizarán de conformidad con los principios y normas de la OEA. La Organización deberá asegurar la eficacia e independencia de estas misiones, para lo cual se las dotará de los recursos necesarios. Las mismas se realizarán de forma objetiva, imparcial y transparente, y con la capacidad técnica apropiada. Las misiones de observación electoral presentarán oportunamente al Consejo Permanente, a través de la Secretaría General, los informes sobre sus actividades.

Artículo 25

Las misiones de observación electoral deberán informar al Consejo Permanente, a través de la Secretaría General, si no existiesen las condiciones necesarias para la realización de elecciones libres y justas. La OEA podrá enviar, con el acuerdo del Estado interesado, misiones especiales a fin de contribuir a crear o mejorar dichas condiciones.

VI Promoción de la cultura democrática

Artículo 26

La OEA continuará desarrollando programas y actividades dirigidos a promover los principios y prácticas democráticas y fortalecer la cultura democrática en el Hemisferio, considerando que la democracia es un sistema de vida fundado en la libertad y el mejoramiento económico, social y cultural de los pueblos. La OEA mantendrá consultas y cooperación continua con los Estados Miembros, tomando en cuenta los aportes de organizaciones de la sociedad civil que trabajan en esos ámbitos.

Artículo 27

Los programas y actividades se dirigirán a promover la gobernabilidad, la buena gestión, los valores democráticos y el fortalecimiento de la institucionalidad política y de las organizaciones de la sociedad civil. Se prestará atención especial al desarrollo de programas y actividades para la educación de la niñez y la juventud como forma de asegurar la permanencia de los valores democráticos, incluidas la libertad y la justicia social.

Artículo 28

Los Estados promoverán la plena e igualitaria participación de la mujer en las estructuras políticas de sus respectivos países como elemento fundamental para la promoción y ejercicio de la cultura democrática.

Banco del Libro

INSTITUCION EDUCATIVA:								
DEPARTAMENTO:				PROVINCIA:				
^DISTRITO:								
Año	Grado	Sección	Nombres y apellidos del alumno	Código*	Condición del libro ^			
					Recibí	Firma del Padre	Entregué	Firma del Padre

* Código = Número de orden del alumno Condición del libro:

- A = Nuevo, completo, limpio, sin deterioro.
- B = Completo, se puede borrar algunas marcas, sin deterioro.
- C = Con marcas que no salen y con deterioros subsanables.
- D = Inutilizable, requiere reposición.



¿Cómo cuido y limpio mis libros?

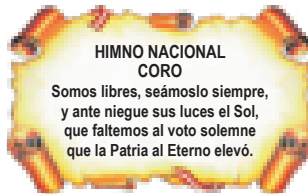
- Forro mi libro con plástico o papel y le coloco una etiqueta.
- Limpio mi libro con una franela.
- Uso mi libro con las manos limpias y en lugares apropiados.
- Realizo las actividades en un cuaderno u hojas de trabajo, sin rayar ni escribir en mi libro.
- Evito doblar las puntas y que se manche con líquidos o dulces.

¡Cuido los libros porque otro niño los utilizará el próximo año!

SÍMBOLOS DE LA PATRIA



BANDERA



CORO DEL HIMNO NACIONAL



ESCUDO

Declaración Universal de los Derechos Humanos

El 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyos artículos figuran a continuación:

Artículo 1.- Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y (...) deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Artículo 2.- Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona (...).

Artículo 3.- Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Artículo 4.- Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

Artículo 5.- Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

Artículo 6.- Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

Artículo 7.- Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración (...).

Artículo 8.- Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales (...).

Artículo 9.- Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

Artículo 10.- Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

Artículo 11.-

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad (...).

2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

Artículo 12.- Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

Artículo 13.-

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.

2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.

Artículo 14.-

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.

2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 15.-

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.

2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

Artículo 16.-

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia (...).

2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.

3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

Artículo 17.-

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.

2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

Artículo 18.- Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (...).

Artículo 19.- Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión (...).

Artículo 20.-

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.

2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

Artículo 21.-

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.

2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.

3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

Artículo 22.- Toda persona (...) tiene derecho a la seguridad social, y a obtener (...) habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

Artículo 23.-

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.

2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.

3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.

4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

Artículo 24.-

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

Artículo 25.-

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.

2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

Artículo 26.-

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.

2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.

3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

Artículo 27.-

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.

2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

Artículo 28.- Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

Artículo 29.-

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad (...).

2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.

3. Estos derechos y libertades no podrán, en ningún caso, ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 30.- Nada en esta Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades (...) tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.

“DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE POR EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
PROHIBIDA SU VENTA”